

Lorraine Murray

Algo inesperado

Las hermanas Dubois, # 3

Algo inesperado

Las hermanas Dubois, # 3

LORRAINE MURRAY

Primera edición: diciembre, 2024

Título original: Algo inesperado

Del texto: Lorraine Murray, 2024 ©

De esta edición: Lorraine Murray, 2024 ©

Amazon, 2024 ©

Imagen de portada: Franz Bachinger en Pixabay

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro – incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de amigo en Internet- y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o préstamos.

Registrada en Safecreative, 2024 ©

Capítulo uno

Jules permanecía centrada en el trabajo. Había que cerrar la edición de las novelas, que la editorial lanzaría ese mes bajo sello romántico Charme. Y como de costumbre, todo eran prisas y más prisas por llegar a la fecha acordada. Cada mes ella misma se repetía la cantinela de que no le volvería a suceder; que tendría toda la información sobre su mesa al menos quince días antes de la comercialización de los títulos. Pero… No sabía cómo narices hacía para andar siempre con el tiempo pegado al trasero. Y allí estaba, a escasos quince días de la publicación de los títulos, discutiendo con la persona encargada de maquetar el libro.

—¿Cómo que no tienes el texto para editarlo en e-book, Caroline? —Jules contemplaba a la chica de ojos claros y cabello caoba, mientras esta sacudía la cabeza.

—A mí no me mires. Leonie no me lo ha pasado con las correcciones aprobadas por la autora para comenzar a editarlo en formato electrónico. Lo que sí tengo terminada es la portada.

—Se supone, que tenías que tener las galeradas aprobadas por la autora desde hace al menos una semana. Y que, en esta, estaría todo cerrado para lanzarla en preventa —le recordó pasándose la mano por el pelo y emitiendo un resoplido, que no presagiaba nada bueno—. Está bien, voy a ver qué ha pasado.

Jules se dirigió a hablar con Leonie. Era tal su cabreo, que no se dio cuenta que chocaba con alguien en el pasillo. Se volvió a medias y se disculpó.

—Lo siento, ¿eh? Pero llevo prisa. Ah, Lucille, en seguida estoy contigo.

—Jules este…—comenzó a decirle esta, pero se calló al ver que no la hacía ni puñetero caso.

—¿Es ella?

—La misma —asintió Lucille poniendo los ojos en blanco.

—Veo que es un puro nervio. E impetuosa.

—Profesional. Perfeccionista. Ya te acostumbrarás a su carácter.

—No me cabe la menor duda —asintió él con una media sonrisa cínica.

—Te diré cuál va a ser tu mesa. Todo está listo para que te pongas a trabajar. Deja que te repita que es un placer tener a alguien con tu experiencia aquí para impulsar el sello Charme.

—No hace falta que me las des. Es una oportunidad que no quería dejar pasar cuando me llamaste para comentarme que el puesto era mío.

—Admito que me sorprendió recibir tu candidatura. Has dejado la dirección del departamento de novela romántica de una de las dos grandes editoriales en España para venirte a París a relanzar una más modesta… Déjame que te diga, por la amistad que nos une desde hace años, que no todos estarían dispuestos a hacerlo, Roberto.

—Un cambio más que necesario. De verdad. Será toda una experiencia. Soy yo el que te lo agradece, Lucille. Solo te pido que nadie sepa cuál ha sido mi anterior empleo. No quiero que Jules piense que he venido a robarle el puesto, ¿sí? —Roberto entornó la mirada hacia su amiga editora.

—Descuida que, por mi parte, no lo sabrá. Pero, no te garantizo que lo descubra si te busca en Internet.

—Cuento con ello. No puedo evitar que me busque en la red, llegado el caso.

Jules regresaba de uñas de hablar con Leonie. Iba hacia su mesa de trabajo cuando reparó en el hombre, que permanecía en compañía de Lucille. Le llamó la atención su aspecto moderno, con aire desenfadado, vaqueros, camisa de cuadros y una americana. Se dio cuenta que él la contemplaba con curiosidad y atención. Daba la impresión de que la conocía. Este pensamiento

hizo que ella frunciese el ceño, y se fijase en él tratando de situarlo en el tiempo. ¿Se habían visto antes? ¿Dónde? Se preguntó siguiendo su camino, solo que la voz de Lucille la detuvo en seco.

—Espera Jules. No te vayas otra vez.

—Tengo prisa y un buen lío montado…

—Nada que no puedas solucionar. Como de costumbre.

—No queda otra si queremos publicar una de los próximos lanzamientos. La autora no ha entregado las galeradas de la novela —le explicó tratando de relajarse un poco en presencia de aquel desconocido, que la observaba con curiosidad. Su forma de mirarla la inquietaba, la verdad.

—Tal vez Roberto pueda echarte una mano —le dijo Lucille señalándolo.

Se produjo un cruce de miradas de muy distinta categoría entre ellos. Roberto la observaba con curiosidad y expectación. Jules expresaba una mezcla de desconcierto y sospecha. Entrecerró sus ojos y sacudió la cabeza sin entender a qué venía el comentario de Lucille.

—¿Por qué va a tener que ayudarme él?

—Porque es nuestro nuevo fichaje.

—Según lo dices parecemos un equipo de… fútbol y no una editorial.

—Roberto ha venido desde España para trabajar aquí.

Jules entreabrió los labios y dejó escapar una especie de gemido de sorpresa.

—Vale.

—Ha trabajado los últimos años en una gran editorial en España.

—Genial. Bienvenido, soy Jules editora del sello de novela romántica Charme —le dijo tendiéndole la mano.

—Gracias. Soy Roberto, como te ha dicho Lucille —se la estrechó con delicadeza más que darle un fuerte apretón como lo haría con un hombre. No le perdió la mirada en ningún momento.

—¿Y en qué departamento piensas trabajar?

—He venido para relanzar la novela romántica —le confesó observando como el gesto de ella cambiaba de repente. Pasó de la sorpresa inicial a la incredulidad posterior. Y por último juraría que a cierto recelo con su compañera porque la miraba buscando una explicación.

—No recuerdo que me lo comentases… —le dijo con cierta ironía.

—Sí, mujer. Te hablé hace algunos meses de contaríamos con alguien que te echase una mano con el sello romántico. Pues Roberto es el elegido dada su trayectoria profesional.

Jules abrió los ojos como platos y asintió sin estar muy convencida. Apretó los labios y emitido un sonido gutural.

—Ya. ¿Y tienes experiencia en el campo de la novela romántica?

—Un poco —asintió lanzando una mirada a Lucille para que le guardase el secreto.

—Uffff…

—Pero, ¿qué diferencia ves tú en una buena novela? Me refiero a que esté bien planteada, escrita, con una cohesión y una coherencia.

—Sí, claro, pero… ¿qué hay de las emociones y de los sentimientos de los protagonistas? ¿Cómo sabes si en realidad son veraces? ¿O si la autora está transmitiendo lo que en realidad quiere? ¿Has leído mucha novela romántica? —Jules entornó su mirada hacia él comenzando a hacerse una idea de lo que iba a responderle.

—Más bien poca, pero…—se detuvo cuando la vio rodar sus ojos y mover la cabeza.

—Necesitas a alguien que te eche una mano, Jules —volvió a insistir Lucille.

—Pero, agradecería a alguien que haya leído romances, y que sepa un poco de qué va el

asunto.

—Te sorprenderé —la interrumpió él.

Ella se giró de manera improvisada cuando lo escuchó decir aquello. Sonrió con cara de incredulidad por lo que estaba sucediendo.

—Ya lo has hecho al enterarme de que mi nuevo compañero no es un especialista en literatura para mujeres.

—Ponme a prueba —le pidió extendiendo sus brazos a los costados con las manos abiertas— si no te gusto cómo trabajo. Me largaré. Pero deja que te diga que puedo aplicar mis conocimientos a cualquier género literario.

—¿Lo dices en serio? ¿Lo de no marcharte? —Jules volvió a fruncir el ceño contemplándolo contrariada por su oferta.

—Tengo un período de prueba, ¿no? —dijo mirando a Lucille, quien asintió.

—Un trimestre —respondió esta abrumada por la situación. ¿Qué pretendía su amigo de la universidad?

—Perfecto, si para las navidades no te he convencido, me marcharé.

—¿Lo dices en serio? —ella entornó su mirada sin terminar de creerlo. ¿Había algo que ella desconocía de aquel extraño? Tendría que hablar con Lucille en serio sobre él.

—Totalmente —movió sus brazos cortando el aire de una manera tajante, resolutiva y que a Jules le pareció arriesgada.

¿Qué escondía su oferta? Pensó mirándolo con una ceja arqueada.

Lucille sonreía divertida ante aquella situación, que acababa de plantearse y que no esperaba de ningún modo. Sin embargo, tal vez sirviese para que tanto Jules como el sello de novela romántica despegaran por fin. Y apostaba a que la presencia de su amigo Roberto sería crucial.

—No sé qué decir… —balbuceaba ella. De repente se sentía en el punto de mira de aquellas dos personas.

—No tienes nada que perder. Yo soy el que me arriesgo.

No le hizo demasiada gracia que él se mostrase tan seguro. Pero, era cierto. ¿Qué tenía que perder? Ella seguiría en su puesto, y él… siempre podría regresar a España, ¿no? Por otra parte, ¿no sería interesante ver qué tal se desenvolvía en un campo literario que no era el suyo? A lo mejor tenía razón y la sorprendía para bien. Se limitó a fruncir los labios y encoger los hombros.

—Está bien. Veremos si logras aupar a los títulos de Charme a los primeros puestos de ventas.

Le iba a gustar su nuevo empleo, pensó Roberto. Y para empezar con buen pie en este, todo un reto ante aquella parisina de ojos color café y pelo corto de color del cobre.

—En ese caso, os dejo para que os vayáis poniendo al día en cuanto al trabajo. Si necesitas algo Roberto, pídeselo a Jules —miró a esta para comprobar su reacción, que no se hizo esperar. Esta sonrió y movió sus cejas con toda intención—. Te dejo en buenas manos.

—Sin duda —asintió él ajeno a la mirada de sorpresa de la propia Jules.

—Vale, pues… Vamos empezar que hay mucho trabajo por delante —le dijo sin saber muy bien qué demonios hacer con él.

—Te he escuchado decir que una autora no te había devuelto las galeradas aprobadas, ¿no?

—Sí. Y tenemos fecha de salida de su novela dentro de dos semanas.

—¿Has insistido para que te la entregue?

—Sí, y no responde a los correos.

—En ese caso, hazle saber que retrasarás la publicación de su novela —le aconsejó él encogiéndose de hombros y mirándola con total naturalidad.

—¿Cómo voy a…? Ha sido anunciada para el día cuatro del mes próximo. Esto es, dentro de quince días. Está todo preparado para la preventa y hay que cargar el texto en la plataforma.

—Sé cómo funciona todo. Por eso te digo que le hagas ver que tienes prisa y que, si no las envía en el plazo estipulado, retrasarás la publicación —le dijo ladeando la cabeza para poder observarla desde otro ángulo.

—¿Qué se supone que debo hacer si no responde mis correos? —Jules se cruzó de brazos antes él, contemplándolo como si la estuviese vacilando o algo por el estilo. No empezaba con buen pie su colaboración.

—Deja la publicación de la novela para más adelante. Estoy seguro de que cuando vea que no ha salido a la venta, te escribirá preguntándote el motivo. En el último extremo, publícala con las correcciones que le hayáis hecho.

—No puedo dar esa orden —protestó agitada por la parsimonia que se gastaba con el asunto.

Él la contemplaba en silencio, tratando de no sonreír ante su reacción.

—Está bien. ¿Tienes su número de teléfono?

—Sí, en su ficha de autora.

—Llámala. O escríbele por las redes sociales. Se le puede haber olvidado enviarlas, o puede que esté enferma. O que haya borrado el correo o el archivo.

—En ese caso, ¿no crees que me escribiría?

—Puede que haya perdido tu dirección de correo. Hoy en día la tecnología es muy puñetera. Hazme caso —le dijo apuntándola con su dedo y guiñándole un ojo.

—¿No crees que estás poniendo demasiadas excusas para justificar que no me haya enviado su trabajo? ¿De qué parte estás?

Él no pudo evitar reírse por aquel comentario lo que enervó todavía más a Jules. Esta sentía el calor invadir su cuerpo al tiempo que su cabreo se hacía más latente.

—No me pongo de su parte. Solo te comento las diferentes situaciones que pueden habérsele dado.

—Ya, ¿y por eso te ríes de mí?

—No me estoy riendo de ti. Pero, es cierto que me choca que, viviendo en el mundo de la tecnología, no consideres estas posibilidades. Puede que se la haya roto el ordenador… Considéralo, ¿quieres? —arqueó sus cejas sin poder dejar de mirarla y seguir fijándose en sus rasgos. Sus labios permanecían entre abiertos fruto de la excitación que sentía por lo que estaba sucediendo. La vio inspirar hondo y como su pecho ascendía llegando a captar su atención, lo que lo llevó a apartar su atención de este.

—Tengo una idea mejor —le dijo sonriendo con satisfacción.

—¿Cuál?

—Ponte tú en contacto con ella. Empieza a demostrar su valía —le dijo con sarcasmo.

Roberto sonrió agradecido por su proposición.

—En cuanto me pases su ficha de autora.

—Eso está hecho —asintió con un ligero toque de satisfacción porque se mostrase tan predispuesto. Le gustaba que no se echase atrás. Lo de su propuesta para estar tres meses a prueba y marcharse si ella no estaba a gusto con él, le había parecido arriesgado. Pero, estaba segura de que escondía algo. Había percibido cierta autosuficiencia. Le parecía que estuviese

acostumbrado a mandar. Pero no de una manera exigente. Más bien clara, precisa y ¿convincente?

Él se sentó en la mesa que Lucille le había indicado. Disimuló moviendo las cosas aquí y allí sin dejar de controlarla por el rabillo de su ojo. Intentó no quedarse observándola, pero le resultó complicado. Ni tampoco apartó su atención del rostro de ella cuando lo giró hacia él.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te quedas mirándome? —le preguntó con un tono que iba desde la lógica estupefacción a cierta frialdad.

—Estoy esperando que me pases la ficha de la autora. La que no ha entregado las galeradas todavía.

Ella se quedó callada y sin saber qué reacción tener.

—Si, iba a enviártelo por correo. ¿Te has conectado a la intranet de la editorial? —le preguntó esperando cogerlo desprevenido, pero lo vio asentir.

—Sin problema. Todo eso ya me lo han explicado a primera hora.

Jules apretó los labios moviendo su cabeza.

—Vale, en ese caso… Te envío la información que me has pedido. A ver si a ti te hace más caso.

A él le dio la impresión de que ella parecía regocijarse son su primer fiasco nada más llegar. Apostaba a que ella pensaba que él no lograría dar con la autora. Se centró en esperar que entrase el correo de ella para ponerse manos a la obra. No estaba mal para ser el primer día.

Jules resopló y decidió dejar de pensar en él, y en su manera de comportarse con ella. Le había parecido algo listillo. A ver si lograba resolver el asunto que le había encargado. Lo vio teclear con rapidez y asentir cuando al parecer dio por terminado lo que fuese que estuviese haciendo. Entrelazó sus manos y las apoyó contra sus labios con gesto pensativo. De repente, exclamó satisfecho y lo vio sonreír mientras tecleaba de nuevo. Su expresión de concentración no desapareció y por último asintió con una media sonrisa algo cínica, que a ella le provocó un ligero vacío en su estómago.

No pasaron ni cinco minutos cuando Jules vio que entraba un correo en su bandeja. Parpadeó en repetidas ocasiones sin poder creerlo. Le lanzó una rápida mirada a él preguntándose cómo lo había hecho.

—En breve recibirás la contestación que estás esperando. Se le había olvidado por completo debido a que estaba metida de lleno en los exámenes de la facultad —le aclaró dirigiéndole una mirada hacia su ordenador.

Jules jadeó ahogando la risa que le acababa de provocar su explicación. Pero, ¿cómo lo había conseguido?

—¿Has estado chateando con ella?

A él le gustó la mirada entornada de ella, la manera en la que algunos de sus mechones se abalanzaban sobre su rostro. Cogió aire cuando notó que la imagen de ella parecía robárselo.

—Sí. La he pillado conectada a una red social. De manera que he aprovechado para contarle quién soy y lo que necesitaba de ella. Me ha asegurado que te lo enviará en un momento.

—Sí, ya lo he recibido

—En ese caso… Objetivo cumplido —Roberto se sentía satisfecho por la labor hecha. Y esa sonrisita que acababa de dirigirle le daba a entender que la había sorprendido—. Si hay algo más que pueda hacer por ti…

—Descuida, que lo hay. Dame cinco minutos.

—No pienso irme a ninguna parte. Te espero.

Jules no podía evitar el ligero cosquilleo en su estómago y como este se iba extendiendo por su cuerpo como si fuese un ejército conquistado aquel vasto territorio. Y sin que ella pusiese resistencia. ¿A qué demonios venía esa sensación?

Capítulo dos

Roberto leía atento el texto en la pantalla de su ordenador. La sinopsis de una de las dos novedades, que la editorial lanzaría en breve. Frunció el ceño primero, y a continuación se reclinó contra el respaldo de su silla como si leerlo desde cierta distancia fuese a hacerle cambiar su opinión.

Jules se fijó en la pose de él, sentado con una pierna cruzada sobre la otra, el codo sobre el brazo de la silla y mano bajo el mentón. Le parecía relajado como si estuviese en un café o en una sala escuchando a alguien. Estaba centrado en la sinopsis que ella le había pasado para pedirle consejo. Después de que se hubiese apuntado algún que otro tanto en su primer día, ella admitía él sabía reaccionar ante imprevistos.

Roberto se dio cuenta que ella se acercaba. Movió la cabeza para fijarse en Jules, y en como se apoyaba contra su mesa, cruzando los brazos sobre el pecho mirándolo expectante.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—Bueno, si tengo en cuenta que no me he leído el manuscrito…

—Si quieres puede pasártelo.

—No hace falta para sacar una idea general de lo que va —descartó él agitando la mano delante de ella, y poniendo cara de que no le interesaba—. Yo lo retocaría un poquito, ¿sabes? Creo que da demasiada información a la lectora, y que deberíamos dejarla a medias…

Jules arqueó las cejas y abrió los ojos como platos.

—¿Dejarla a medias?

Él sonrió con picardía.

—Según lo has dicho pareciera que hablabas de otra cosa —le soltó observándola sonreír por lo bajo—. Sí. Vendría bien hacerlo. De ese modo querrá saber qué sucede entre los dos protagonistas. Da la impresión de que leyendo esta sinopsis… Yo no lo compraría, la verdad.

—Pero, tú no hace falta que la compres. Son las lectoras las que nos interesan, y estoy convencida de que no todas pensarán como tú, y lo comprarán —le rebatió molesta por sus comentarios.

—Estoy de acuerdo contigo. Yo no voy a comprarlo. No me atrae. Así de simple —él frunció los labios y levantó las manos como dejando claro que no quería saber más del asunto.

—Es normal que no te atraiga. No has trabajado antes el género romántico y no te pega mucho leer esta clase de historias —le recordó con cierto retintín.

—En ningún momento he dicho que no haya trabajado ese género. Es cierto que no he leído demasiado, pero, sí puedo decirte lo que puede vender y lo que no. Y esta sinopsis no vende. Entiendo que no haga gracia que te lo diga…

—¿Gracia? Ja, ja, ja, mira tú qué gracia me ha hecho. Trabajamos en una editorial, que lo que busca es publicar buenas historias para el público lector.

—En ese punto ambos estamos de acuerdo, Jules.

Ella se quedó paralizada cuando lo escuchó dirigirse a ella por su nombre por primera vez, desde que llegó a la editorial hacía días, ya. Y la verdad… Le había gustado escucharlo. Se dio cuenta que le costaba reaccionar, y de no hacerlo él se daría cuenta que le sucedía algo.

—¿Por qué no haces tu propia versión de la sinopsis? Podemos ver qué tal queda.

—Puedes leerla cuando quieras —le dijo señalando la pantalla con su mano y dejándola sin palabras una vez más.

Jules experimentó una sacudida en su cuerpo provocada por la reacción a la sugerencia de él. Se acercó de una manera natural y se situó a su lado, con una mano sobre esta, y su cuerpo

inclinado hacia la pantalla.

Por un instante él se fijó en la postura que ella había adoptado. Su cuerpo tan cerca de él, que permanecía sentado. No evitó fijarse en la curva de su cadera y su trasero. Ella permanecía centrada en la lectura sin darse cuenta de cómo la observaba. Los labios de ella se movían de manera lenta, rítmica cuando leía. Y él se imaginó esos mismos labios en un beso. Algunos mechones le caían aquí y allá, desordenados otorgándole un aspecto grácil.

Jules volvió la cabeza hacia él de repente haciendo que sus miradas se encontrasen durante un pequeño lapso de tiempo. Ella seguía preguntándose quién era él. Parecía tocado por una varita mágica en lo referente al trabajo.

Roberto no pudo evitar fijarse en sus labios, y recordó como se habían movido cuando leía. El perfume dulce, pero intenso de ella lo invadió. De repente, se dio cuenta que una de las piernas de ella rozaba la suya de manera casual.

—¿Estás seguro que no has trabajo en el campo de la novela romántica?

—Te ha gustado ¿eh? —hizo un leve gesto con la cabeza hacia la pantalla.

—No está mal. No.

—Ahora si compraría la novela porque me ha dejado con la intriga de querer saber más sobre la historia de Sean y Marjorie. ¿A ti no?

Se vio obligada a coger aire y apartarse de la mesa de él cuando experimentó que sus latidos parecían acelerarse por su proximidad. ¿Qué narices le estaba sucediendo con aquel español?

—De acuerdo, se lo pasaremos a Leonie a ver qué opina de cara al marketing. Buen trabajo —esbozó una media sonrisa antes de regresar a su mesa convencida de que él podía aportar bastante al sello—. Por cierto, te voy a pasar un manuscrito para que lo leas. Tienes que empezar a ponerte las pilas en lo que a historias de amor se refiere.

—Cuando gustes —le pidió arqueando las cejas y encogiendo los hombros. viéndola esconder su sonrisa.

—Ver para creer… —murmuró ella sentándose en su silla antes de que las piernas le fallasen y tuviese que sujetarse a la esa para no caerse.

◆◆◆

—¿Qué tal con el nuevo fichaje de la editorial? Nos comentaste de pasada que Lucille te había presentado a un nuevo colaborador para el sello romántico —Sabine le preguntó a Jules cuando las tres hermanas quedaron para cenar en el restaurante de Margot.

Como era costumbre, la mayor de las hermanas Dubois cerraba el lunes por descanso y las tres quedaban para cenar y ponerse al día de sus respectivas vidas.

Jules hizo una mueca de no saber qué responder.

—Pssss.

—¿Sólo pssst? Pues vaya decepción —comentó Margot cogiendo su copa de vino para dar un sorbo.

—Pues no sé qué esperas que te cuente. Ah sí, espera: no se ha leído ni una sola historia de amor. Con eso creo que te lo digo todo.

—¿Cómo? ¿Dices que trabaja en la editorial, en el sello romántico en el tú eres editora, y no se ha leído nunca una novela de amor? —preguntó Sabine abriendo los ojos como platos y quedándose con la boca abierta.

Jules se limitó a asentir ya que tenía la boca llena de comida.

—¿Y qué hace entonces trabajando en el sello Charme?

—Bueno, al parecer ha sido elegido por Lucille porque ha destacado en su trabajo en una editorial puntera en España. Y lo cierto es que el poco tiempo que lleva ha demostrado su valía. No le voy a restar méritos… Asegura que todas las novelas son lo mismo para él, y que no hay diferencia a la hora de enfrentarse al manuscrito. Sea una novela romántica, histórica o un thriller.

—Pero, supongo que preferirá un género a otro. Me explico, a mí no me da igual leer a Stephen King que a Nicholas Barreau. El primero escribe terror y el otro romántico. Por mucho que su compañero diga que son los mismo —recalcó Sabine extendiendo lo brazos al frente con las manos abiertas.

—Tampoco lo son para mí, querida —señaló Margot—. A lo mejor para él sí. Bueno, pero, ¿qué tal es? Es un tipo simpático, agradable, buen compañero… Ya sabes…

Jules sonrió con cinismo al darse cuenta de por dónde iban los tiros de su hermana mayor. Comenzó a sacudir un dedo delante de su rostro.

—Ya, ya… Buen compañero y todo eso. Lo que quieres saber es si está bien. Si me parece atractivo. Vamos, sé sincera y no te andes por las ramas. No te pega —le aseguró con un guiño y una sonrisa cínica.

—Eso acabas de decirlo tú, que conste —Margot se puso a la defensiva—. Yo no he preguntado nada de eso.

—Vale, vale, chicas —intervino Sabine—. A ver, ¿qué tal es el español?

Jules se mordió la lengua. Las imágenes de él trabajando a su lado y mirándola en ocasiones como si ella fuera alguien especial le provocaron un remolino en el estómago, que no lograba controlar, ni estando lejos de él.

—¿Por qué debería fijarme en él y deciros lo que me parece? Me interesa solo como compañero de trabajo. Nada más.

—Uy, ahora eres tú la que se ha puesto a la defensiva —advirtió Sabine señalándola y mirándola con gesto serio.

—Y te has sonrojado —apuntó Margot.

—No me he puesto a la defensiva, chicas. Y en cuanto al color de mi cara es el vino y el calor que hace aquí —comenzó a abanicarse con una mano para hacerlo más creíble.

—Está bien, ¿vas a contarnos qué te ha parecido o tendremos que pasar Sabine y yo a buscarte el próximo lunes para comer? De ese modo lo conoceremos.

Aquella sugerencia de su hermana mayor encendió las alarmas en el interior de Jules.

—No, no hace falta que os acerquéis.

—Entonces, dinos cómo es Roberto —le apremió Margot llevando la batuta de la conversación.

Jules cogió aire, frunció los labios y pareció no darle la menor importancia.

—Es del montón. No es atractivo de una manera exagerada, pero… —se tomó su tiempo en responder lo que llamó la atención de sus dos hermanas. Ambas la contemplaban con sus cejas elevadas con expectación—. Vale, está bien. Tiene un toque de misterio que lo hace más atractivo.

Sus dos hermanas se miraron entre ellas con una sonrisa delatora de lo que estaban pensando, y que obligó a Jules a reaccionar de inmediato.

—Ni que hubieses confesado un crimen, Jules. Pues si tu nuevo compañero está bien, pues se dice y ya está —le comentó Margot ocultando su risita.

—Eso mismo opino yo. No significa nada más. Esto es, que te vayas a liar con él, claro está —apuntó Sabine tratando de mostrarse cauta, pero lo cierto era que por primera vez desde

que pasó lo de su ex, ambas hermanas la escuchaban hablar así de un hombre. Y eso, sí era un gran triunfo después de casi un año.

—¿Por qué debería hacerlo? Acabamos de conocernos como quien dice. Y la verdad, no se me ha pasado por la cabeza semejante disparate.

Ella pasó por alto cómo se había sentido en algún que otro momento en el que sus miradas se habían cruzado. O cuando estaban los bastante cerca como para que sus cuerpos se rozasen. Pero, esas situaciones quedaban para ella sola.

—Sí, es cierto. ¿Se ha venido solo a París? —Sabine parecía más que interesada en la vida del nuevo compañero de trabajo de su hermana.

—No lo sé.

—¿No se lo has preguntado?

—No tengo tanta confianza como para hacerle preguntas personales de ese tipo—le rebatió algo molesta porque le estuviesen preguntando por él.

—Pues a mí me parece algo de lo más normal. Si mi nuevo compañero de trabajo viniese de otro lugar se lo preguntaría.

—No, no lo he hecho.

—Supongo que tampoco le has preguntado qué hace en París si tan buen cartel tiene en España —comentó Margot dándolo por hecho.

—No, tampoco. Pero, ¿qué pensáis que he hecho? ¿Sacarle toda la información personal para contárosla? Me dedico a trabajar al igual que hacéis vosotras. El día que charlemos de esos temas, si llega el caso, prometo contároslo todo con pelos y señales para que os quedéis a gusto.

—Mujer, preguntarle si se ha venido porque conoce a alguien, o está solo no es un delito. Mira nuestra hermana —comento Margot señalando a Sabine.

—¿Qué pasa conmigo?

—Pues que Sean no conocía a nadie aquí cuando fichó por el equipo de rugby y en seguida entabló una buena relación contigo. Te pidió que quedaseis para que le enseñases París, y todo…

—Así es.

—Pues yo no tengo intención alguna de enseñarle París —dijo Jules de manera tajante—. Porque creo que ya ha estado según me ha parecido escuchar decir a Lucille.

—Mujer… cómo eres. ¿Y si te invita a un café fuera del trabajo?

—¿Por qué habría de hacerlo? —Jules se encogió de hombros y miró a Margot sin entender a qué venía su interés en Roberto.

—Porque sois compañeros, por eso. Sin ningún otro interés particular.

—Estás algo susceptible, hermanita —ironizó Sabine—. A lo mejor se debe a que llevas demasiado tiempo sin tener pareja.

—Lo que me faltaba por escuchar —comentó Jules rodando sus ojos—. ¿Y qué queréis que haga? ¿Qué me líe la manta a la cabeza con mi compañero español? ¿Es eso? A ver, ni si quiera sé si tiene una pareja, está casado o es gay. Eso para empezar.

—Por eso mismo deberías charlar con él tomándote un café fuera del trabajo. Para iros conociendo —le sugirió Margot con naturalidad.

—De verdad chicas, no tengo interés alguno en él. Ni en ningún otro. Estoy feliz con mi soltería. Ya está. Punto y final al tema. De todas maneras, no hemos quedado para convertir la cena en un monólogo sobre mí. De manera que aquí lo dejamos.

—Pero, prométenos que te enterarás de si está casado o soltero —apuntó Sabine con una risa divertida.

—¿Estás pensando en dejar a Sean? Porque si es así, puedo presentártelo…

—No, no. A mi escocés no lo cambió por ningún otro.

—Ya decía yo… En fin, que no pienso ir más allá con él que salvo el trabajo. No soy de meterme en la vida personal de las personas, de manera que dejadlo. Y, es más, si no tenéis nada interesante que contarme, creo que es hora de que me marche a casa. Todavía tengo algo de tiempo para seguir leyendo un manuscrito.

—Por favor, relájate un poco Jules. Además, ya tienes a Roberto leyendo uno ¿no? —le recordó Margot.

—Así es, pero yo soy la editora del sello Charme, y como tal he de dar ejemplo. De manera que es mejor que me retire a leer un poco.

<<Si los pensamientos en torno a mi nuevo colega me dejan tranquila porque con el interrogatorio de mis dos hermanas…>>

—Vale, cómo tú veas. Pero que conste que no te estamos echando —matizó Margot.

—Tranquilas, lo sé. Porque si os contase más cosas de mi nuevo compañero me tendríais aquí secuestrada toda la noche. De manera que es hora de que me marche. Ya hablamos, ¿sí?

—Cuando gustes —le dijo Sabine.

—Pásate cuando quieras, Jules. Siempre tienes mesa —le recordó su hermana mayor. Pero Jules ya salía por la puerta del restaurante—. ¿Crees que se siente atraída por el tal Roberto? La he visto algo alterada por momentos.

—No estoy segura. Lo de su ex le dolió mucho y la ha dejado algo marcada —le recordó Sabine.

—Lo de Alain fue una putada —masculló Margot cerrando la mano en un puño.

Jules salió del restaurante y se subió a su moto para arrancarla y dirigirse a su casa esperando que Roberto no se volviese un ocupa de su cabeza.

◆◆◆

Roberto esperaba a que su hermana bajase a la calle. Llevaban sin verse bastante tiempo: desde que ella se había mudado por trabajo a París hacía casi un año. Ella era una analista de datos en una multinacional de tecnología. Así era cómo sonaba el empleo que ocupaba Sandra. Hacía semanas le había comentado que iba a mudarse a la capital francesa, pero ella no se lo había creído. Sin embargo, cuando lo viera allí en la calle esperándola, ya no le iban a quedar dudas se había dicho él. Él paseaba cabizbajo frente al edificio donde vivía su hermana en Saint Germain des Prés, el barrio chic de la ciudad con sus innumerables cafés, situado cerca del barrio Latino. Levantó la mirada cuando escuchó abrirse el portal. La vio salir y dirigirse a él con cara de asombro.

—Pero, bueno… Lo decías en serio —se detuvo a contemplarlo de manera fija mientras lo tocaba como si no creyese que fuese de verdad.

—¿Por qué iba a mentirte?

—No sé… Solo que… No terminaba de creerte. Pero, dime ¿por qué esta decisión de cambiar de país? ¿Te has vuelto loco? Bueno… Vamos caminado y me cuentas. De paso nos tomamos algo. Me has dejado de piedra.

—Soy fe de ello. Vamos dónde tú quieras.

—Vale, pero, dime, ¿qué haces aquí en París trabajando en una editorial francesa?

—Vi la oferta de empleo y la consideré como una buena opción. Un cambio de aires, de manera de trabajar… —se encogió de hombros y frunció los labios.

—Sí, si ya sé cómo eres, pero, dejar el puesto que tenías en España para lanzarte a la

aventura aquí en París… ¿Qué ha sucedido para este cambio? —Sandra arqueó una ceja con toda intención esperando que su hermano le contase la verdad de su presencia allí.

—Lo sé, lo sé. Ya sé que en ocasiones no me importa dejar las cosas y a las personas atrás. Soy algo impulsivo, pero… necesitaba el cambio —le refirió después de coger aire y soltarlo lo que captó la atención de su hermana.

—¿Qué ha pasado? Hay algo más que no me estás contando. Vamos, suéltalo mientras tomamos algo este sitio tan elegante —le pidió poco menos que lo empujaba al interior.

Roberto sonrió tímido ante la petición de su hermana, pero por el momento dejó estar el asunto; al menos mientras se sentaban y pedían de beber.

—Creo que la vida en París te sienta bien —le comentó él fijándose en como había cambiado su aspecto. Se había recortado el pelo luciendo una melena al ras de las orejas, y se lo había tenido de un color chocolate.

—Ya, vale. Te agradezco el cumplido, pero no te andes por las ramas. Ibas a contarme por qué has dejado tu trabajo en unas de las editoriales con mayor prestigio en España, para venirte a París a hacerlo en una desconocida. Y no me trago lo de un cambio de aires —Sandra entornó su mirada con cierta curiosidad, observando a su hermano reírse y sacudir la cabeza.

—Mira que eres.

—¿Cómo soy según tú?

—Una maldita y adorable entrometida. Vale, en cierto modo necesitaba cambiar de rutina. Tenía la impresión de estar estancado en mi trabajo. Necesitaba hacer cosas nuevas, embarcarme en algún que otro proyecto que me ilusione, en resumen: avanzar. Aunque parezca una locura.

—Vaaaaale. Pero, creo que eso mismo podrías haberlo hecho sin necesidad de venirte aquí dado el puesto que tenías. Eras el editor jefe de uno de los sellos románticos que más historias vende en España y Latinoamérica. Tenías un puesto reconocido, y lo dejas…

—Para empezar de cero.

—Puedo entender ese estancamiento profesional del que me hablas. Pero, sé que hay algo más que te ha empujado a venirte a París —le aseguró observándolo con los ojos entrecerrados, y agitando un dedo delante del rostro de él.

Roberto le sostuvo la mirada a su hermana e inspiró. Le sirvieron una copa de vino para Sandra, y una cerveza para él.

Él inspiró y se tomó unos segundos antes de continuar. No podía ocultarle la verdad a su propia hermana.

—Consideré que no podía seguir allí cuando me di cuenta que, cierta persona no estaba destinada para mí.

—A ver… a ver… ¿Te estás refiriendo a Estefanía? —entornó su mirada y apretó los labios con cierto temor a meterse dónde no la llamaban. Pero, ¡qué coño! Era su hermano. Se preocupaba por él y por su vida sentimental.

—Esa misma.

—Luego, entiendo que el otro motivo de venir a París es porque lo habéis dejado.

—Así es. Cuando percibes una falta de compromiso e interés en la otra persona… Y que viene motivado porque lo ha encontrado ese interés en alguien, entonces es mejor recoger y marcharse.

Sandra emitió un silbido al escuchar el final de la historia.

—¿Ha conocido a alguien?

—Sí, pero preferiría no hablar de ello. He venido a empezar de cero. Nueva vida, nuevo

trabajo…

—Pues venirte a París después de lo que te ha sucedido, y seguir en el mismo género literario… No sé si te ayudará.

Roberto sonrió al ver la expresión de la cara de su hermana.

—Es trabajo. Literatura, después de todo. ¿Piensas que va a afectarme el hecho de haber venido aquí? De acuerdo, aseguran que esta ciudad es la del amor, la luz, la cocina, el arte, la moda… Pero, yo he venido a trabajar. Y en cuanto a la literatura romántica, es solo ficción, Sandra. De hecho, mi nueva compañera y editora del sello me ha encargado que me lea un manuscrito para que lo valore. Así que…

—Vaya, ya tienes una nueva compañera —le interrumpió con toda intención, dejando que sus cejas se arquearan con toda intención, y que sus labios se fruncieran.

—Es lo más normal, ¿no?

—Ya bueno, pero tú ahora, no sé si estas más o menos receptivo a las mujeres.

—De momento tan solo quiero centrarme en el trabajo. Solo eso. Pasar página.

—Ya, pero, reconoce que tendrás que relacionarte con gente de la editorial. Por ejemplo, con tu nueva compañera. Cómo se llama, por cierto.

—Jules.

—Bien, pues imagina que Jules, te invita a un café lejos del trabajo. O a comer o a tomaros algo cuando terminái s y os marcháis a casa. ¿Vas a rechazar su invitación porque sea una mujer, solo por lo que ha sucedido con Estefanía?

—Pues claro que no.

—¿Y si por casualidad tú le acabas gustando con el paso del tiempo? Ya sabes… El roce hace el cariño.

Roberto no pudo evitar resoplar ante el comentario de su hermana.

—Creo que te estás montado una novela que no vas a leer.

—Sí, sí. He conocido a gente que aseguraba no volver a enamorarse y mira tú por dónde luego ¡zas!

—Eso es un simple cliché.

—Pero, podría darse. Te doy otro cliché: la realidad supera muchas veces a la ficción —Sandra le guiñó un ojo y sonrió.

—Creo que este tema lo tengo perdido cuando se trata de ti. No va a pasar nada con Jules que no tenga que ver con trabajo.

—Liaros tiene relación. Los dos trabajáis en un sello literario romántico. Ahí lo dejo.

—Olvidaba lo persistente que eres.

—Por cierto, ¿sabe de qué editorial vienes y que cargo tenías?

—No. Mi amiga Lucille, la editora no le ha especificado mi anterior empleo. No quiero que ella me considere un posible peligro para su puesto. No he venido a quitarle el trabajo a nadie.

—Bien. ¿Dónde te alojas?

—En un apartamento en el segundo distrito.

—En el de la antigua Bolsa. Es un lugar tranquilo, y asequible al bolsillo en estos tiempos. Podrías haberme dicho en serio que venías. Pensaba que me vacilabas. Te habría buscado un sitio.

—Te lo dije, pero no me quisiste creer.

—Porque siempre me estabas diciendo que venías a verme, y al final nunca lo hacías poniendo cualquier excusa. Bueno, entonces, bien en el sitio.

—Sí, sí.

—Qué pregunta. Si tú ya conocías París de tus años locos de estudiante. Supongo que conservarás amistades aquí.

—Sí, descuida. Lucille, la editora. Es una buena amiga con la que he mantenido contacto desde aquellos años.

—Imagino que clase de contacto tendrías con ella en aquellos días…

—Deja de imaginarte cosas. Puedo asegurarte que nunca hubo nada entre nosotros.

—Está bien. Te creo. Esta tarde te estoy concediendo mucho crédito. Espero que todo te vaya bien.

—¿Y tú? ¿Qué tal la vida en París?

—Trabajo, algo de diversión…

—Pareces decirlo sin mucha ilusión.

—Siempre es lo mismo. Al principio es la novedad, pero cuando ya llevas mucho tiempo en un lugar, pues te das cuenta que siempre haces las mismas cosas, vas a los mismos lugares… ¿Qué puedo decirte que tú no sepas?

—Te entiendo. ¿Hay alguien en tu vida?

—Más o menos, pero no es demasiado importante.

—Me alegro —Roberto echó un vistazo al reloj y apuró su cerveza—. Creo que debería marcharme ya.

—¿A seguir leyendo tu particular historia de amor?

—Exacto. Y te repito que es trabajo. Puro y duro —sentenció moviendo las manos como si cortase el aire.

—Lo que tú me digas. Ya te llamaré para quedar. O puede que me acerque un día a las oficinas de la editorial y te invite a comer.

—Como prefieras, eso estaría bien.

—Te tomo la palabra y te aviso.

Se levantaron de la mesa y se despidieron prometiendo volver a quedar siempre que sus respectivos trabajos y otros compromisos se los permitieran. Claro que como le advirtió Roberto, siempre y cuando dejasen a Jules fuera de la conversación. No quería que esta se convirtiese en alguien habitual en sus pensamientos. Ya tenía de sobra con verla en la editorial.

Capítulo tres

Cuando Jules llegó a la editorial se sorprendió al ver a Roberto sentado en su mesa, relajado, mirando la pantalla de su portátil con atención y sacudiendo la cabeza.

Él se dio cuenta de su presencia de inmediato; como si tuviese un detector en su interior. Le sorprendió la facilidad con la que había apartado su atención del texto para fijarse en ella avanzando hacia él. No entendía por qué ella había captado su atención e aquella manera tan… repentina y sorprendente. Y mucho menos que la estuviese contemplando de aquella manera tan… íntima. Recorriéndola de pies a cabeza. Se dio cuenta que ella también se había fijado en él y en que no apartaba su atención.

—Vaya escaneado que acabas de hacerme —le dijo sin cortarse un pelo al darse cuenta de la sugerente mirada que él le había dedicado. Lo dejó algo cortado, como era su intención y siguió camino hacia su mesa con una sonrisa pérfida—. Has madrugado, por cierto. No creo que haga falta que vengas tan temprano.

Le sostuvo la mirada con interés, fijándose en la manera en la que él se la devolvía y como le hacía sentir un ligero sofoco. Bajó su mirada al bolso para sacar el móvil y un paquete de caramelos de menta, y lo dejó todo sobre la mesa.

—Estoy acostumbrado a madrugar.

—Perfecto, pero quería decirte que no es necesario seas el primero. No creo que eso influya en tu período de prueba —le recordó haciendo referencia al comentario que hizo el primer día.

—Descuida que no pienso en este.

—¿En serio?

La observó dar un paso atrás y elevar las cejas con gesto de sorpresa.

—Solo quiero hacer mi trabajo.

—Pues parecías algo relajado cuando te he visto al llegar.

—Tal vez se deba a que este manuscrito que me has pasado no despierta mi interés como lector —apuntó con un dedo a la pantalla del portátil y se echó atrás contra el respaldo de la silla. Cruzó una pierna sobre la otra y apretó los labios en un claro gesto de que no le convencía lo que estaba leyendo.

—¿En serio? ¿Cómo puedes…? —ella no terminó de formularle la pregunta porque la cínica sonrisa que lucía él en ese momento la obligó a callarse. ¿Por qué parecía que sus gestos y sus expresiones le afectaban hasta el punto de tener que callarse para pensar qué decir?

—Desconozco si la has leído, te encuentras en el proceso de su lectura o si vas a leerla y vas a confiar en lo que yo te diga…

—Un momento —le interrumpió al escucharle decir aquello. Entrecerró sus ojos y sacudió la cabeza—. No creas que tu opinión será la única acerca de los manuscritos que vayamos a publicar o a descartar.

—Me alegra saberlo. Sigue, ¿qué más ibas a decir? —arqueó sus cejas esperando su momento para devolverle el corte que le había dado al llegar. Sí. Le había echado una mirada de los pies a la cabeza: un escaneado como le había dicho ella. Pero si ella se hubiese visto avanzar hacia él, no dudaba en que habría hecho lo mismo que él.

Jules permaneció con los labios entreabiertos sin saber cómo seguir una vez más. ¿Desde cuándo alguien conseguía dejarla sin palabras? Y menos un hombre. ¡Por favor! Había optado por ser una mujer fuerte y difícil de vencer en todos los campos.

—¿En qué te basas para afirmarlo?

—No encuentro la química entre los dos protagonistas. Ni percibo cierta tensión entre estos, una tira y afloja, el hecho de que uno saque de sus casillas al otro cuando hablan. O que él le provoque un ligero hormigueo en el cuerpo o una subida de temperatura. Es simple.

Jules permaneció expectante a ver si añadía algo más, pero creía que no hacía falta. Esas mismas sensaciones acababa de provocárselas él hacía unos minutos cuando se dirigía hacia su mesa. Así como cierto tira y afloja en el tema del trabajo. ¿Qué significaba entonces? ¿Qué entre ellos dos había surgido la chispa? Se preguntó deseando no saber la respuesta.

—Pareces tenerlo muy claro.

—Sí, bastante.

—¿Has acabado de leerla?

—No me ha hace falta llegar al final para saber que no enganchará al lector.

Jules jadeó ahogando las risas que ese comentario le acababa de producir.

—¿No crees que deberías darle una oportunidad? Tal vez…

—No.

La rotundidez con la que se lo dijo, así como su gesto dejaron claro a Jules que él no cambiaría de parecer.

—Dijiste que no tenías experiencia en literatura romántica —comenzó con cierto sarcasmo —Entonces, ¿cómo puedes estar tan seguro de ello? —Entornó la mirada y se mordisqueó el labio.

Él asintió ante aquella declaración. Se fijó en la expresión de su rostro. Su mirada fija en él, ese toque sensual cuando se mordía el labio, su tono mordaz…

—No hace falta ser un experto en literatura romántica para darse cuenta que los personajes no cuadran en la historia. Si fuese una novela negra o un thriller mi opinión no cambiaría.

Ella permaneció inmóvil escuchando su explicación. Parecía muy seguro de sí mismo. Y al final reconoció que tal vez tuviese razón.

—Está bien. Me leeré el manuscrito y te diré qué opino —le dijo dando su brazo a torcer.

—Ya verás cómo percibes lo que acabo de decirte.

—No estés tan convencido —le rebatió con cierta sorna y esgrimiendo una sonrisa.

—Sé cuándo una novela no funciona, ni va a funcionar.

—Pues si tan seguro estás…

—Si a mí no me ha enganchado, imagina a una lectora.

—Sí, vale. Pero, cada una es un mundo. Y a lo que a una le gusta, a otra… Ya sabes.

—Cierto. Pero, ya me darás la razón. ¿Voy por un café? ¿Vienes? —se había levantado de la silla para quedarse de repente de pie delante de ella, fijándose en cómo dejaba entre abiertos sus labios. Lo que lo cautivó fue el hecho de que ella se los humedeciera con la punta de la lengua de forma casual. Lo obligó a tomar aire y al instante la sugerencia de su hermana acerca de que ellos dos, ocupó su mente.

—No, gracias. Quiero ponerme a trabajar.

—Como tú veas… —dijo frunciendo sus labios y empleando con un tono de cierta ironía, dando a entender que no le importaba si ella lo acompañaba, lo que hizo que ella volviese a emitir un jadeo y elevase las cejas en un gesto de incredulidad por lo que le había dicho.

Roberto prefería que ella no lo acompañase después de ponerse a pensar en lo que Sandra le había comentado sobre ellos dos. No comprendía a qué había venido invitarla a un café, y acto seguido hacerle ver que su indiferencia a respecto. ¡Había quedado como un perfecto idiota! A ver cómo lo arreglaba cuando volviese a su mesa.

Jules permaneció en el sitio, sin mover a penas un músculo, contemplándolo mientras se alejaba hacia la cafetería con la que contaba el edificio.

—¿Puedo saber por qué te quedas mirando embobada a Roberto? —le preguntó Lucille cuando pasó por el lado de esta.

—¿De qué demonios…? ¿Cómo que embobada? ¿De dónde te has sacado semejante…? —se detuvo porque no sabía cómo calificarlo y porque la sonrisa de su jefa era bastante expresiva.

—De la manera en la que te has quedado mirándolo, acabo de decírtelo. Te pareces a una de las protagonistas de nuestras novelas.

—Todo lo contrario. Créeme.

<<Me invita a un café y como lo rechazo se muestra indiferente. Será… hipócrita>>

—Por cierto, ¿qué tal el manuscrito que te hice llegar hace un par de días?

—Sí, se lo pasé a él para que lo leyese y nos diese su opinión —señaló al pasillo por dónde Roberto se acababa de marchar.

—Me parece perfecto. Tenla en cuenta, ¿querrás?

—Sí, por supuesto. Oye, por tu manera de hablar de él, ya os conocíais, ¿verdad? —De repente a Jules le había picado la curiosidad sobre qué tipo de relación tenían ellos dos.

—Paso algunos años aquí en París. Estudiando y fue cuando nos conocimos. Tuvimos una buena relación de compañeros y amigos que ha perdurado en el tiempo. Nada más.

—¿Y por qué ha venido aquí si tenía trabajo en España?

—Según sus palabras, necesitaba un cambio de aires. No sé más que tú. Pregúntaselo a ver si a ti te cuenta algo más.

—¿A mí? ¿Por qué debería hacerlo? —Jules puso cara de sorpresa y miró a Lucille como si ella supiese algo más de él. Su comentario le recordó al de sus hermanas—. Sabes de sobra que no me interesa la vida personal de la gente.

—Te entiendo, pero dado que vais a pasar juntos mucho tiempo… No creo que vayáis a estar hablando de literatura a todas las horas —Lucille apretó los labios y asintió—. Te veo después.

Jules la vio alejarse mientras se quedaba sumida en la intriga.

Lucille no iba a contarle que Roberto había dejado una editorial importante, siendo el editor del sello romántico que más se vendía tanto en España como en Latinoamérica. Ni que tenía mucha experiencia tanto en el campo de la literatura romántica como ella, e incluso podría que más. Respetaría la petición de él de no crear una falsa expectativa en Jules. Podía pensar que había llegado para arrebatarle su puesto y no era el caso. Lucille solo sabía que él lo había dejado todo en España para empezar de nuevo allí. Y ella, se lo agradecía por la amistad que tenían de los días en los que los dos fueron universitarios. No iba a preguntarle si esa era la verdadera razón de su inesperado cambio.

Jules se dirigió a su mesa con la sensación de cabreo que le había dejado la actitud de Roberto. Permaneció con la mirada perdida en el vacío hasta que se dio cuenta de que era una soberana estupidez hacerlo. ¿Qué le importaba a ella lo que él le dijese o pensase de ella? La verdad, ni lo más mínimo. Se pondría a trabajar en las publicaciones que saldrían en dos semanas. Y, por supuesto que le echaría un vistazo al manuscrito que le había pasado a él. Estaba convencida de que no era tal y como él decía. Lo habría exagerado para darle en la cabeza. Si es que en realidad a él la romántica no era lo que le gustaba. ¿Qué iba a decir? ¿Qué sabría él de sentimientos y de química entre los personajes? Se dijo sacudiendo la cabeza y frunciendo los labios.

Roberto decidió que era el momento de volver al trabajo después de haberse tomado un café, y también haber charlado con algunos compañeros. No era plana de tomarse más tiempo del preciso, o su compañera lo miraría como si fuese a acabar con él. Ya le había dejado claro su sarcasmo cuando él le dio su valoración de la novela. Recordar su imagen le hizo sonreír. Sí. No le cabía duda de que su nuevo trabajo estaba siendo apasionante. Regresó a su mesa y no pudo evitar observarla hablando por el teléfono. Sus miradas se encontraron, o más bien chocaron, diría él al ver la frialdad en los ojos de ella. Suponía que estaba cabreada con él por la indiferencia que había mostrado él cuando ella rechazó su invitación para ir a tomar un café. Pero, no lo era. O al menos no había querido transmitirlo. En fin, trataría de arreglarlo por el buen funcionamiento del área de trabajo.

Se sentó en su mesa y regresó a su lectura del manuscrito, pero no por mucho tiempo ya que alguien se acercó a él.

—Disculpa, soy Caroline una de las correctoras y diseñadoras de portadas.

—Ah, sí. He escuchado tu nombre a Jules. Encantado, Roberto. Tú dirás.

—Sí, eh… Jules me ha pedido que te pase el texto de la novela corregido para que le eches un vistazo.

—Bien. Me encantará hacerlo. ¿Es el que acompaña a esta sinopsis? —hizo clic en el documento que él había creado a petición de Jules.

Caroline se inclinó sobre la pantalla y se ajustó las gafas para poder ver mejor. Asintió en repetidas ocasiones de manera lenta.

—Habéis introducido algunos cambios desde que yo se lo pasé a Jules. Me gusta más ahora.

—Sí, ella me lo envió para que lo revisase y eso he hecho.

—Vale, pues si me lo envías comienzo a editarlo junto a la portada.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto. Ven conmigo.

Roberto lanzó una miradita de curiosidad a Jules, a ver si había terminado de hablar por teléfono. La vio centrada en el ordenador, sin embargo, elevó su vista de la pantalla como si sintiese curiosidad por él. Aquel juego de miradas comenzaba a parecerle algo inesperado.

—Esta es la imagen que la autora ha seleccionado para su novela. Un diseño moderno ya que se trata de una historia contemporánea.

—Me parece acertada porque ha preferido centrarse en el diseño de la ciudad en la que se desarrolla, que en los protagonistas. Me refiero a no poner una pareja en actitud cariñosa, ya me entiendes. Creo que eso está pasando de moda, y que ahora se busca otro tipo de portadas con las que las autoras se sientan más identificadas. Al menos así está sucediendo en España.

—Sí, eso creo yo también. Que la portada tradicional de hace años está quedando un poco atrás en favor de diseños más modernos.

—E incluso puedes crear una portada con una pareja, pero en versión dibujo animado, no una pareja de carne y hueso. Aunque también hay escritoras muy tradicionales que la prefieren clásica. Ya me entiendes…

—Sí, la pareja en plan romántico o el típico cuerpo masculino cachas, ¿no?

—Sí, todavía se ven algunas de esa clase.

—También hay una parte del público lector que las prefiere.

—Por ese motivo es bueno dar la opción a la autora de elegir entre una versión y otro. Personas reales, dibujos o escenarios, como este caso. Me gusta lo que has diseñado.

—Gracias.

—Debo seguir trabajando el manuscrito que tengo entre manos o no saldrá para la fecha acordada.

—Vale, te dejo.

Roberto regresó a su mesa, pero Jules lo retuvo a medio camino. Le pareció que ella estaba algo más relajada, que su enfado con él parecía haber remitido. La observó situarse el pelo detrás de la oreja, y apretar los labios.

—¿Qué te ha dicho Caro?

—Me ha enseñado la portada de una de las novelas que saldrán.

—¿Qué te ha parecido?

—Me ha gustado mucho —respondió con naturalidad mientras metía las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—¿En serio? —Jules entornó la mirada con curiosidad por saber la verdad.

—Sí. La autora ha decidido huir de las portadas tradicionales, como le comentaba a Caroline cuando me ha hecho la misma pregunta que tú.

—¿A qué llamas tú una portada tradicional? —ella se inclinó hacia delante en su mesa y lo contempló de manera fija, entrecerrando sus ojos como si lo estuviese estudiando. Lo cierto era que quería ponerlo a prueba a ver por dónde salía esta vez.

—Una pareja en actitud cariñosa, romántica, sonriendo, besándose…

—¿Tú crees que no le pega a esa novela? Tú has retocado su sinopsis.

—Lo sé. Y no, no le pega para nada. El diseño que la autora ha elegido es más acertado porque huye de los estereotipos.

—Pero, también puede suponer un punto en su contra.

—Lo dices por las lectoras tradicionales, las que crecieron con esas portadas donde el protagonista aparece con el pecho descubierto, sujetando a la chica en una pose entre romántica, posesiva y autoritaria. Y ella parece tener ojos solo para él. Portadas de hace más de veinticinco años —le recordó sonriendo divertido.

—Pues todavía hay escritoras y lectoras que las prefieren.

—Lo sé y lo respeto. Sé que todavía las hay con guerreros escoceses cubiertos por un kilt solamente, mientras esgrimen una espada y su pelo ondea al viento.

—Para no ser un experto en la literatura para mujeres pareces conocer bien ese campo.

—Sí, lo que cualquiera puede ver en las librerías.

Jules se mordió el labio. Le parecía que él sabía más de lo que decía. Parecía estar puesto en el tema de las portadas.

—Ya puestos en el tema, me gustaría que vieras las que tenemos seleccionadas para las historias del próximo mes. Si no te importa venir conmigo, claro está… —le dejó caer con toda intención sonriendo sarcástica.

—No, por puesto. Y aprovecho para disculparme si te pareció mal mi reacción a tu negativa tomar un café.

—Tranquilo. Lo tendré en cuenta para futuras ocasiones.

—No es que no quisiera que me acompañases, es que…

—Mejor vamos a revisar las portadas que enviaremos a las autoras para que elijan la que más le gustan —Jules sonrió para tratar de hacerle ver que no le importaba su comentario, solo que en el fondo se sentía algo molesta. Dolida. Pero lo dejaría pasar por el momento.

Roberto miró su reloj y decidió que era hora de marcharse. La jornada había sido bastante productivo y con algunos encontronazos con Jules. De manera que, consideraba que, por ese día,

ya tenía suficiente. Se levantó de la silla, y tras apagar el ordenador si fijó en ella que seguía tecleando.

—¿Te quedas? —le preguntó él acercándose con cautela.

—Sí, al menos un rato más, mientras acabo de revisar la planificación para el mes que viene.

Al cabo de unos segundos, Jules se dio cuenta que él seguía allí. Mirándola de aquella manera que la inquietaba. Cuando se dio cuenta que él no parecía dispuesto a irse, se dirigió a él.

—¿No te ibas?

—Sí. Tienes razón. Te veré mañana.

El sonido de la puerta del despacho de Lucille se abrió en ese momento obligando a Roberto a volver su atención hacia esta.

—¿Te marchas?

—Lleva intentándolo al menos cinco minutos, sino alguno más —le dijo Jules con sorna.

—En ese caso, espérame y nos vamos juntos. Tú, ¿no vienes? —hizo la pregunta a Jules, quien parecía estar pensándolo.

—Quería terminar de revisar la programación de novedades del próximo mes…

—Déjalo para mañana. Por hoy ya es bastante. Os invito a tomar algo si estáis de acuerdo y de paso me contáis que tal os va trabajando juntos —Lucille paseó su mirada por los rostros de ambos, quienes asintieron sin más—. Pues entonces, vámonos.

—Está bien, dejaré la moto en el parking y vendré después por ella —dijo resignada al ver que nada iba a hacer cambiar de idea a su amiga y editora.

Roberto parecía estar esperando a que Jules terminase de recoger para irse juntos. Mientras, le daba vueltas a lo que ella acababa de decir sobre una moto que tenía aparcada. Aquella noticia sí que no se la esperaba, y de nuevo ella lo dejaba sin capacidad de reacción. Este detalle no pasó desapercibido para ninguna de las dos mujeres. Solo que sus reacciones fueron diferentes. Mientras Lucille sonreía con toda intención, Jules no entendía a que venía ese gesto. ¿Se sentía mal por lo sucedido esa mañana? Se preguntó caminando hacia él, quien al llegar ella a su altura se limitó a asentir sin más.

Capítulo cuatro

Los tres se encontraban sentados en un pub cercano a las oficinas de la editorial. Relajados, charlando y riendo. Roberto trataba de no quedarse mirando a Jules, y cuando ella decía algo él procuraba desviar su atención. No quería fastidiarla más después de lo de esa mañana con el tema del café. ¿Cómo explicarle que con sus palabras y su gesto no pretendía hacerla de meno? Lo único que quería, era evitar quedarse mirándola en todo momento. Su carácter le había llamado la atención desde que la conoció. Su determinación para afrontar el trabajo. Aunque ello no evitaba que él se sintiese atraído. Reconocía que ella era atractiva, a pesar de haberle dicho a su hermana que no se había fijado ni ella, ni en ninguna otra. No era su intención en París.

—Aquí donde lo ves, tan serio y centrado —comenzó Lucille mirando a Jules y sujetando a Roberto por la muñeca como si se fuese a marchar de un momento a otro— es un tío divertido cuando está metido en fiestas. Y a la vez, es alguien en el que puedes confiar en cualquier momento.

Jules centró su atención en la expresión de su rostro, que parecía volver encarnado. Lo vio agachar la cabeza y sacudirla en repetidas ocasiones.

—No le hagas caso. En serio.

—¿Vas a negar que me apoyaste en todo momento en los años de universidad? Estuve a esto de colgar los estudios —confesó dirigiéndose a Jules y juntaba el pulgar y el índice— y aquí el amigo tiró de mí y me hizo ver lo equivocada que estaba entonces.

—Un simple bajón. Eso fue lo que te dio —matizó él antes de beber un trago de cerveza y mirar a Lucille por encima del borde del vaso.

—Creo que fue más que eso.

—¿Estudiasteis juntos toda la carrera?

—Sí. Y me jodió mucho que se largase de vuelta a España.

—Tenía que hacerlo. Llevaba demasiado tiempo lejos de mi familia.

—Pero, has vuelto…

El comentario de Jules con toda intención captó su atención y lo obligó a sonreír. Se pasó la mano por el mentón fingiendo pensar en una respuesta para no contarle que la verdadera razón era una mujer.

—Sí, ¿verdad? Imagino que estarás pensando lo mismo que yo. Me marché para acabar regresando.

—A eso me refería. Cuestión del destino ¿no? —le sugirió Lucille tomando un sorbito de vino de su copa.

Jules parecía menos inquieta cada vez que él la miraba.

—Podría decirse. Sí.

—Como en las novelas —apuntó Lucille—. El destino que siempre anda tejiendo las vidas de los protagonistas.

—Bueno, tampoco es que me encuentre en una de estas —ironizó él— no estoy en ninguna situación en la que pueden verse los personajes de una novela romántica.

—La verdad es que dejar tu trabajo en España, en una editorial importante como decía Lucille, y volver a París es una decisión valiente —resumió Jules.

—Y arriesgada porque no tengo ni idea de cómo va a salir —la miró con una expresión de incertidumbre y curiosidad por lo que le deparaba el futuro.

—Bah, eso es lo de menos. ¿Cómo va a salir? Pues genial. Perfecta. ¿Acaso esperas que

seas un desastre? —Lucille entornó su mirada hacia él intrigada por lo que no le había contado todavía. Solo le había dicho que necesitaba un cambio de aires, a nivel profesional. Pero, si él dirigía la sección de novela romántica en una editorial de prestigio… ¿qué narices hacía trabajando para la suya?

—Sin duda. No he dicho lo contrario en ningún momento.

—Pues entonces, no hay más que hablar.

Jules los escuchaba con atención. ¿Qué se traían entre manos? Él tenía un toque misterioso, intrigante que no podía dejar pasar por alto. Sentía curiosidad, cosa que le sorprendía porque se había dicho que no volvería a fijarse en ningún hombre. Estaba mejor sola. Sin embargo, Roberto tenía algo que captaba su interés. A nivel profesional… Claro. Se apresuró a decir antes de penar en lo que no debía.

—Ahora que os tengo a los dos aquí, espero que vuestro trabajo en equipo realce el sello y logremos convertirlo en una referencia en el panorama literario francés.

—Y que traduzcan esas historias a otras lenguas —añadió Roberto con decisión, conocedor de lo que ello implicaría. Observó como Jules abría los ojos al máximo de su expresión, elevando sus cejas y frunciendo los labios emitiendo un débil silbido, que llamó su atención.

—Creo que lo primero sería asentar nuestra colección en el mercado literario —dijo esta con cierta cautela.

—Hay que ser ambicioso ¿no crees? —la contempló con los ojos entrecerrados escrutando la expresión de su rostro.

—Sí, claro. Pero, que esa ambición no nos conduzca al desastre.

—No tiene que suceder si trabajamos a conciencia y poniéndonos en la piel de las lectoras. ¿Qué clase de historias buscan? ¿Leer por pura diversión? ¿Para pasar el rato? ¿O bien buscan personajes femeninos de carne y hueso con los que en cierto modo se sientan identificados? Con sus defectos y sus virtudes. Así como el protagonista. ¿Buscan un hombre alto, fuerte, con unos determinados rasgos físicos o bien un compañero que las escuche cuando ella quiere contarle sus problemas, aspiraciones, deseos…? Gente que tenga defectos y se equivoque.

—¿Qué es lo que buscas tú en una mujer?

La pregunta de Jules hizo reír a Lucille al ver el duelo dialéctico entre ellos dos y que sin duda iba a aportar algo más que talento al sello literario.

—No estamos hablando de mí. Sino de lo que buscan las lectoras en una historia de amor.

—Pero, ya puestos a debatir sobre el tema, ¿qué buscas tú como lector? Se supone que tienes que ponerte al día en ese género, y ver, si como señalas, sientes empatía por los protagonistas —sonrió divertida ante esa ocurrencia. De repente, se sentía exultante y dispuesta a no dejarse vencer por él. Bastante hacía ya con tratar de sofocar el calor que le provocaban sus miradas y sus sonrisas.

—Eso mismo. Identificarme con alguno o ambos personajes. Y sí… Debo ponerme al día en la lectura. De hecho, lo estoy haciendo ¿no? Llevo cuatro manuscritos desde que he llegado —decidió apurar su cerveza para disimular y no quedarse mirándola.

—Y los que pienso pasarte para que sigas —ironizó Jules con una media sonrisa sarcástica.

Hubo unos segundos de silencio mientras los tres parecían estar pensando en lo hablado, o bien ninguno se atrevía de decir que se iba. Hasta que Lucille lo hizo.

—Chicos, para mí es suficiente por hoy. Yo no sé vosotros qué pensáis hacer, pero yo me

marcho a casa —pasó su mirada por los rostros de ambos antes de levantarse de su asiento—. Os prometí invitaros a una ronda, pero es hora de retirarme.

—Yo también seguiré tu iniciativa. Además, tengo que pasarme por el parking a por la moto —se apresuró a decir Jules no fuese a ser que se quedase a solas con Roberto. No por nada en particular… pero… no quería seguir experimentando aquel hormigueo, y como la piel se le erizaba en momentos determinados.

—Sí… Será lo mejor —dijo él.

Jules confiaba en que Roberto no se ofreciese a acompañarla hasta las oficinas de la editorial. No pretendía tener una relación tan cercana; nunca lo había hecho con sus compañeros de trabajo. Una no sabía lo que podía dar de sí la cosa. No le gustaba mezclar lo profesional con lo personal.

—Chicos, nos vemos mañana. Que descanséis y gracias por apuntaros a tomar algo. Viene bien desconectar.

—Sin duda. Gracias a ti —asintió Roberto.

—No ha estado mal —Jules permanecía en el sitio controlando por el rabillo de su ojo a su compañero.

—En fin, yo me marchó por allí —dijo él al fin al ver que ninguno de los tres parecía querer moverse del sitio.

—¿Dónde vives?

La pregunta de Lucille despertó la curiosidad en Jules. Sin duda que ellos tenían una confianza mayor y que por lo tanto a él no le importaría decírselo, ni ella preguntarlo.

—En el distrito dos.

—Vaya, no sé por qué no me sorprende de ti.

Jules se quedó contemplándolo con los ojos como platos.

—Siempre me gustó esa zona. No hay nada especial vivir cerca de la ópera o de la biblioteca nacional.

—Un barrio tranquilo. En fin, lo dicho. Nos vemos mañana.

Por un instante, Jules y Roberto permanecieron el uno frente al otro, contemplándose en silencio sin saber qué decir. Ella estaba algo sorprendida al saber dónde vivía, lo que despertaba todavía más su interés.

—Yo también me marcho. Te veo mañana —dijo ella deseando alejarse de él por ese día.

—Por supuesto. Que descanses, Jules,

—Sí… y tú —hizo una especie de renuncia por la sensación desconocida que le había provocado escuchar su nombre.

Él la vio alejarse mientras permanecía en el sitio, cruzado de brazos y asintiendo de manera lenta. Dejó su mente en blanco para evitar que sus pensamientos le jugasen una mala pasada. Pero no dejaría de admitir que ella le llamaba la atención.

◆◆◆

—¿Mi imperio por tus pensamientos, Jules?

Esta levantó la mirada de su taza y la dejó fija en Sabine. Las tres hermanas Dubois habían quedado en verse y desayunar antes de irse cada una a trabajar.

—¿Qué tal con el español? —le preguntó Margot cogiendo su taza para tomar un poco de café.

Jules frunció los labios y se encogió de hombros como si no le diera importancia a esa cuestión mientras desmigaba en pequeños trozos el interior de su cruasán y se los llevaba a la

boca.

—Cada día que pasa, está más metido en el trabajo.

—Según lo dices, parece que no tienes mucho interés en lo que hace, y eso que según dijiste, Lucille lo contrató para echarte una mano en levantar las ventas del sello romántico de la editorial —Sabine contempló a su hermana con curiosidad porque no entendía su desinterés.

—No es eso. Si él sabe por dónde se anda, y lo que quiere y cómo lo quiere. La verdad es que me choca que no haya leído mucha novela romántica, pero en cambio controla el género. Por eso estoy algo confusa y no sé qué pensar. Es bueno en su trabajo —concluyó un gesto de no saber qué más decir.

—Eso es porque se le dará bien lo que hace, independientemente del género. No olvides que era la periodista encargada de cubrir el fútbol en el periódico, y de repente mi jefe me pasó al rugby. Eso sin haber visto un partido en mi vida —dejó claro una Sabine que ponía cara de circunstancia.

—Sí, sí. Supongo que dará igual el género literario que trabajes. Al fin y al cabo, todos son literatura —sugirió Margot—. Pero, si que no deja de ser sorprendente que haya dejado una gran editorial en España y se haya venido a París, así como así. Eso si me llama la atención. Parece sacado de una novela de acción o de espías. Como si huyese de algo o de alguien —Margot arqueó las cejas y sonrió.

Jules se quedó mirando a la mayor de las tres con los ojos entrecerrados como si acabase de dar con la tecla.

—Sabes que no has tenido mala idea.

—¿Por qué lo dices?

—Porque a lo mejor ha dejado España por algún problemilla…

—Eso lo sabremos en seguida —comenzó diciendo Sabine sacando el móvil del bolso—. Dime su nombre completo.

—No tengo ni idea —Jules sacudió la cabeza y encogió los hombros. Vio a su hermana pequeña fruncir los labios con desagrado.

—Vale, probaré con Roberto, editorial en España a ver qué sale.

Jules experimentó un ligero cosquilleo viendo a Sabine teclear en su móvil. ¿Por qué no lo había hecho ella antes? En su casa. Tranquila. Sin prisas, se dijo mordiéndose el labio como si temiese lo que podría descubrir. La verdad era que no se consideraba una cotilla. No era de husmear en la vida de las personas y meterse en Internet a buscar quién era su nuevo compañero, pues la verdad… Sus pensamientos se bloquearon al ver a Sabine comenzar a mirar la pantalla de su móvil con los ojos abiertos como si se le fuesen a salir, y quedarse con la boca abierta. Levantó la atención hacia ella y le pasó el móvil.

—Dime si es este.

Jules no apartó su mirada del rostro de Sabine para ver si le indicaba algo. Solo un leve movimiento de sus cejas hacia el móvil. Ella siguió sus indicaciones para encontrarse con el rostro sonriente de su colega Roberto. Sin embargo, lo que le llamó la atención fue el titular que aparecía por encima de la fotografía y que la dejó confusa, más de lo que ya estaba.

—Pero…

—¿Qué pasa chicas? ¿A qué viene tanto misterio? —les preguntó Margot mirando a las dos.

—Según esta noticia mi compañero es el creador y director del sello romántico Sensaciones dentro de una de las dos editoriales más importantes en España. Para que lo entiendas, las escritoras superventas publican bajo ese sello. Es alguien que no solo controla el

mundo de la literatura, sino el de la novela romántica —le devolvió el móvil a su hermana mientras ella seguía inmersa en una sensación tan desconocida como disparatada.

—Entonces, ¿qué hace aquí? —insistió Margot—. Porque de tener un cargo como el suyo y dejarlo por… ¿echar una mano a su amiga?

—¿Y por qué no quiere decirlo? No creo que sea tan trágico llegar y decir que él creo y dirigió una colección literaria en España. Vamos en mi caso no tendría problema en decirlo —asumió Sabine—. Creo que deberías invitarlo a tomar algo y exponerle el tema.

—Ni de coña.

—¿Por qué? Yo lo veo de lo más normal. Basta con decirle que lo has buscado en Internet —le refirió Margot.

—Porque parecería que soy una metomentodo. ¿Qué derecho tengo a investigar quién es? Menuda imagen daría —Jules resopló y puso sus ojos en blanco imaginando la situación.

—En ese caso, pregúntaselo. O mejor, habla con Lucille. No creo que a ella le importe contártelo —sugirió Sabine.

—No sé chicas. No entiendo porque no lo ha dicho desde el día que llegó a la editorial. Pero tampoco voy a meterme en su vida de buenas a primeras.

—Imagino que encontrarás la manera de hacerlo. Y sintiéndolo mucho, he de ir al periódico, chicas —anunció Sabine apurando su café antes de levantarse de la silla para marcharse.

—Sí, es mejor largarse a currar —dijo Margot mirando a Jules a ver qué decía, pero esta parecía seguir perdida en sus pensamientos y que apostaba que estaban centrados en Roberto y en lo que acababa de descubrir.

—Tenéis razón. Es hora de ir a la oficina.

—Tú tienes doble tarea —le recordó Sabine observando a Jules fruncir el ceño como si no supiese de qué le hablaba—. La literatura y saber por qué tu compañero ha venido a París. Porque estoy convencida de que no lo dejarás estar.

—Lo único que me importa es que haga su trabajo, y bien.

—En eso no te quepa duda después de lo que acabamos de saber —le indicó Margot—. En fin, chicas, nos vemos cuando queráis.

—Sí, hablamos más tarde —dijo Sabine despidiéndose de Margot. Luego se volvió hacia Jules que parecía estar en otra parte, y lo entendía por lo que acababa de saber de su compañero. Pero tampoco creía que fuese para tanto—. Estoy segura que con él en el departamento el sello Charme subirá las ventas y la calidad.

—Sin duda, sabiendo quien es. Hablaré con Lucille a ver qué sabe y por qué no me lo dijo.

—De acuerdo. Hablamos.

Jules emprendió su camino hasta las oficinas de la editorial como cada mañana. Solo que saber que su compañero, el cual había asegurado que no sabía nada de literatura para mujeres, había sido el creador e impulsor de esta en la editorial para la que había trabajado en España, haría que lo viese de otra manera.

Llegó a la editorial con una expresión de desconfianza y decepción. A penas saludó a la gente, que se encontraba de camino a su mesa. Tenía la vista clavada en una persona que ya estaba allí, y claro, ahora entendía por qué siempre era de los primeros en llegar. Su puesto en la editorial española así lo precisaría.

Roberto permanecía con la atención fija en la pantalla de su ordenador. Giró el rostro hacia ella cuando casi estaba encima de él. Se dio cuenta de la cara que traía y que no parecía

presagiar nada bueno. ¿No había dormido bien?

—Buenos días, Jules.

—Hola.

Él frunció los labios y la siguió con su mirada. La observó con atención dejar el bolso, quitarse la chaqueta y meter el casco de moto bajo la mesa. Sin decir nada se volvió hacia el despacho de Lucille. Él arqueó las cejas y emitió un silbido. Después de fijarse en la manera fría y cortante de su saludo, sería conveniente andarse con cuidado con ella. Claro que no entendía por qué se había mostrado fría con él. No recordaba haber dicho o hecho algo que la desagradase.

Jules no iba a esperar ni un minuto en aclarar con Lucille la información que su hermana Sabine le había facilitado.

—Buenos días Jules, ¿qué tal van las dos publicaciones de la semana que viene? ¿Todo cerrado? —Lucille se bajó las gafas que usaba para trabajar al ordenador y miró a su amiga.

—Buenos días, supongo que todo estará cerrado. No me preocupa —se sentó con decisión y cruzó una pierna sobre la otra. Frunció los labios en un gesto que denotaba cierto malestar.

—¿A qué viene ese gesto tuyo?

—A que no me preocupa porque estando Roberto todo estará controlado. A eso viene.

Lucille entornó la mirada picada por la curiosidad. ¿Qué le sucedía a Jules esa mañana?

—Puedes explicarte porque dices eso de él.

—Sabes muy bien por qué lo digo.

—Pues no. No sé a qué demonios viene tu comentario y tu actitud esta mañana. ¿No has dormido bien? ¿No has tomado suficiente cafeína o tienes las hormonas revolucionadas este mes? —Lucille entrelazó sus manos con los codos sobre la mesa contemplando de manera fija a Jules.

—No tiene nada que ver conmigo, sino con Roberto.

—Lo que tengas con él…

—No tengo nada con él. Pero, te agradecería que me explicases por qué no me contaste que él es el fundador y director del sello romántico Sensaciones. Un sello que tiene a las mejores escritoras de novela romántica en su agenda —Jules sonrió triunfante porque sabía que había dejado tocada a su amiga y editora de Charme.

Lucille tardó unos segundos en reaccionar. Inspiró hondo y se recostó contra el respaldo de su sillón.

—Él me lo pidió.

—Pero, al menos podías habérmelo contado a mí. No voy a airearlo a los cuatro vientos —Jules agitó las manos haciendo aspavientos.

—Lo sé. Pero él insistió.

—Vale.

—¿Cómo te has enterado? ¿Lo has buscado en Internet? Porque no creo que él te lo haya contado.

—Sabine.

—Ah… Tu hermana pequeña. Entiendo que siendo periodista ha indagado a ver quién era tu nuevo compañero. Vale, es algo en lo que no caí.

—Yo no me ando metiendo en la vida de las personas. Sabes que eso no me va. Cada uno tenemos una vida íntima y personal. ¿Te ha contado por qué lo dejó o también me voy a enterar por mi hermana pequeña?

—No lo sé. Lo cierto es que me sorprendió y mucho cuando me enteré que quería el puesto. Fíjate que me envió su candidatura como uno más para el proceso de selección.

—¿No te llamó para comentártelo? —Jules parecía extrañada por este hecho.

—Fui yo la que lo hizo cuando vi su solicitud.

—¿Y qué te dijo?

—Que buscaba un cambio de aires. Algo nuevo. Que lo de Madrid estaba más que asentado y que ya no lo necesitaban para seguir adelante. Buscaba… un reto.

—Vaya…

—Algún proyecto desde el que comenzar desde abajo. Por eso no te dije nada.

—Pero, controla y mucho la literatura para mujeres.

—Bastante, diría yo —Lucille no pudo evitar sonreír—. Repito que él me pidió discreción en su puesto de trabajo.

—De acuerdo. Trataré de que esto no me afecte, pero no te garantizo nada —la señaló con su dedo como si la acusase—. Ni que se lo eche en cara.

—Pero hazlo cuando estéis a solas.

—Sé sincera conmigo… ¿Lo has contratado para que ocupe mi puesto? —Jules no sabía a qué venía esa pregunta porque estaba convencida de que ese no era el fin de la presencia de Roberto en la editorial. Pero, ya que se estaban sincerando hizo la pregunta.

La mirada fija y la ceja arqueada de Jules le provocó la risa a Lucille.

—¿De dónde te has sacado semejante estupidez? ¿Hay algo que te haya hecho pensarlo?

—Solo quiero asegurarme ahora que conozco la trayectoria profesional de mi compañero —le aseguró con una expresión de culpa por haber hecho la pregunta.

—Él no está interesado en ser alguien importante aquí sino en trabajar sin más. Me aseguró que no tiene aspiraciones de dirigir la editorial ni tampoco el sello Charme. ¿Por qué crees que no ha dicho cuál era su anterior puesto en España? Piénsalo y deja de ver visiones. Ya puestas, ¿me dirás ahora cómo están las dos novedades de dentro de dos semanas o tengo que preguntarle a él?

Jules cogió aire y relajó los hombros.

—Bien. De todas formas, hablaré con él a ver qué tal va todo.

—Y si él quiere contarte la verdad, que lo haga. Pero, yo no sé nada.

—De cuerdo.

Jules resopló antes de levantarse de la silla y abandonar el despacho de Lucille. Se tomó unos segundos antes de acercarse a su mesa de trabajo. Vio a Roberto charlando con Caroline y con Leonie. ¿Por qué coño había asegurado que no sabía mucho acerca de la literatura para mujeres? ¿Qué ocultaba? ¿Y por qué le interesaba tanto a ella?

—De acuerdo, se lo digo a Jules cuando… Ah, aquí estás. Me contaban que las dos novedades de la semana que viene están completas para lanzarse en preventa —Roberto se fijó en que la expresión de ella parecía haber cambiado una vez que había hablado con Lucille. Desconocía lo que le había sucedido, pero al parecer podría haberse solucionado.

Ella pareció algo despistada porque ahora que lo tenía de frente lo miraba con una mezcla de intriga e incomprensión.

—Sí, genial entonces. Si ya están cerradas podemos ponerlas en preventa. Lanzamos en las redes sociales la presentación de ambas historias. Mientras nosotros dos nos pondremos manos a la obra con las dos historias siguientes, ¿sí? —miró a Roberto con cierta ironía—. Es el texto que te pase para que te lo leyeras a ver qué te parecía. Gracias chicas —se despidió de Caroline y de Leonie.

—Sí. Ya lo tengo leído desde hace algunos días.

—¡Guau! Pues sí que te estás poniendo las pilas en el campo de la literatura para mujeres. ¿Y qué tal te has desenvuelto? ¿Te sientes identificado con alguno de los personajes? ¿Qué me cuentas de la historia de los dos protagonistas? ¿Percibes su atracción, tensión sexual y todo eso o no?

Roberto la escuchaba con atención sin conseguir dejar de mirarla y asentir. Ella se había sentado sobre la mesa con una postura algo arrogante y sensual a la vez. ¿A qué venía aquel tono mordaz de ella? No había quién diablos la entendiese. Había llegado a la oficina con un humor de perros. Saludando de manera fría y distante hasta que había entrado en el despacho de Lucille. Y en ese momento, le daba la impresión de que lo vacilaba.

—Bueno, si tenemos en cuenta que se trata de una novela histórica… Lo de la tensión sexual y la atracción tal vez no sea cómo te esperas.

Jules abrió y cerró la boca de golpe. Mudó el gesto al escucharlo y se cruzó de brazos.

—¿Y bien?

—Partimos de la base de que está bien escrita, con una excelente ambientación. El marco histórico es el de las rebeliones jacobitas en Escocia durante el siglo dieciocho.

—Jacobitas, ya.

—Eso es. La rebelión de 1715.

—¿Qué tal los personajes? La heroína de la historia. ¿Cómo la ves?

—Bien descrita. Y su comportamiento es algo rebelde, pero me ha gustado hasta el punto de atraparme.

—Fíjate. ¿Quién lo diría? Si al final hasta te acabará gustando este género —frivolizó moviendo las cejas con toda intención.

—A todo se acostumbra uno. ¿Te sucede algo conmigo?

—¿A mí? ¿Por qué me lo preguntas? —Se hizo la sorprendida ante su comentario y puso cara de no tener ni idea de qué le estaba hablando.

—Ya, bueno… No sé. En fin, he redactado un informe de lectura de la novela que te he enviado esta misma mañana cuando he llegado.

Jules mudó el gesto de repente cuando lo escuchó.

—No esperaba que lo hicieses…

—Lo intuía. De ese modo puedes hacerte una idea aproximada de lo que trata la novela.

Se quedó con los labios apretados unos segundos asimilando esa información.

—Lo haré. Descuida. ¿Algo más?

—No, salvo que me indiques en qué otros textos quieres que trabajemos.

La manera en la que él se había quedado mirándola le provocó a Jules un vacío en el estómago, que achacó al cabreo de esa mañana. Por supuesto no tenía nada que ver con la proximidad de él.

—Deja que eche un vistazo a la plantilla de publicaciones.

—Claro. Cuando quieras hablamos.

Ella entrecerró los ojos y apretó las mandíbulas, furiosa por la connotación de esas palabras. Por supuesto que hablarían, ya lo creía. Pero antes debía centrarse en su trabajo. Ya tendría tiempo de sacar el tema de su marcha de la editorial en España. No iba a olvidar la sensación de ridículo que había tenido esa mañana cuando supo que él no era un inexperto en literatura para mujeres.

Capítulo cinco

Roberto permanecía centrado en el trabajo que Jules le había pedido cuando recibió la llamada de su hermana.

—Dime, guapa… ¿Qué quieres?

—Te llamaba para saber qué tal te viene comer juntos. Te prometí que te pasaría a buscar por la editorial.

—Sí, me viene perfecto quedar.

—¿Te viene bien dentro de media hora?

—Sí, no hay problema.

—Entonces, me paso por allí a buscarte.

—Como quieras. Nos vemos.

Roberto dejó el móvil sobre la mesa ajeno a la mirada cargada de curiosidad de Jules. No es que estuviese interesada en su conversación, pero había coincidido su llamada con que ella levantase la mirada de su ordenador. Según había escuchado alguien pasaría a buscarlo para irse a comer, y debía ser una mujer porque la había digo <<guapa>> ¿Alguna amistad de sus días de universitario en París, como le había explicado Lucille? Sin duda que su nuevo compañero era toda una caja de misterios.

De repente él se giró hacia ella provocándole un sobresalto por su inesperada forma de mirarla.

—¿Te sucede algo?

—¿A mí? No, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque has dado un ligero sobresalto cuando me he vuelto hacia ti.

—Estaba pensando en las próximas publicaciones que tenemos en marcha. ¿Qué querías?

—Hablarte de ellas.

—Bien, soy toda oídos —apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó sus manos apoyando el mentón sobre estas y contemplándolo con inusitada curiosidad por lo que tuviese que decirle.

—¿Habéis pensando en lanzar una novela cada semana? Me refiero a los libros electrónicos, claro. En la actualidad solo editáis dos al mes. ¿No crees que son pocos?

—Bueno, hasta ahora se ha venido haciendo de esta manera, y ha ido bien. ¿Por qué lo dices?

—Porque si queremos que nuestras historias se vendan, tal vez deberíamos ofrecer algunas más. Luego hablaremos de la cuestión del marketing en las redes sociales. He estado revisando los lanzamientos de otras editoriales y veo que algunas sacan cuatro o seis libros al mercado, mientras Charme solo lanza dos.

—¿Crees que estamos en desventaja con respecto a estas por editar menos? —Jules arqueó una ceja con cierta suspicacia y frunció los labios.

—Tal vez. Podríamos dar un paso al frente y sacar cuatro novedades al mes. Además, el libro electrónico no tarda demasiado en editarse. He visto que tenemos una base de datos de las escritoras que publican bajo el sello Charme.

—¿Y?

—Que contamos con una buena remesa de manuscritos. Mi sugerencia es aprovecharlas o se acabarán marchando a otra editorial, donde publiquen sus historias de manera más rápida. En mi etapa en España, en la editorial donde trabajaba se llegaban a publicar del orden de diez a doce novelas románticas al mes.

Jules abrió los ojos como platos a escucharle.

—Pero, son demasiadas…

—Ofreces un amplio abanico de posibilidades a las lectoras. Histórica, contemporánea, comedia, New-Adult, suspense romántico… De la manera en la que lo estamos haciendo solo ofrecemos dos posibilidades, lo que lleva a las lectoras a buscar otros géneros en otras editoriales. No sé si me explico bien —él entornó su mirada hacia ella buscando su aprobación.

—Creo que lo entiendo. Sugieres publicar otras variantes para que la lectora tenga más posibilidades.

—Si publicamos una novela ambientada en las Tierras Altas escocesas durante las rebeliones jacobitas, podemos lanzar una novela de la Regencia o la época victoriana, e incluso una del oeste, si contamos con manuscritos de estas clases.

—Ya entiendo, y haríamos lo mismo con las dos contemporáneas, claro.

—Así es.

—Habría que contárselo a Lucille a ver qué le parece.

—Te dejo a ti para que le expongas la idea.

Ella no respondió de inmediato, sino que se limitó a asentir mientras se quedaba contemplándolo y experimentaba un ligero cosquilleo por su cuerpo.

—Creo que deberías ser tú quien se lo comentara ya que ha sido idea tuya, ¿no?

—Solo te he hecho una sugerencia. Tú llevas más tiempo que yo aquí, como es lógico. De manera que tú sabrás si es bueno o no. Solo te hago partícipe de cambiar algo que creo que podría darle mayor imagen al sello.

—Bien, se lo comentaremos a ver qué le parece. ¿En serio publicabais diez novelas al mes?

—Solo de la colección de novela romántica. Piensa en los demás géneros —le aseguró guiñándole un ojo y sonriéndola.

—Pues sin duda que tendríais buenos ingresos.

—Sí. La editorial iba bastante bien.

Estos datos hicieron que Jules se repitiese la pregunta de qué hacía allí en una editorial como aquella, que no era una gran empresa ni mucho menos una multinacional. No sabía cuánto ganaría ni se lo iba a preguntar, claro estaba, pero… Entrecerró los ojos como si estuviese tratando de averiguar la respuesta. Tal vez era un favor que le debía a Lucille, claro que después de escucharlos hablar la otra tarde tomando algo, ella le había asegurado que él le había sacado de algún que otro aprieto. Luego no se trataba de que él estuviese en deuda con ella.

Se reunieron con ella para exponerle la idea de Roberto. Esta se mostró receptiva en todo momento y llegó a la conclusión de que podría funcionar.

—Tendríamos más presencia en el mercado editorial cada mes —resumió mirando a los dos.

—Es lo que él propone —comentó Jules señalando a Roberto, quien había preferido que fuese ella quien llevase el peso de la conversación con Lucille. Él solo se limitaría a contemplarla en silencio. Algo que por otra parte comenzaba a convertirse en algo habitual. No quería el protagonismo. Lo había dejado claro desde el primer día.

—¿Hay algo que quieras añadir?

—Creo que Jules lo ha expuesto de manera perfecta.

—En ese caso, comenzaremos con cuatro títulos el mes próximo. Ello implicará algo más de carga de trabajo —miró a los dos para que fuesen conscientes de ello.

—No tengo inconveniente si con ello logramos tener más presencia en el mercado editorial —aseguró Jules mirándolo para conocer su opinión, claro que ya se la imaginaba.

—Sin problema.

—Él asegura que en su anterior puesto llegaban a editar diez novedades todos los meses —Jules apretó los labios y elevó la cejas en un claro gesto de asombro.

Lucille sonrió tímida ante ese comentario porque ya sabía quién era su amigo y de dónde venía.

—Creo que, con cuatro novedades al mes, según me habéis expuesto, sería suficiente para empezar —aseguró Lucille extendiendo los brazos con las manos abierta como si los estuviese deteniendo—. Jules, ve y habla con Leonie y Caroline a ver cómo están en cuanto a la corrección de textos y edición de portadas. No quiero que se carguen con demasiado trabajo.

—En lo que a leer manuscritos se refiere, puedo encargarme de un par de estos por semana —dijo Roberto captando la atención de Jules, quien se disponía a salir del despacho de Lucille.

—Ten cuidado o le cogerá el gusto a la literatura para mujeres —le aseguró con un guiño y una sonrisa cínica.

—Descuida.

—Voy a poner al día a las chicas. Os dejo que os contéis batallas de vuestros años de universidad —explicó con toda intención.

Ambos sonrieron y cuando escucharon la puerta cerrándose Lucille hizo un gesto con el mentón hacia él.

—Buena idea por tu parte. ¿Cómo se lo ha tomado Jules?

—Ha tenido la acogida que has visto.

—Es bueno que incorpores tus ideas de tu anterior puesto, pero a ella le saldrá de ojo.

Roberto frunció los labios y se encogió de hombros.

—¿Por qué no puedo tener buenas ideas a pesar de que se supone que desconoce que era jefe del sello Sensaciones?

—Lo sabe. Y no he sido yo quién se lo ha dicho —Lucille entornó su mirada de advertencia hacia él—. Y no le ha hecho ni pizca de gracia.

—Era cuestión de tiempo.

—Una de sus hermanas es periodista. Te buscó en internet y dio con las noticias que hablaban de tu salida de esa gran editorial española.

—Podría haberlo hecho Jules.

—Sí, solo que a ella no le gusta meterse en las vidas ajenas y andar indagando de dónde vienes, si estás soltero y demás. Ya me entiendes.

—Entiendo. Y una vez que lo ha sabido vino a hablar contigo.

—Exacto. Quería respuestas, pero solo me limité a corroborar su información. Nada más. Tal vez sería buena idea contárselo a ella. Lo digo por el bien del trabajo.

—Sí, lo haré.

—Me da igual que le cuentes el verdadero motivo por el estás aquí. Es algo personal. Solo tuyo y…

—Solicité el puesto aquí para alejarme de alguien que no estaba destinada a mí. Se me hacía complicado seguir trabajando día a día con la mujer por la que sentía algo.

—Vaya. Siento escucharte decir eso.

—Me enteré que ella tenía interés en mi mano derecha en la editorial.

—¿Lo dejaste entonces por una mujer? —le preguntó ella sin salir de su asombro.

—Me alejé antes de que me hicieran daño.

—Pero… era tu trabajo.

—Sí, pero soy de lo que piensan que uno puede empezar de cero en otra parte. Solo es cuestión que proponérselo. También es cierto que sentía que había tocado techo. Que necesitaba salir de mi zona de confort.

—A lo mejor enterarte de que esa mujer no estaba destinada para ti fue el empujón que necesitabas para cambiar el rumbo de tu vida.

—Yo también lo he pensado. Y si es así, bienvenida sea. Y ahora si me disculpas, he quedado a comer con mi hermana.

—¿Sandra está en París?

—Desde hace cinco años. Trabaja para una multinacional tecnológica. No se creía que me mudase aquí.

—Vaya… Eres toda una caja de sorpresa, amigo.

—Seguimos siendo un buen equipo, como en la universidad.

—No me recuerdes aquellos días —le dijo riéndose por las vivencias compartidas.

—Vale, te tomo la palabra. Luego te veo.

—Cuando quieras.

Roberto abandonó el despacho de Lucille y se dirigió a su mesa. Se dio cuenta que Jules no estaba en la suya y se sintió mal pensando en que sabía qué puesto había tenido él en España, pero no se lo había comentado; al contrario, le seguía la corriente y lo vacilaba con la novela para mujeres. Le gustaba esa complicidad que tenían, pero solo en el plano profesional. Nada más, se aseguró al momento. No pasaría otra vez por lo que había vivido en España.

La vio regresar a su mesa y no pudo evitar quedarse contemplándola. Por fortuna para él, Jules se detuvo a hablar con otro compañero lo que hizo que él se volviese hacia su portátil. Mejor seguir con la atención fija en este, que en su compañera.

—¿Ya has aclarado todo con Lucille?

Él sintió una tenue caricia de la mano de ella sobre su hombro al pasar por su lado. Pero no fue capaz de volver su atención hacia ella, sino que se mantuvo en lo que estaba haciendo.

—Sí, solo quería saber qué tal hemos congeniado. Le he comentado que nos llevamos bien. Ya está. Nada importante —le aclaró sin darse cuenta de cómo lo estaba mirando en ese momento. Una mueca de diversión se dibujó en su rostro—. Estaba echando un vistazo a las próximas publicaciones y…

—Lo cierto es que nos llevamos bien… Por el momento. Pero, imagino que surgirán roces, discrepancias y tiranteces entre ambos con el paso del tiempo.

—¿Por qué deberían surgir según tú? No tengo la más mínima intención de discutir contigo. Excepto si tú lo andas buscando, claro está.

—Solo comentaba una posibilidad que puede darse. Algo cotidiano en el trabajo cuando dos personas pasan juntas tantas horas.

—Espero que no suceda. De hecho, hemos resuelto mi propuesta de ampliar las publicaciones sin tirarnos de los pelos. Y ahora, serías tan amable de contarme qué novelas tienes en mente para publicarlas el próximo mes.

—Vaya, quieres ponerte las pilas y agradar a tu amiga ¿eh?

—Ni lo más mínimo. Solo quiero ponerme a trabajar. Es a lo que he venido a París. Nada más. Créeme —le aseguro con sobriedad mientras su mirada era seria y fría, lo que pareció afectarle a ella.

Jules se tomó unos segundos para recapacitar sobre esas palabras. Asintió con una ligera sonrisa.

—Está bien. Tú ganas. Pongámonos las pilas —Se quedó contemplándolo con los ojos

entrecerrado y disimulando su sonrisa cínica.

<<Si quiere currar, yo lo haré currar>>

—Me marcho a comer —dijo Roberto de repente—. Me están esperando. Terminaré de revisar el calendario de publicaciones cuando regrese. ¿No sales tú?

Jules lo miró de refilón y asintió.

—Dentro de un momento. Qué disfrutes de la comida y de la compañía.

—Gracias. Nos vemos.

Jules emitió un sonido gutural de asentimiento y se quedó mirándolo mientras él se dirigía a la salida. Frunció los labios y no pudo evitar hacerse la pregunta.

<<¿Con quién habrá quedado?. Claro, que, a mí que me importa>>

Pero el gusanillo de la curiosidad seguía rondándole la cabeza.

Sandra esperaba a su hermano en la calle y aprovechaba para ponerse al día con sus correos personales. Cuando terminó de revisar su bandeja de entrada levantó la vista hacia él.

—Pensaba que conocería a tu compañera —le confesó con cierta desilusión.

—Se ha quedado trabajando. Se marchará a comer en un rato. ¿A qué se debe tu interés en ella? —El comentario de Sandra lo puso en alerta.

—Curiosidad. Simple y pura curiosidad. Tranquilo que no pienso mal. Además, no creo que te hayan quedado ganas de fijarte en alguien de tu oficina después de lo de ya sabes… —arqueó las cejas abriendo sus ojos al máximo—. Claro que, por otra parte, no siempre te va a suceder lo mismo. Supongo que no pensarás quedarte soltero, ¿no?

—Parece que tienes mucho interés en mi vida sentimental. Te digo lo mismo que le he dicho a Jules hace diez minutos.

—¿Qué le has dicho?

—Que he venido a París a trabajar. Solo eso.

—¿Solo? ¿Tú sabes lo que dices?

—Sí. Sé lo que digo. Lo tengo muy claro, Sandra. Me centraré en ayudar a Lucille a convertir el sello Charme en uno de referencia dentro del género de literatura para mujeres.

—Ya… Pues deja que te diga que no te creo y que acabarás por darme la razón. ¿Te viene bien que comamos aquí?

Roberto apenas se fijó en el sitio que le indicaba su hermana. Le valdría cualquiera siempre que Sandra cerrase la boca.

—Perfecto. Entremos.

Jules y Caroline se marcharon juntas a la hora de la comida. Cuando entraron en su restaurante habitual, vio a su compañero con una mujer joven. Él no la había visto llegar con Caroline, lo que Jules aprovechó para mirar con disimulo, hasta que la chica le hizo una indicación a él.

—Te están mirando.

—¿Quién? —le preguntó fijándose en el gesto que su hermana hacía en dirección a las dos mujeres. Volvió el rostro y reconoció a Jules y a Caroline. Levantó la mano hacia ellas y sonrió—. Trabajamos juntos.

—Dos compañeras de la editorial… Pues una de ellas, te ha dado un buen repaso —Su comentario hizo que su hermano se atragantara con la comida—. Tranquilo hombre. No te

pongas nervioso, anda.

—¿A qué ha venido ese comentario? —la miró con una mezcla de extrañeza y desconcierto.

—Solo te lo digo porque me ha llamado la atención. Y antes de que me preguntes cuál de las dos ha sido, te diré que la del pelo cobrizo. Tiene una sonrisa algo pícara —Sandra le guiño un ojo con toda intención que a su hermano no pareció afectarle.

—No iba a preguntarte nada. No soy tan curioso como tú.

—Pero yo te aviso, por si acaso.

—¿Acaso qué?

La mirada cargada de advertencia de su hermano hizo reír a Sandra.

—Deberías verte la cara que acabas de poner. En serio.

—Tal vez se deba a que me estás poniendo nervioso.

—Oh, vaya. No lo sabía. En fin, ya lo dejo, pero antes dime quién es ella.

Roberto dejó los cubiertos sobre el plato y suspiró resignado. Pero, ¿por qué tenía una hermana tan metomentodo? Se pinzó la nariz y sacudió la cabeza antes de quedarse mirándola.

—¿Para que necesitas saberlo?

—Simple curiosidad. Nada más… —le confesó encogiendo los hombros como si no pasara nada.

—Simple curiosidad… —repitió él con un toque sarcástico—. Es Jules. Y la otra Caroline —le comentó viendo a su hermana acercar su rostro al suyo y bajar el tono de su voz.

—¿Jules? ¿La que te ha dado el repaso es tu nueva compañera?

—Sí —respondió sin ningún interés en su comentario.

—¿La misma que ahora se ha quedado mirándome con curiosidad?

—Lo que tú digas. Yo no sé cómo narices te está mirando. Ni si quiera me importa.

—¿Le has dicho que comías conmigo?

—Solo que había quedado.

—Vaya, pues yo diría que se piensa que soy… alguna amiguita tuya. Ya me entiendes —le aseguró sin dejar el tono burlón y divirtiéndose con las caras que ponía su hermano.

—Te estás divirtiendo a mi costa.

—Veo que nada más llegar has causado furor ¿eh?

—No creo que sea como dices. Es más, es natural y lógico que te miren y que les llames la atención. Se supone que no conozco a nadie aquí excepto a Lucille.

—¿No les has mencionado que estuviste aquí estudiando un par de años?

—Sí, pero eso no significa nada.

—Ya, pues te aviso de lo que veo, para que luego no digas.

—Sí, sí, vale. Tengo que volver a la editorial, y te agradecería que me permitieses terminar la comida.

Sandra no dejó su pose sarcástica viendo a su hermano algo nervioso ante el aparente mal trago que estaba pasando.

Jules trataba de centrarse en la comida y dejar a Roberto y a su acompañante al margen. Sin embargo, la curiosidad parecía ser más fuerte que su voluntad.

—¿Has visto a Roberto?

La pregunta de Caroline hizo tragar con cuidado a Jules. Bebió un trago de agua que la ayudase a digerir el bocado.

—Sí. ¿Por?

—Parece que conoce gente aquí en París.

—Bueno, no me sorprende si tenemos en cuenta que estudió aquí unos años con Lucille. Ella me comentó que habían sido compañeros de carrera.

—Entonces ya entiendo por qué lo ha contratado. Y también que tenga amistades en la ciudad de sus años de estudiante. ¿Crees que su acompañante será algún rollo de aquellos años?

Jules se quedó con la copa en alto a medio camino de sus labios, mirando a Caroline sin entender a qué venía su pregunta. Se limitó a poner cara de circunstancia y a encoger sus hombros.

—Y yo que sé. ¿A qué viene esa pregunta? Pregúntaselo luego en la oficina si tanto interés tienes en saberlo.

—No mujer, solo te preguntaba porque tú pasas más tiempo con él. Por si te había comentado algo.

—Trabajamos juntos. Hablamos de literatura, de ventas, de ganancias y publicaciones. No de si tiene una amante en París de sus tiempos como estudiante, por favor Caroline —rodó los ojos y bufó—. No me interesa con quien sale o si tiene una pareja, solo me importan sus ideas para lanzar la colección. Su vida personal es suya.

—Vaya, parece que te has puesto un poco a la defensiva —Caroline movió las cejas con toda intención y sonrió al darse cuenta que su comentario hacia encendido el rostro de su compañera.

—Supongo que no lo estarás diciendo en serio… Me parece un comportamiento algo colegial, Caro.

Pero esta en vez de cortarse se echó a reír sin ningún reparo.

—Me encanta lo que acabas de decir, pero será mejor hablar de trabajo. En serio, ¿crees que lanzará la editorial, o más bien el sello de romántica?

Jules frunció los labios fingiendo pensar la respuesta. No le diría la verdad a Caroline sobre el cargo que él había tenido en España. Ni cómo había logrado situar el género romántico entre las historias más vendidas. O como las escritoras más conocidas escribían sus historias en ese sello. No.

—Es algo pronto para saber si resultará eficiente. Ha tenido algunas buenas ideas desde que llegó. No te lo niego.

—Lo de publicar cuatro historias al mes en formato electrónico, dices.

—Sí, es una medida que nos puede hacer tener más presencia en el mercado literario. Eso supondrá más concentración en el trabajo, leer más rápido los manuscritos para valorarlos y corregirlos. Pero, tranquila, él parece leer bastante rápido —hizo un gesto con la cabeza hacia Roberto, quien se levantaba de la mesa junto a su acompañante en ese momento.

Antes de que ella se diese cuenta lo tenía a su lado, contemplándola con cierta calidez en su mirada. Era la primera vez que percibía ese gesto en él, y su sonrisa… Se vio obligada a coger aire de manera disimulada para no llamar la atención de todos.

—Chicas, os veo dentro de un rato en la oficina. Nosotros ya hemos acabado —hizo un gesto hacia Sandra que miraba a las dos compañeras de su hermano, y se dio cuenta de la mirada llena de intriga de Jules.

—Por cierto, ya que mi hermano no se digna en presentarme, soy Sandra.

Roberto levantó la mirada hacia lo alto en un gesto que no pasó desapercibido para ninguna de sus dos compañeras. Y Jules solo pudo sonreír.

—Encantada soy Jules. Tu hermano y yo trabajamos juntos.

—Yo soy Caroline, me encargo de la edición y parte de la corrección de los manuscritos.

—Encantada. En fin, os dejamos terminar de comer que tenéis que volver al trabajo, igual

que yo.

—Nos vemos —dijo Roberto levantando la mano hacia las dos francesas que parecían haberse quedado mudas porque no dijeron nada más. Se limitaron a verlos marcharse del restaurante—. Te ha faltado tiempo para presentarte ¿eh?

—Es de mala educación estar hablando con unas desconocidas, que encima son compañeras de trabajo tuyas. Y, por otro lado, acabo de hacerte un favor —le aseguró abandonando el restaurante la primera mientras Roberto fruncía el ceño sin entender a qué venía ese comentario.

—¿De qué favor hablas?

—He despejado las dudas que seguro que tenían las dos.

—¿Dudas? ¿Puedes ser más precisa, por favor?

Sandra sonrió divertida.

—Les he dejado claro que no soy tu pareja.

Roberto fue a decir algo y tras permanecer unos segundos con la boca abierta, la cerró y decidió no añadir más leña al fuego. Sacudió la cabeza y caminó junto a ella hacia las oficinas de la editorial.

Caroline y Jules se miraron de manera fija esperando a ver cuál de las dos decía lo que ambas pensaban de lo sucedido

—En fin, nos ha quedado claro que esa monada no es su pareja, sino su hermana —comentó la primera.

—Sí —Jules parecía perdida en sus pensamientos. Una parte de ella se sentía algo más aliviada después de saber que aquella chica era su hermana, como había señalado Caroline. ¿Por qué? ¿Qué le importaba a ella si él tenía pareja? No creía que fuese a cambiar nada en su manera de tratarse ni de trabajar, la verdad. Pero la ligera taquicardia que se había presentado cuando ellos se detuvieron junto a su mesa había desparecido. No así el cosquilleo que le había dejado la mirada de él y que la obligó a morderse el labio—. En fin, sigamos con la comida. Hay que regresar al trabajo.

Capítulo seis

—¿Qué opinas de este manuscrito? —Jules se acercó a la mesa de Roberto con una Tablet en su mano—. Supongo que lo habrás leído y te habrás sacado una idea.

Él se quedó contemplando la pantalla en la que leyó su título y se limitó a sentir sin mirarla a ella.

—Sí. Precisamente, lo terminé anoche porque asegurabas que corría prisa. Te envié mi informe de lectura para que lo valorases ¿Lo has leído? —levantó su mirada hacia ella lleno de curiosidad por saber cuál sería su respuesta. Por la expresión de su rostro algo le indicaba que no había sido así. Arqueó sus cejas deseoso por saber su opinión al respecto.

Jules no tenía ni idea de que él ya lo había leído, y le había remitido su informe. Pensaría que era algo desorganizada o que no le prestaba suficiente atención al trabajo de él.

—No. Se me habrá pasado entre tantos correos que recibo. Entiende que…—se pasó la mano por el pelo para situarlo detrás de la oreja en un gesto que delataba su nerviosismo. Se humedeció los labios mientras ambos seguían mirándose.

—Lo entiendo. No te preocupes. Puedo hacerte un resumen si prefieres…

—No, no… Es mejor que lo lea y…

—¿No te fías de lo que te cuente? Será lo mismo que lo que he escrito en documento de Word —sonrió él girando su silla para quedarse contemplándola de cuerpo entero, mientras cruzaba sus brazos en una pose relajada.

Jules sintió el ligero temblor en las piernas cuando se dio cuenta que la miraba con cierta picardía. Él era demasiado tentador, lo admitía. Con el paso del tiempo habían establecido una confianza que ella no esperaba. Y eso, la traía de cabeza en cierto modo porque no pretendía experimentar algo así con él. Su sonrisa arrogante la estaba atacando. Sentía sus pulsaciones acelerarse de manera incontrolada y entonces no pudo más y se lo soltó.

—Claro que me fío de ti y de tu análisis de los textos. No en vano eras editor de uno de los sellos románticos que más vendían en España. Tenías a las escritoras superventas escribiendo para este —Jules sonrió con autosuficiencia y contemplando como la expresión del rostro de él cambiaba cuando ella se lo dijo.

Roberto se vio obligado a coger aire y mantenerse en silencio, pero sin perderle la mirada a ella en ningún momento. Asintió consciente de que debería habérselo contado cuando Lucille le avisó que ella sabía cuál había sido su trabajo en la editorial en España. Pero lo había estado retrasando porque no encontraba el momento ni tampoco creía que fuese tan importante para el trabajo.

—Tienes toda la razón —asintió entonando el mea culpa. No pretendía que la conexión que tenían a la hora de plantear el trabajo se viera tocada por ese fallo suyo.

—¿No pensabas decírmelo? ¿Por qué? Llevamos currando codo con codo tiempo. Hemos tomado café, e incluso coincidido en comer. Creo que merecía saber que no eres un inexperto en la ficción romántica —le dijo empleando un tono que mostraba su cabreo y su ironía—. Pero vamos, que tenga que enterarme por mi propia hermana periodista de quién eres… Resulta que tú creaste el sello romántico más conocido en España, y teniendo a las autoras más leídas.

—Lo siento. No pretendía que te enterases de esa manera.

—¿No me digas? Entonces, ¿cuándo se suponía que me lo iba a decir? —se encaró con él mientras apoyaba sus manos en las caderas. No había nadie en la oficina a esas horas de la tarde. Ambos se habían quedado un poco más avanzando las próximas publicaciones. Incluso Lucille se había marchado hacía rato. Por eso mismo a ella no le importaba levantar la voz más de lo

permitido y mostrarse ofendida con él.

—Cuando surgiera el tema.

—Bien, pues ya no hace falta que surja porque lo he sacado yo.

Él se sentía abrumado por la personalidad de ella. Impetuosa, firme y decidida. Temía que no iba a dejarlo salir airoso de aquella situación. Había olido la sangre de su presa y no la soltaría, así como así. Pero lo que más le llamaba la atención en ese preciso instante era lo preciosa que le parecía con ese toque de genio que expresaba. Ella lo miraba con una ceja elevada, los labios fruncidos con una mano apoyada sobre la mesa y encarándose con él. Él se levantó de la silla. Prefería alejarse un poco de ella porque su cercanía lo estaba poniendo a prueba. No quería fijarse en ella de esa manera, pero se lo estaba poniendo difícil. Ni pretendía mirarla como a una mujer atractiva e interesante. No había dejado Madrid para recalar en París y volver a pasar por lo mismo.

—De acuerdo dejé mi cargo en la editorial en España buscando un proyecto nuevo. Y vi la oportunidad aquí cuando me topé por azar con la vacante en una red social. Supe después que Lucille era la editora porque me llamó en persona para comentarme que había recibido mi currículo. Hablamos durante algunos días y el resultado… —se detuvo unos segundos en los que cogía aire y encogía sus hombros si saber qué más decirle. Por supuesto no le contaría que una mujer había tenido mucho peso en su decisión.

—Ya lo veo, ya. Pero, ¿por qué me mentiste? —se acercó a él con la decepción en su mirada, como él pudo comprobar a medida que acortaba la distancia entre ellos—. ¿Por qué no pudiste decirme la verdad? No creo que fuese a pasar nada.

—Lo sé. Pero preferí no llegar y decir que era el creador del sello Sensaciones en España. Tú misma acabas de echármelo en cara, que las escritoras superventas estaban en este.

—Sigo sin comprender por qué tu afán de anonimato. Y encima me sales con que no tienes ni idea de novela romántica —bufó como una gata enfadada y rodó sus ojos sin poder creer lo que estaba sucediendo.

—No pretendía decepcionarte. Ni que te cabreases conmigo por no contarte quién soy, y que trabajo había tenido. No creo que tengas alguna queja de mí desde que estoy aquí.

Ella sonrió recorriéndolo de pies a cabeza como si lo estuviese estudiando. Le sonreía de una manera que a ella no le gustaba; bueno, sí que le gustaba esa sensación, pero, no lo que podría significar para ella. Podría acabar gustándole él y ahí empezarían los problemas.

—No, no la tengo. Pero claro, desde que supe por mi hermana quién eras…

—Tendré que tener cuidado sabiendo que es periodista.

—De deportes.

—Bien, creo que deberíamos marcharnos antes de que nos eche el guardia de seguridad del edificio. ¿No crees?

—¿Y qué hacemos con lo del manuscrito?

—Te dije que podía resumírtelo, y, es más, puedo hacerlo si me dejas compensarte cenando en algún sitio.

Aquella sugerencia disparó las alarmas en el interior de Jules. Entreabrió los labios para decir algo, pero a lo más que llegó fue a dejar escapar un gemido de sorpresa. En cierto modo se sentía a merced de él. Una parte de ella quería salir huyendo en su moto y no tentar al diablo. Creía que él le gustaba o al menos tenía algo que la había cautivado desde el primer día. Y eso era peligroso.

—No hace falta que…

—Insisto. Claro que si piensas que cenar es algo demasiado personal. Siempre podemos

tomarnos una copa de vino o bien dejarme que te invite a comer mañana.

Ella sintió el temblor en sus piernas observándolo. No parecía dispuesto a dejarla marchar sin pasar juntos algo de tiempo. Y por mucho que lo pudiese negar, en el fondo le apetecía hacerlo. Quedar con él e ir descubriendo que más secretos guardaba.

—Siempre y cuando no me ocultes más cosas que pueda acabar sabiendo por terceras personas —le dejó claro esgrimiendo un dedo ante él.

—Hecho.

Su promesa le obligaba a contarle la verdad de por qué se marchó de España dejando la editorial que él había ayudado a crear, así como sus éxitos, pero también su pasado.

—En ese caso, marchémonos y dejémoslo para mañana.

No sabía qué sucedería entre ellos, pero le podía la curiosidad de querer averiguarlo.

Habían decidido tomar algo en un local cercano cuando salieron del trabajo. Una vez más, le tocaría volver al edificio de la editorial para buscar su moto. Pero no parecía importarle, comenzaba a acostumbrarse a ello. La otra tarde fue Lucille la que lo propuso, y esta vez había sido él. Ella había accedido a su invitación porque no quería ser algo borde y rechazarlo. Pero también porque después de todo le apetecía tomarse algo.

—De verdad, perdona que insista, pero… ¿qué cable se te ha cruzado para acabar en una editorial como en la que estamos? Me refiero después de crear un sello de éxito en España —lo miró asombrada mientras jugueteaba con el pie de la copa entre sus dedos.

Roberto dibujó una media sonrisa.

—Buscaba nuevos proyectos, retos que me sacaran de mi zona de confort.

—Pero, es un riesgo venirte a Paris sin saber qué puede suceder. Y esos proyectos podrías haberlos llevado a cabo en España, ¿no?

—No te preocupes, tengo fe en Lucille y en la editorial. Ya lo conseguí hace años. Puedo volverlo a hacer.

—Pareces muy seguro de ello.

—Cuento con Lucille, pero sobre todo contigo —le aseguró cogiendo la copa para beber sin apartar su mirada del rostro de ella, y comprobar su expresión. Le pareció que sus mejillas se encendían por un instante.

—Has logrado que me ruborice.

—Es la verdad. Eres parte indispensable en la editorial y en que esta logre sus éxitos. Tú llevas trabajando en esta mucho tiempo y no me cabe la duda de que conoces el mercado literario francés mejor que yo. Sabes la clase de literatura que le gusta a las francesas. Yo no.

—Bueno, no te creas. Ya sabes cómo va esto. Cuando menos lo esperas cambian los gustos y… —movió sus cejas y abrió los ojos dejando claro lo que pensaba.

—Ya. Las modas. Insisto en que tú eres la pieza clave.

—No sé cómo tomarlo viniendo de ti. Dime, ¿y tus expectativas aquí no se cumplen? ¿Regresarás a España, a retomar tu trabajo allí? ¿No te despertarás una mañana y te darás cuenta que este no es tu sitio? Que te arrepientes de lo que has hecho —lo miró con especial interés por lo que tuviese que decirle.

—No —respondió de manera muy segura y tajante, lo cual no dejó de sorprenderla.

—Te muestras muy seguro.

—No tengo ninguna intención de volver a España a la editorial. Soy de los que pienso que uno nunca debe arrepentirse de lo que ha hecho; sino más bien de lo que no ha hecho cuando tuvo la oportunidad. Los trenes raras veces vuelven a pasar.

Ella percibió cierto resquemor. ¿Qué le había sucedido? No estaba convencida del todo

con respecto a que buscase un nuevo proyecto. O sí. Pero había algo más.

—¿Saliste a mal con alguien en tu anterior trabajo?

—¿Por qué lo preguntas? —él se puso a la defensiva al escucharla.

—Por el tono que has empleado. Me ha dado la impresión de que no habías tenido una buena salida de la editorial.

—Siempre hay sus más y su menos; como en todos los trabajos.

—Te entiendo.

—Tú y yo los hemos tenido en el poco tiempo que llevo aquí.

—Porque me has ocultado quién eres y de qué editorial venías —le recordó con sarcasmo sin dejar de sonreír.

—Touché.

—¿Y tu familia? Dices que no piensas volver…

—Mis padres están en Madrid. Cuando digo que no pienso volver a España, no significa que no vaya a ir a verlos. Me refiero a volver para trabajar allí. Y a Sandra ya la has conocido.

—Cierto. El día que quedaste para comer. Deduzco que ella fue más decidida a venirse que tú.

—Sí. Por trabajo. Le surgió una buena oportunidad y no lo dudó. Y eso que fui yo el que se vino a estudiar aquí, pero al final ella fue más decidida en dejarlo todo y venirse.

Jules sentía la curiosidad de preguntarle si tenía pareja, pero después de escucharlo hablar de que no pensaba regresar a España, le quedaba claro que ese no era el caso. Ni tampoco entendía por qué le interesaba.

—Bueno, tú también tenías tu vida en España. Es lógico que te quedases allí hasta este momento que has decidido dejarlo todo. Yo no creo que lo hiciese, la verdad —sonrió poniendo una mano delante como si quisiese detener esa idea. Rodó sus ojos y emitió un ligero resoplido.

Él la observaba con detenimiento, pensando en esa posibilidad.

—No sé. Eso mismo creía yo cuando me metí con el tema de la editorial. Uno nunca sabe lo que le depara la vida.

—Ya, pero dar un paso, así como el que has dado tú… No sé. No me veo.

—En ese caso disfruta de tu vida en París —le guiñó un ojo y cogió su copa para apurar el contenido de esta.

Ella no dijo nada más hasta que terminaron sus bebidas y se quedó mirándolo como si esperase que él tomase la decisión de qué podían hacer.

—¿Qué sucede? ¿Por qué te has quedado mirándome?

—Porque me pregunto si deberíamos irnos o tomarnos otra.

La tentación que ella representaba era demasiado grande y apetecible. Hacía tiempo que no salía con una mujer. Y a fe que se lo estaba pasando bien con su compañera francesa.

—A mí no me espera nadie en mi piso —le aseguró encogiéndose de hombros—. No tengo prisa por llegar. ¿Y tú?

Jules se pasó la lengua por los labios de manera tímida. No pretendía ser descarada y que pareciese que lo estaba tentando a besarla. Se los mordió y sacudió la cabeza.

—Vivo sola.

—En ese caso…—Ella no le dio tiempo a decir más porque se levantó con las copas vacías en la mano camino de la barra para pedir otra ronda dejándolo a solas en la mesa.

Él la siguió con la mirada sin querer preguntarse si se estaba adentrando en un terreno minado. Vivía sola, lo que le daba a entender que no tenía una pareja, aunque ella no se lo había dejado claro. Podía vivir en su propia casa. Se pasó la mano por el mentón y la vio regresar a la

mesa con cuidado de que no se le cayeran las copas al cruzarse con más clientes del local. Él no hizo intento de echarle una mano y coger su copa porque no quería tocarla; rozarla si quiera.

—Como no me has dicho lo contrario, te he pedido lo mismo.

—Sí, has acertado. Vamos a brindar por los nuevos comienzos. Los nuevos proyectos y porque todo salga como queremos.

—Me parece bien.

Entrechocaron sus copas antes de beber.

—¿Qué es lo que le sucede al sello romántico para que no despegue?

Jules cogió aire y lo fue soltando de manera gradual.

—Hay demasiada competencia. El mercado está algo saturado. Las cuestiones clásicas.

—Eso no es nada nuevo.

—Lo sé, pero hay que hacer algo. Me parece acertado sacar dos novelas más todos los meses. Supondrá ponerse las pilas para leer más rápido, coordinar las publicaciones, tener portadas y demás listas con tiempo…

—¿Y eso te asusta?

Ella se quedó parada primero, y luego se echó hacia atrás en la silla observándolo con detenimiento, y cierta precaución.

—No, claro. ¿Por qué debería? No me asusta la carga de trabajo.

—Tenía la impresión de que así era por como enumerabas todo lo que había que hacer.

—Nunca me ha asustado el trabajo.

—Es bueno saberlo.

—¿Jules?

Alguien la llamaba obligándola a volver el rostro hacia la persona en cuestión. Se sintió algo turbada al reconocer a Alain allí mirándola con curiosidad. La expresión de su rostro varió al momento. Y se vio sorprendida por una sacudida en su cuerpo. El tono de él le había parecido cargado de duda por si no la hubiese reconocido.

—Alain, ¿cómo estás? —no podía creer que su ex estuviese allí delante de ella saludándola.

Roberto no quiso ser descarado y apartó la atención del tal Alain. Prefirió echar un vistazo a su móvil de manera distraída. Sin embargo, no pudo pasar por alto como había cambiado el talante de Jules. Desde la expresión de su rostro hasta la manera de hablar y comportarse.

—Hemos venido a tomar algo —dijo señalando con el pulgar a su espalda—. Y me pareció que eras tú cuando he entrado.

—Ya lo ves. Soy yo. Aquí con un colega, tomando algo —dijo señalando a Roberto quien se limitó a saludarlo con la mano.

—Hacía tiempo que no nos veíamos. ¿Cómo te va en la editorial?

—Bien, bien. Trabajando a tope como puedes suponer.

Hubo unos segundos de tenso silencio entre ambos. Roberto dedujo que no se llevaban bien o que tal vez habían tenido sus más y sus menos en el pasado.

—Me alegro. Voy a ver qué tal están los demás. Me ha alegrado verte. Adiós —le dijo a Roberto antes de volverse hacia la gente que comenzaba a llenar el local, y desaparecer.

Este se fijó en la expresión del rostro de ella, y que no parecía estar contenta con la aparición de aquel conocido. La observó coger la copa y beber sin decir ni una sola palabra. No sentía que tuviese la confianza necesaria para preguntarle por él. Dejaría que fuese ella si le apetecía contarle algo. Él todavía no le había confesado que dejó su trabajo en España cuando

descubrió que la mujer de la que estaba enamorado y con al que salía, en verdad prefería a su amigo, y que se le haría imposible verse todos los días.

—Estábamos hablando de la cantidad de trabajo que nos espera desde ahora si empezamos a publicar cuatro novelas románticas al mes —le dijo retomando la conversación que tenían cuando el tal Alain apareció.

Ella permaneció callada unos segundos.

—Sí, cierto que habrá que echarle más ganas —dijo por fin con la atención perdida en el vacío.

—Si quieres podemos marcharnos.

Ella parpadeó, sacudió la cabeza y permaneció con los ojos entrecerrados intentando descifrar lo que él quería decir. ¿En serio quería irse? La verdad es que volver a ver a su ex después de tantos meses no parecía que le hubiese sentado nada bien. ¡Por qué la saludada después de lo que le hizo? ¿Y ella? La verdad, la había pillado con la guardia baja. Pensando más en Roberto y en lo bien que estaba que en toparse con Alain.

—Disculpa es que…—se detuvo un momento otra vez.

—Entiendo que ver al tal Alain te está afectando.

—No tranquilo. No pasa nada. Éramos pareja.

—Entiendo que ya no lo sois, a juzgar por la mezcla de sorpresa y frialdad que he percibido en ti.

—Veo que te has fijado. Muy observador por tu parte —sonrió sin apenas ganas y cogió la copa para beber.

—Tan real como cualquier ficción romántica.

—Tienes razón.

—Si contármelo te hace sentir mejor, soy todo oídos —levantó las manos mostrándole las palmas y se encogió de hombros.

—Es fácil. Lo dejamos porque aseguraba que estaba más metida con mi trabajo que con él. Estoy segura de que sabes de lo que hablo.

La atención tan directa y clara de ella lo hizo removerse en su asiento.

—Me hago una idea.

—¿Nunca te ha pasado? —entornó su mirada con curiosidad, pero consideraba que no tenía ningún interés en saber si tenía una pareja. Y de tenerla, ¿qué hacía él en París? A no ser que se hubiese venido con él, pero vamos, quedar a comer con su hermana e invitarla a ella a tomar algo como estaban haciendo, le dejaba claro que no tenía a nadie.

Roberto esbozó una sonrisa algo irónica ante aquella pregunta.

—Sí. Por eso estoy solo.

Ella se quedó con la copa suspendida camino de sus labios para beber. Arqueó sus cejas y se humedeció los labios.

—Lo sabía.

—No es tan difícil de intuir dado que he venido solo a París, ¿verdad?

—Por eso mismo. Claro que te entiendo. Merece la pena dedicarse al trabajo por entero si quien va a estar a tu lado no sabe reconocer lo que haces. Y después te traiciona aludiendo a esto mismo.

—Yo sí lo sé.

—Tú no cuentas porque estás en el mismo barco que yo —lo apuntó con un dedo con una sonrisa divertida por la complicidad que seguía creciendo entre ellos dos.

—Lo sé, pero no quita que te dé la razón.

—Decirme que me dedico a publicar historietas para <<solteronas que todavía esperan a su príncipe azul>> —soltó con un tono burlón y sarcástico mientras gesticulaba como si hiciese burla de eso mismo.

—Me hago una idea de lo de tu ex. Te ofrecería otra copa de vino, pero soy consciente que tienes que coger la moto.

Ella se quedó parada de repente mirándolo desconcertada.

—¿No pretenderás emborracharme para luego aprovecharte de mí? Porque te advierto que aguanto mucho con la bebida. Y en cuanto a la moto, puedo dejarla en el parking sin problema. Nadie se la va a llevar —le enseño las llaves en señal de triunfo—. Además, tenemos cámaras y vigilante toda la noche. Y yo, puedo cogerme el metro.

Le gustó su respuesta, pero más todavía su manera de reaccionar. Tenía el rostro encendido, los ojos brillantes y los labios entreabiertos. Algunos mechones le caían aquí y allá otorgándole un aspecto gracioso, pero también llamativo, pecaminoso y muy sensual.

—Ni se me ha pasado por la cabeza —le mintió pensando en que en ese preciso instante le gustaría robarle un beso, y escucharla gemir complacida por su atrevimiento.

—Mejor. No me gustaría tener que pararte los pies. No quiero más relaciones. Me va muy bien estando sola.

Él frunció los labios y asintió convencido de que era la mejor decisión que podía tomar.

—Creo que sería mejor marcharnos de aquí. Esto empieza a estar algo cargado de gente.

—Me parece bien —ella le hizo un gesto con la cabeza para que se pusiese en movimiento y abandonaran el local. Después de todo, él no le parecía el capullo que había pensado que era, cuando supo que le había ocultado su dilatada experiencia en el campo de la ficción romántica.

Caminaron uno al lado del otro durante algunos minutos. La noche había caído sobre la ciudad, pero todavía había gente en las calles.

—No hace falta que me acompañes al metro. No voy a ir a por la moto después de las dos copas de vino que me he tomado —le dijo de repente volviendo el rostro hacia él para observar su expresión, pero para su asombro, él no varió la que llevaba.

—No es mi intención. Ni voy a pedirte que me invites a subir a tu casa. Ni nada por el estilo.

—Vaya… Esto sí que es sorprendente. Me dejas de piedra. Pensaba que no podría superar lo de ocultarme dónde habías trabajado y todo eso.

—¿Por qué? Porque no intento algo contigo, ¿eh?

—Algo así.

Él sonrió y emitió un sonido gutural.

—Descuida. No me va fijarme en mis compañeras de trabajo.

El tono con el que lo dijo llamó la atención de ella. Lo observó de manera detenida unos segundos esperando alguna aclaración, pero él permaneció callado mientras seguían caminando juntos.

—Es bueno saberlo. No creas…

—Creo que aquí es donde nos separamos —le aseguró deteniéndose para echar un vistazo a su alrededor de manera disimulada y no quedarse mirándola de manera fija. Le parecía más dulce y deseable en ese momento. Pero no iba a intentar nada con ella, como le había dejado claro.

—Sí, tienes que coger metro para llegar a tu casa. Vivir por el barrio de la ópera queda algo apartado de aquí.

—Bueno, pero no me importa porque es una zona tranquila. Te veré mañana.

Ella permanecía quieta delante de él, observándolo con atención como si esperase algo por su parte. ¿Qué acaso se le pasase por la cabeza besarla? No lo haría. Lo cual la dejaba algo más tranquila. Ambos habían dejado claro que no buscaban una pareja. Él le había confesado que no quería tener nada con alguien de su mismo trabajo. ¿Acaso le había tenido una mal experiencia con alguna en su anterior trabajo? Pensó entrecerrando los ojos y mordiéndose el labio.

—Sí, claro. Y nos pondremos las pilas.

Si se le ocurriese besarla estaba convencido que ella lo detendría antes si quiera de rozarle los labios. O puede que se lo permitiese para después darle un buen guantazo por atrevido. O tal vez no sucediese nada de eso y ella aceptara su beso. Pero no llamaría a la puerta del infierno, no fuese a abrir el diablo. Tentaciones las justas, se dijo convencido de que era mejor así.

—Ha sido un verdadero placer quedar contigo.

—Sí. Ha merecido la pena. Pensaba que eras un capullo. Ya sabes. Después de vacilarme con que no tenías ni idea de la ficción romántica y todo ese rollo —movió un dedo delante de ella y asentía.

—Me lo merezco. No me lo tomaré a mal. Pero, has dicho que te lo parecía… —entornó la mirada hacia ella a la espera de una aclaración por su parte.

—Sí, pero… Creo que eres un tío majo. Pero, procura que no se te suba, ¿vale? —ninguno de los dos se había dado cuenta de que el espacio inicial entre sus dos cuerpos se había acortado hasta el punto de que ella se vio apoyando su mano contra el pecho de él.

Roberto bajó la mirada de manera lenta y temerosa por lo que pudiese encontrar. Una pícara sonrisa que alimentaba su deseo por borrarla de aquellos tentadores labios. Se quedó mudo fijándose en el brillo de los ojos de ella. No sería tan estúpido de besarla, ¿cierto? Pero tampoco estaba allí para tener una aventura con una atractiva y algo descarada parisina. No lo necesitaba.

Jules estaba inmovilizada sin saber por qué. Creía que no podría moverse al estar casi pegada al cuerpo de él. Se había acercado demasiado a él sin medir las consecuencias. Inspiró y se fue apartando de manera lenta cuando comprendió que un repentino escalofrío le recorría la espalda hasta perderse bajo su pelo. Y que las palabras y las promesas se las llevaba el tiempo. Que no estuviesen dispuestos a tener una relación, tampoco quería decir que fuesen alérgicos al deseo.

—Deberíamos dejarlo aquí.

—Sí, es tarde y mañana tenemos que madrugar. Lo dicho, la tarde ha estado genial —le aseguró ella mintiéndose porque la tarde había sido algo agitada. Llena de sobresaltos como este último. Lo vio dar un paso atrás como si ella le quemase.

—Descansa. Y nos vemos mañana en la editorial.

No dio opción a que ella se acercase, ni si quiera a que le dijese algo más. Cruzó la calle deprisa, aprovechando que el semáforo comenzó a parpadear antes de ponerse en rojo para los peatones. De ese modo no parecería que huía de ella. Aunque en parte era algo así. Más bien lo hacía de él con el fin de no hacer el idiota.

Jules lo siguió con la mirada mientras se alejaba de ella. Al cabo de unos segundos ella también emprendió su camino hacia su casa, tratando de no pensar en él y en lo que había percibido. Mejor que hubiese cruzado la calle casi a la carrera y que los coches se hubieran interpuesto entre ellos. ¿La habría besado si ella le hubiese dado pie a ello? Con esa pregunta se

alejó del lugar intentando centrarse en el trabajo; claro que al hacerlo le resultó imposible no pensar en que se verían es esta por la mañana. Esperaba que la situación quedase en una mesa anécdota.

Capítulo siete

Cuando Jules llegó a la editorial, no le sorprendió ver a Roberto allí tecleando en su ordenador. Ella podía afirmar sin reparo que su trabajo le gustaba, y que en cierto modo no le importaba madrugar, e incluso quedarse más tiempo en la oficina. Pero él, la superaba con creces. Y luego, había alguien que le había reprochado que anteponía la editorial a su relación. Y justificaba su traición basándose en esto.

Permaneció observándolo mientras él se levantaba y se volvía en su dirección. Entonces, se quedó parado en mitad del pasillo frente a ella. Jules confiaba en que ella no fuese el motivo por el cual él permanecía allí quieto mirándola.

Roberto no esperaba encontrársela en mitad del pasillo. Jules le parecía una especie de aparición. Era la primera vez que no llevaba pantalones sino un vestido de tonos oscuros, con los dibujos de hojas de colores del otoño por todo este. Le llegaba por debajo de la rodilla, dejando ver sus piernas embutidas en unas medias de color negro. Botas de color marrón hasta el tobillo, a juego con su bolso. Un collar de cuentas le caía sobre su pecho de una manera desordenada, recogido en varias vueltas… Y por último una cazadora vaquera que le otorgaba una imagen ideal para él. Fresca. Desenfadada. Le llamaba la atención como se le movía la tela del vestido con cada paso. No era capaz de apartar la mirada de ella por mucho que pretendiese.

Jules tuvo la impresión de que su estómago se le encogía por momentos. ¿Por qué le afectaba que él la mirase? Bueno, en realidad era su forma de hacerlo la que la tenía intrigada. Alzó las cejas y abrió sus ojos al máximo en un gesto, con el que parecía preguntarle qué narices hacía allí pie mirándola con aquella calidez e interés.

—¿Puedo saber qué te pasa? —le preguntó llegando a su altura. No se acercaría demasiado a él no fuese a ser que acabase pegada a su cuerpo como la pasada noche. Y no estaban en la calle donde nadie, o pocos podía verlos.

Él permanecía callado, observándola con la boca seca por la imagen que le ofrecía. Cerró los ojos por un segundo o tal vez más y sacudió la cabeza. Al abrirlos ella seguía allí, esperando que le dijese algo.

—Iba a subir a la cafetería. Eso es. Puedes venir si lo deseas. Y no digo más no vaya a meter la pata otra vez.

El comentario de él le arrancó las risas a ella.

—Entiendo que no has desayunado.

—Sí, sí.

—Pues quién lo diría viéndote tan pronto aquí —paseó la mirada para ver cuántos de su equipo había llegado y no vio a nadie—. Ni siquiera ha llegado Lucille. Y mira que ella madruga…

—Pues dices de mí, pero… —la recorrió de pies a cabeza con la mirada reteniendo la respiración—. Aquí estás. Bueno, si quieres algo, estaré arriba.

Ella seguía temblando e intentando controlar sus nervios después de la mirada que él le acababa de dedicar, y que a ella no le había molestado. Apretó los labios y lo dejó alejarse mientras ella resoplaba y sacudía la cabeza.

—Pues anda que… Empezamos bien el día —pareció reprocharse por la reacción que acababa detener.

Roberto aprovechó el momento a solas para tratar de poner en orden sus pensamientos en relación a Jules. La encontraba especialmente atractiva esa mañana, lo cual complicaba su intento por alejarse de ella. Pero debía tener en cuenta que trabajaban juntos y eso no podía

evitarlo, de no ser que se marchase. Solo que no iba a hacerlo. No podía ir dejando sus trabajos solo porque una mujer llamase su atención. Además, Jules no tenía pareja, ni parecía tener intención de tenerla lo que favorecería su estancia en París. Se sirvió un café y se apoyó contra el borde del mueble donde estaba la cafetera y las tazas. No tenía prisa por volver a su mesa dado que ella estaría en la suya. Necesitaba dejar de comportarse como un adolescente al que le gusta su compañera de clase, ¡joder! Se dijo sorbiendo un poco de café y escuchando el sonido del ascensor llegando.

—Hola, buenos días —saludaron varios compañeros que entraban en ese momento.

—Buenos días. ¿Qué tal?

—Empezando el día.

Él agradeció que Jules no hubiese subido con él en un primer momento porque estar a solas con ella comenzaba a ser toda una tentación. Sin embargo, no parecía que fuese a tenerlo fácil. La vio aparecer, saludar a los demás y acercarse donde se encontraba él para coger una taza.

—Al final te has animado.

—¿Por qué no? —le dijo vertiendo una generosa cantidad de café bajo la atenta mirada de él antes de elevar su mirada hacia él y sonreír.

—¿Lo tomas solo?

—Así es. Un buen chute de cafeína sin azúcar para despertarme.

—¿Por qué? ¿No has descansado la pasada noche? —le hizo un gesto con las cejas y se llevaba la taza a los labios para beber.

—No sabía lo cansada que estaba hasta que me metí en la cama y me quedé dormida. Tú no debes haber dormido demasiado ya que cuando he llegado esta mañana, estabas aquí. A lo mejor te viniste aquí cuando me dejaste la pasada noche.

—No, no. Nada de eso. Pero, me basta con dormir una media de seis horas. No soy del tipo de gente a la que se le pegan las sábanas.

—¿A qué hora has llegado? —le dirigió una mirada por encima del borde su taza.

—Antes de las ocho.

—Eso es seguro —ironizó ella con una sonrisa cínica—. Te has tomado en serio lo de trabajar más ¿eh? —elevó sus cejas con celeridad y le regaló una sonrisa divertida.

Él se vio obligado a desviar su atención de ella porque su sonrisa lo había dejado tocado. Por Dios, que aquellos labios se movían de una forma tentadora. Solo necesitaba estar a cierta distancia de estos para no sucumbir. No era una cuestión de trabajo, sino de mantener su cabeza sobre los hombros en todo momento y sacársela a ella de esta.

—Hay que hacerlo. Y creo que deberíamos ir bajando a ponernos a ello —él apuró su café y lavó la taza. Se dio cuenta entonces que se habían quedado los dos solos. Lo mejor era marcharse.

—¿Por dónde quieres empezar?

—Tengo casi revisado un manuscrito que podríamos integrar al mes próximo. Será cuestión de horas que lo termine. He marcado algunas cosas que me gustaría tratar con la autora antes de pasarlo a la corrección.

—Pues adelante. Es tu novela —lo señaló mientras el ascensor se abría y él entraba en este.

—Vale.

—Me refiero a que seas tú quien trabaje el texto con la autora. Por cierto, no le has dado a botón —se acercó más a él rozando su cuerpo al estirar el brazo para pulsarlo. Ella no fue ajena

a cómo se tensaba el cuerpo de él.

El perfume de ella lo rodeó impregnándose en su propia ropa. Bajó la mirada y la vio sonreír; abrir sus ojos en una expresión que él no supo cómo interpretar, pero que captó su atención. Aquel espacio tan pequeño era una especie de ratonera, se dijo. Encerrarte en este sitio con una mujer como ella es todo un peligro y una tentación. Mira que si le daba al ascensor por estropearse y se quedaban atrapados entre dos pisos.

Por suerte para Roberto, llegaron a la planta de las oficinas de la editorial. Él la dejó pasar y se limitó a sacudir la cabeza viéndola caminar. La tela del vestido flotaba con cada paso que daba. Tenía una forma de pisar que demostraba seguridad, aplomo, cruzando una pierna sobre la otra. Si no dejaba de fijarse en su compañera de esa manera, llamaría la atención de los que allí trabajaban; y no era lo que quería. La siguió a cierta distancia con las manos en los bolsillos de sus pantalones y la mirada en el suelo, sin disimular una tímida sonrisa. Había dejado su anterior empleo y su pasado por una mujer, y de repente otra parecía estar comenzando a marcar su presente.

◆◆◆

—Parece que Michelle Blanchard se ha aupado entre los cinco libros más vendidos de este mes —les comentó Lucille a Jules y Roberto cuando ambos permanecían trabajando en las siguientes novedades. Les mostró la lista de más vendidos para que se hiciesen eco de la magnífica noticia.

Jules cogió la Tablet y se quedó mirándola mientras Roberto no le prestaba atención porque estaba centrado en terminar de redactar algo en el ordenador. Cuando al final lo hizo prefirió mirar el rostro de su compañera a la pantalla de la Tablet.

—No está nada mal que, poco a poco, nuestras historias vayan apareciendo en las listas de los más vendidos —comentó Jules cruzando los brazos quedándose mirando a Roberto a ver qué le parecía.

—Buena noticia.

—Esto nos tiene que servir de acicate para seguir en el camino. ¿Alguna novedad de cara a estos meses finales del año? —Lucille pasó su mirada del rostro de Jules a Roberto, quien se limitó a fruncir sus labios y encogerse de hombros.

—Sacar alguna historia navideña —sugirió él sin apartar su atención de la editora—. ¿Qué te parece?

Jules se convirtió en el centro de atención de los dos.

—No lo hemos hecho antes.

—Creo que sacar alguna novela ambientada en esa época nos vendría bien. Hay lectoras que les encantan las historias románticas en Navidad —explicó Roberto con total seguridad en sus palabras.

—Supongo que hablas por experiencia…

Él asintió sin apartar la mirada de su compañera.

—Siempre y cuando tengamos algún manuscrito entre manos. Y eso supondría darnos prisa en editarlo —dijo Jules con un tono de cierto malestar, como le parecía apreciar a él.

—¿Disponemos de alguno? No tendría ningún inconveniente en leerlo este fin de semana. Claro que, si no nos gusta, podemos pasar del tema este año. ¿Cómo lo ves? Tú eres la editora jefa —le hizo la pregunta a Lucille para conocer su opinión—. Es tan solo una sugerencia.

—Me gusta la idea siempre que tengamos una historia de calidad —señaló Lucille a

modo de advertencia—. No sacaremos una historia que no lo merezca por el simple hecho de tener a la venta historias románticas de Navidad.

—Sí, no podemos publicar una solo porque queramos tenerla a la venta en esos días —comentó Roberto mirando de refilón a Jules, que no le parecía muy decidida con el tema.

¿Le sucedía algo con él o era por su propuesta? En ningún momento él quería ser el que llevase la voz cantante. Hablaría con ella cuando estuviesen a solas.

—De acuerdo. Publicaremos una historia navideña siempre y cuando tenga la calidad suficiente para hacerlo —miró a los dos para ver cómo asentían—. En ese caso, quedo a la espera de lo que me digáis.

Los dos vieron como ella se alejaba sin decir nada más. El proyecto estaba más que claro. Roberto se quedó mirando a Jules a la espera de escuchar su opinión. Y esta se limitó a hacerle un gesto con el mentón.

—¿Por qué te has quedado mirándome con esa expresión?

—Como si presintiese que la idea no te agrada. Como si hubiese algo que no me has contado… ¿Por qué no te atrae la idea de publicar una o varias historias ambientadas en la Navidad?

—No están entre mis preferidas —le respondió sin más y volvió a su trabajo.

—Pero admite que hay a lectoras que esas historias les apasionan.

—Sí.

—Oye, Jules, ¿te ha parecido mal que la idea de publicar un par de historias navideñas se me haya ocurrido? No he venido a quitarte el puesto, y si lo piensas, puedo largarme. Ya lo dejé claro el primer día —extendió el brazo hacia la puerta para hacer más creíble sus palabras.

Ella dejó de teclear y levantó la mirada hacia él con una repentina palpitación en el al escucharle decir que podía marcharse. No. No era lo que ella quería.

—No tiene nada que ver con esto. Y no te vas a marchar porque no valgas, ni nada parecido de lo que comentabas el primer día. Por aquel entonces pensaba que no tenías ni idea de novela romántica, pero me ha quedado claro que lo controlas. Y, por cierto, también sé que no quieres mi puesto —agitó la mano delante de él restando importancia a ese hecho—. De manera que deja ese tema salvo que en realidad quieres irte porque no estás a gusto trabajando aquí.

—Todo lo contrario. Pero, ¿por qué me da la impresión de que el proyecto no te apasiona?

Ella inspiró hondo echándose atrás en su silla, cruzando los brazos al tiempo que fruncía los labios. Aquella imagen lo atrapó. Tan genuina. Tan dulce, se dijo él tratando de mantenerse la cordura que ella parecía alterarle cada dos por tres.

—No me gustan las Navidades. Eso es todo. No es una época a la que le tenga especial cariño —le confesó antes de regresar a su trabajo—. Pero, no quita que tu idea me parezca posible y viable. Eso sí, te encargarás tú de leer los manuscritos. Te has ofrecido voluntario. Te lo recuerdo. —lo apuntó con un dedo mirándolo de manera directa, casi fría e intimidante.

Roberto cogió aire y lo soltó.

—Yo me encargo. No voy a hacerte pasar un mal trago. Descuida —se quedó contemplándola una última vez antes de volver la atención a la pantalla de su ordenador. No dejaba de sorprenderle que ella no quisiese leer historias de amor ambientadas en las navidades. Había conocido a compañeras en la anterior editorial que solo consumían esas historias cuando llegaba diciembre; por no hablar de las películas, pensó con una sonrisa.

Jules lanzaba fugaces miradas a Roberto preguntándose por qué se le había ocurrido aquella idea. Con lo bien que estaban estos años pasados sin publicar romances en Navidad.

Total ¿para qué? Sí, cierto que tenían un final feliz, pero era ficción. Nada más. Ella recordaba cómo había planeado las pasadas navidades con Alain para estar juntos más tiempo. El que precisamente él le echaba en cara que no pasaban. Y cuál fue su sorpresa cuando él no solo estuvo despotricando contra estas por el excesivo consumismo, sino que luego se largó con una amiguita suya a la Alsacia a ver los mercadillos. ¿Se podía ser más falso e hipócrita? No le hacían ninguna gracia las historias románticas en esas fechas porque le recordaban a la suya propia. De manera que le parecía perfecto que Roberto se encargase de la edición de una novela ambientada en esos días. Que le aprovechase. Ella por su parte seguiría trabajando en historias que no tuviesen relación con esas fiestas.

◆◆◆

—No has vuelto a contarme nada de Jules —le recordó Sandra mientras caminaban por la calle Rivoli en dirección al boulevard Sebastopol.

Roberto permanecía callado, centrado precisamente en esta. La encontraba algo más apática y callada desde hacía días. Debía tratarse de las fechas en las que casi estaban.

—No hay mucho que contar. Es trabajo.

—Ya, pero… ya te dije el día que la conocí, que parecía mirarte con cierta curiosidad.

—Tú y tu imaginación. A ver, ese interés podría deberse a que no sabía todavía que yo había creado el sello Sensaciones, y que tenía bastante experiencia con la ficción romántica. Solo eso.

—Y ya lo sabe —Su hermano asintió con un sonido gutural—. ¿Y qué le ha parecido? Saberlo.

—No se lo tomó muy bien, qué digamos.

—Hombre, aparecer en la editorial de tu amiga asegurando que no tienes ni pajolera idea de la ficción para mujeres cuando has sido el creador de uno de los sellos más exitosos en España… Solo a ti se te ocurre.

—Ya bueno. Le pedí a Lucille que lo dejase a un lado. Solicité el puesto para aportar mis conocimientos, mi trabajo y experiencia. Pero, desde abajo.

—Sí, sí, pero me puedo hacer una idea de lo que habrá pensado Jules.

—No le hizo gracia, la verdad. De igual modo que tampoco se la ha hecho que propusiese lanzar algunas novelas de tema navideño, ahora que se acercan estas fechas. Me dejó muy extrañado.

Sandra sonrió con cierta malicia al escuchar aquel comentario, y ver la expresión de preocupación de su hermano.

—Parece que tu compañera ha despertado un inusitado interés en ti —le propinó un ligero codazo muy revelador para acompañar esas palabras.

—¿Yo? Nada más lejos de la realidad.

—Pues lo que acabas de contarme…

—En plano laboral. No vayas a pensar que ella me interesa. ¿Quieres subir a casa y quedarte a cenar? —le hizo una señal con la mano hacia la avenida donde él vivía.

—Si ello va a servir para que te sinceres con respecto a tu compañera...

—No voy a caer en tus redes por mucho que pongas cara de niña inocente. No hay nada más, en serio. Solo me ha llamado la atención su comportamiento con respecto al tema de las novelas ambientadas en la Navidad.

—Es posible que haya tenido una mala experiencia en esas fechas. O que no le gusten por el barullo de gente que hay en las calles, en las tiendas… Ya me entiendes.

—Sí. No sé cómo serán aquí esos días, pero no creo que se diferencien demasiado de España.

—Puedo asegurarte que es una locura. Y eso que ya no son lo que eran porque ya no ponen el mercadillo navideño en los Campos Elíseos. Si no, podrías hacerte una idea.

—Ya me la puedo hacer.

—¿Se lo has preguntado? ¿Por qué no le gustan las historias de amor en Navidad?

—No se me ha pasado por la cabeza. Tal vez tenga una mala experiencia y preguntarle por ello no sea una buena idea. Por cierto, ¿tienes pensado hacer algo esos días?

—Pues como te imaginas, tendré una cena de empresa y demás. Pero en los dos días claves, no tengo nada que hacer. De manera que podemos quedar y pasarlos juntos.

—No es mal idea. ¿En tu casa o en la mía?

—Si me das a elegir prefiero la tuya. De ese modo no cocino.

—Tranquila que no voy a hacer nada. Pienso pedirlo a un servicio de catering.

—De acuerdo, ya hablamos cuando se vayan acercando esos días. Por lo pronto, trata de averiguar qué le pasa a tu compañera con esas fechas. Te servirá para no pensar solo en el trabajo. Y quién sabe… a lo mejor descubres que ella te atrae —le dejó caer guiñándole un ojo con complicidad.

—¿Por quién me tomas? Oh, no, no… Gracias. No quiero fijarme en ninguna mujer. Ni crearme falsas expectativas. No estoy dispuesto a pasar por lo mismo otra vez —le aseguró sacudiendo la cabeza, convencido de ello.

—Tú verás. Pero, yo creo que no tiene que sucederte siempre lo mismo. En fin, voy a coger el metro.

—En serio, ¿no quieres quedarte en casa?

—Prometo hacerlo en fin de semana. Mira, el de Navidad. Me quedaré a dormir ya que no hay que trabajar al día siguiente. Siempre que no tengas planes —movió las cejas con toda intención y sonrió con picardía.

—Hecho. Te reservo la habitación que tengo libre.

—Repito que si no tienes otros planes… —le susurró acercándose a él para darle un beso de despedida en la mejilla e irse entre risas.

—Nunca cambiarás. ¿Planes? Si estos incluyen compañía femenina, la única que pienso aceptar es la tuya. Y porque eres mi hermana —le aseguró mientras su aliento se convertía en una nube de vapor, lo que le indicaba que la temperatura comenzaba a bajar en la ciudad, y que estaría mejor en su casa.

—De acuerdo. Hablamos.

Él se limitó a asentir esta vez. No tenía pensado invitar a ninguna mujer a su casa. Estaba escaldado después de la última experiencia. ¿Quién le podía asegurar que volviesen a dejarlo plantado? Nadie, se dijo sonriendo con autosuficiencia entrando en el portal.

Capítulo ocho

Roberto seguía absorbido por uno de los dos manuscritos de temática navideña, que la editorial quería lanzar. No le había insistido a Jules para que le echase una mano, en parte porque

ella no parecía muy fan de las fiestas, y también porque la idea se le había ocurrido a él y no quería cargarla con más trabajo. Ya habían subido el listón publicando cuatro novelas al mes como él también había propuesto, y Lucille había aceptado. Estaba acostumbrado a trabajar de forma intensa para lograr su objetivo: situar a las novelas románticas del sello Charme como un referente de la literatura para mujeres en Francia.

Era sábado por la tarde. Había decidido quedarse en casa. Además, la forma de narrar de aquella autora lo tenía atrapado. Tanto, que ni si quiera pareció darse cuenta de que estaban llamando a timbre, hasta que este pareció volverse persistente. Echó un vistazo al reloj con el ceño fruncido y sacudió la cabeza. No esperaba a nadie. Ni si quiera a su hermana, que no lo había avisado que se pasaría. Pero, conociéndola… No le extrañaría lo más mínimo que fuese ella. Sin embargo, se quedó clavado junto al interfono cuando vio la imagen de Jules en la pantalla. Abrió sin decir una sola palabra. ¿Qué hacía ella allí un sábado por la tarde? Si se trataba de una cuestión de trabajo podía haberlo llamado para consultárselo. O haber esperado al lunes, excepto que se tratase de algo urgente. Abrió la puerta y aguardó a que ella apareciese en el rellano.

El ascensor se detuvo en su piso y la puerta se abrió. El detector de movimiento encendió la luz y allí estaba ella; como si fuese una aparición inesperada. A él se le secó la boca al verla, de igual modo que experimentaba una sacudida de nervios en todo su cuerpo. Verla acercarse a él lo ponía a prueba. Llevaba el pelo suelto y rizado cayendo sobre sus hombros de una manera desordenada; rizos aquí y allí. Una cazadora vaquera y un vestido que delineaba sus curvas. Por favor… ¿Por qué su compañera de trabajo tenía que ser tan sensual? Se preguntó en el momento en el que ella estuvo a su altura.

—¿Qué haces aquí un sábado por la tarde? ¿No habrás venido a que hablemos de trabajo? —le preguntó apartándose de su camino para dejarla pasar junto a su particular perfume, que en ocasiones se había impregnado en su propia ropa.

—Estaba dando una vuelta por aquí cerca, y se me ocurrió ver si estabas.

Él cerró la puerta y se fijó en ella avanzando hacia el amplio salón a medio iluminar. El crujido de las pisadas de sus botas sobre la madera era lo único que él lograba escuchar. De repente, se volvió hacia él para quedarse contemplándolo con curiosidad.

—¿Molesto? ¿Ibas a salir o tal vez esperabas a alguien? No me gustaría… —Se calló cuando lo vio sacudir la cabeza.

—Estaba con una de las novelas que pretendemos lanzar para Navidad.

—Oh… Trabajando.

—Siéntate dónde más te guste. Dame la cazadora —extendió el brazo hacia ella esperando no tocarla, pero ella se hizo un lio con las mangas y él tuvo que sujetarla por un brazo —. Espera que te has liado con la mochila.

—La verdad es que son cómodas porque entra de todo, pero en ocasiones son algo coñazo, sobre todo en casos así.

—Tranquila. No es para tanto —le dijo tratando de no centrar su atención en como al moverse el vestido se ceñía a sus pechos, a sus caderas o a su trasero.

—Por fin —se colocó el vestido ante la curiosa mirada de él, que le provocó un ligero acelerón de sus pulsaciones.

—¿Quieres tomar algo?

—Un café me vendría bien, ya que hace algo de frío en la calle.

—Es una de cuestiones por las que he decidido quedarme en casa. Ponte cómoda mientras te lo traigo —le indicó señalando el sofá de dos piezas en el que él había dejado la

Tablet, o los otros dos sillones individuales de color azul Prusia.

—Vale. Pero prefiero cotillear un poco los libros que tienes —le aseguró apuntando a estos con un dedo mientras le sonreía con picardía.

—No te cortes.

Ella lo vio desaparecer en la cocina y por unos segundos no fue capaz de moverse. Jadeó y sonrió pensando en qué razón la había llevado hasta allí: ¿aclararle por qué le estaba tocando hacer el trabajo de las novelas navideñas a él solo? Fue lo primero que se le vino a la mente. Decidió centrarse en los títulos de los libros, que él tenía, y le llamó la atención que casi todo fuese novela negra. ¿No leía romance? ¿Era de esa clase de personas que no querían llevarse más trabajo a casa? Le bastaría con leer los manuscritos que llegaban a la editorial. Escuchó pasos acercándose y al desviar la mirada la librería hacia este sonido, lo vio con una bandeja en las manos.

—¿Dónde quieres sentarte?

—Da igual, siempre y que no te quite tu sitio.

—Está bien —le dejó la bandeja sobre la mesa baja delante del sillón individual: frente a él. De ese modo la mesa serviría de barrera entre los dos. Tenerla en su casa y tan cerca… Decidió desviar sus pensamientos de los que la tenían a ella como sujeto principal—. En serio, ¿qué te ha hecho pasarte por aquí? ¿No será por trabajo?

Ella se humedeció los labios y asintió. Le habría agradecido que dispusiese la bandeja en el sillón apartado de él, pero hacerlo implicaría que quería estar cerca. Tenía la impresión de que eran como dos jugadores de ajedrez, estudiando sus movimientos. Como si intuyesen que sucedía algo allí. Se demoró un poco vertiendo la leche en la taza y luego tomó un sorbito.

—No te he puesto azúcar porque lo tomas sin esta a diario.

El comentario de él la hizo sonreír.

—Me queda claro que pones atención a algo más que al trabajo.

—Es un detalle sin importancia saber cómo toma el café mi compañera de trabajo. Y que llega a la oficina un cuarto de hora después que yo —añadió viéndola abrir la boca como si estuviese escandalizada.

—Más bien deberías decir que eres tú el que llega el primero porque te apetece, porque te despiertas pronto o porque eres una especie de adicto al trabajo. Yo siempre llego a mi hora —le recalcó con una mirada fija y un tono de voz serio—. ¿Algo más que quieras añadir en lo que a mí respecta?

—Tienes razón. Siempre me gustaba llegar el primero a la oficina. No, no añadiré nada más. Por el momento —asintió con una mirada cargada de expectación hacia ella.

—¿Llegas el primero para ver quién lo hace después?

Roberto se vio obligado a coger aire, recostarse en el sofá y cruzar una pierna sobre la otra en su intento por tratar de relajarse. Fijarse en como ella fruncía los labios en un mohín tentador, y arqueaba una ceja al mismo tiempo elevaba su deseo por besarla.

—Nada más lejos de la realidad. Pero, nos estamos desviando del tema que te ha traído a mi casa.

Ella apretó los labios y asintió. Se recostó contra el respaldo, imitándolo, y posó ambas manos sobre los brazos del sofá.

—Está bien, quería pedirte disculpas, en cierto modo, porque te estás encargando tú solo de las dos novelas de tema navideño. Me he hecho la desentendida y lo siento.

—No tiene sentido que lo hagas. Entiendo que no te gusten esas fechas, y a mí no me importa encargarme de las dos novedades que saldrán en esas fechas. Yo fui quien lo sugirió y

quien se ofreció a trabajar los manuscritos. ¿En serio has venido para eso? Podrías habérmelo dicho en la oficina —entornó su mirada sin terminar de creer que esa fuese la verdadera razón. Pero, tampoco aceptaría que su visita fuese algo relacionado con ellos. Algo que su hermana le había comentado el otro día acerca de quedarse a dormir en su casa si no estaba acompañado. No. No. No había nada de índole sexual en la visita de ella.

—Sí… Y también para contarte por qué no me gustan.

—Supongo que se debe a la vorágine de compras, al consumismo, a que toda la gente se echa a la calle en esos días como si fuesen los últimos del año, echar de menos a los que ya no están… Por citarte algunos ejemplos, ¿no?

—No del todo —percibió el interés en la mirada de él.

Él se había inclinado hacia delante dispuesto a escucharla. Tenía la ligera impresión de que ella quería sincerarse con él. Ese era el auténtico motivo por el que se encontraba allí en su piso.

—Bueno, si hay algo que quieras contarme

—Mi ex me plantó los días previos a Navidad. Había planeado escaparnos los dos solos a un hotel en la Alsacia. El mismo tío que decía que yo le dedicaba más tiempo a mi trabajo que a nuestra relación. Comenzó a decirme que no le gustaban las navidades por todo eso que has citado. ¿Lo entiendes?

—Sí —No dejó de observarla mientras él cogía la taza de café y se la llevaba a los labios para beber.

—Después, me enteré por una de mis hermanas que lo había visto en compañía de otra chica en actitud más bien cariñosa.

—Ya —él chasqueó la lengua y asintió. Juntó sus manos en alto y la posó sobre sus propios labios en actitud pensativa—. Puedo hacerme la idea de cómo te sentiste.

—Ni te lo imaginas —ella puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza—. No se trataba de una cuestión de pasar juntos el tiempo, sino de que ya no tenía interés en pasarlo conmigo.

—Por ese motivo no te gustan las fiestas navideñas. Porque todo sucedió en esas fechas. Tus recuerdos son dolorosos.

—Se me quitaron las ganas de celebrarlas y de tener pareja.

—¿En serio? —él parpadeó en repetidas ocasiones y la miró como si acabase de insultarlo.

—Sí.

—Me refiero a lo último. ¿No sales con nadie?

—No. No tengo ganas de que me la vuelvan a pegar. ¿Comprendes?

Él asintió con un sonido gutural entendiendo su postura porque a él le había sucedido algo parecido.

—Te entiendo perfectamente. Asocias los temas navideños con tu fiasco emocional.

—Si a ello le sumas que las historias que publicamos son perfectas y tienen un final feliz….

—¿Por este motivo no habíais publicado nunca una novela de tema navideño? —la pregunta fue más una afirmación dado lo que ella le había contado.

—No me siento identificada con estas. Pero, me sabe mal que te estés encargando tú de todo el trabajo.

—¿Y has venido hasta aquí para contármelo? —Era incapaz de creer en algo así, pero allí estaba ella.

—La verdad era que no encontraba la ocasión de hacerlo.

—Vale. Por mi parte no hay ningún problema en encargarme yo solo de revisar ambos manuscritos, hablar con la autora, pasárselos a Leonie o a Caroline para su corrección y maquetación. Tú, puedes encargarte de las novedades de enero o de febrero.

Ella lo observaba con atención mientras se explicaba. Sin duda que era un tipo genial, no porque le pareciese mal encargarse de las publicaciones de Navidad, sino por la manera en la que se lo había tomado. Con naturalidad. Porque la había escuchado, y la comprendía.

—En eso estoy metida.

—Entonces, supongo que tampoco te gustará la fiesta de la editorial para esos días.

Ella vaciló a la hora de responderle. Permaneció dubitativa unos segundos mientras la mirada de él la ponía nerviosa.

—No creas. Me gusta estar con los compañeros, amigos y tomar algo.

—Y hablar de trabajo, por supuesto.

—Sí, claro. Es algo indispensable esa noche…

Durante unos segundos ninguno de los dos dijo una palabra, sino que se limitaron a observarse. De buena gana él la cogería de las manos y la atraería hacia él. La sentaría sobre sus piernas y deslizaría sus manos por debajo de la tela de su vestido deseando ser testigo de cómo se agitaría su respiración.

—Ya que has venido y dadas las horas… ¿Quieres quedarte a cenar? De ese modo podemos seguir hablando de todo un poco.

La pregunta pilló a Jules por sorpresa, como era de esperar. Él le parecía esperanzado porque respondiese que <<sí>> Que le apetecía quedarse un rato más. Y ella, mientras, sentía un hormigueo incesante subiendo por las piernas y extendiéndose por todo su cuerpo con pasmosa facilidad. Tragó el nudo que le impedía darle una respuesta. Se dio cuenta que se demoraba en su respuesta, lo que hizo que él dijese algo.

—No es una obligación, ni nada por el estilo.

—Lo sé.

—Si prefieres marcharte lo entenderé.

Ella sonrió algo nerviosa, colocándose el pelo tras la oreja con disimulo.

—¿No crees que es un poco abusivo por mi parte? Me he plantado en tu casa a media tarde, y sin avisarte. Te he quitado de trabajar en algo que debería estar haciendo yo, y ahora vas y me pides que me quede a cenar… —ella permanecía con los labios entreabiertos tomando el aire, que parecía estarle faltando ante semejante situación. No era el plan inicial que tenía, pero sincerarse con él le había producido un bienestar que no tenía desde hacía tiempo. No había vuelto a hablar de lo que le sucedió las pasadas navidades.

—Si te estoy preguntando si quieres quedarte, es porque no te tengo en cuenta todo lo que acabas de decir —sacudió la cabeza experimentando el deseo por cerrarle la boca apoderándose de aquellos labios tan tentadores. Pero cayó en la cuenta que ambos habían pasado por la misma situación sentimental, y no andaban buscando una nueva aventura. O eso le parecía a él.

—En ese caso… ¿Puedo echarte una mano?

—¿Sabes hacer una tortilla de patatas?

—No, no —sacudió la cabeza con gesto contrariado.

—Bueno, supongo que podrás echarme una mano pelando patatas. Vas a probar la tortilla clásica de España.

Lo vio levantarse y caminar hacia la cocina. De repente, él giró la cabeza buscándola con la mirada a ver si lo seguía. Ella no lo dudó y de inmediato lo hizo con una sensación de calidez

y regocijo en su interior. A cada minuto que pasaban juntos comprendía que podían llegar a ser buenos amigos, a parte de compañeros. Era consciente de que con él no tenía nada que temer porque ninguno buscaba una pareja,

Pocos minutos después ella permanecía al lado de él pelando patatas.

—Ahora, hazlas finas, así —le cogió con delicadeza la que ella tenía entre sus dedos. Sintió la suave caricia de los dedos de él sobre los suyos. Ella no perdió detalle de la manera en la que cortaba las finas rodajas—. Es sencillo.

Levantaron las miradas al mismo tiempo para quedarse mirándose de manera fija unos segundos.

—Sin problema. No te preocupes.

—Lo dejo en tus manos. Iré picando algo de cebolla. ¿No serás alérgica?

Ella sacudió la cabeza incapaz de responder en esta ocasión, porque tenía la impresión de que estaba en una de las historias, que estaba acostumbrada a leer. Solo que aquello no era una ficción, ni tampoco acabarían juntos como los protagonistas de esas historias. De manera que se relajó pensando que entre ellos no sucedería nada.

—¿Echas de menos España?

Él sacudió la cabeza.

—De momento, no. Allí no me queda nada.

—Pero, cocinas… —aquella respuesta de él la había dejado sin capacidad de reacción. ¿Qué quería decir con aquel comentario tan directo que había hecho?

—Me gusta la cocina francesa, por supuesto. Me acostumbré a esta cuando vivía aquí siendo un estudiante. Pero, deja que te diga que como la española… —sonrió con cierta autosuficiencia lo que encendió a su compañera de cocina.

—No lo sé no la he probado, aunque he oído hablar maravillas. Sin embargo, deja que te diga que la cocina francesa es top —desvió su atención a la patata que estaba haciendo rodajas.

—Espera a comer mi tortilla. No podrás decir que no es deliciosa —pasó por detrás de ella rozándola sin querer con la pierna. No pretendía que entre ellos dos surgiese el deseo y que acabasen arrancándose la ropa hasta quedar desnudos.

—Es la primera que como, de manera que no puedo compararla con otra.

—Lo sé, pero tú espera…

Sonrió al ver el movimiento de sus cejas hacia ella. Como una promesa que no podría eludir.

—La otra noche dijiste que no regresarías a tu país. Es por eso por lo que aseguras que no te queda nada allí, ni que lo echas de menos —hizo el comentario sin mirarlo, de una manera tranquila y que pareciese que se lo decía para hablar de algo, y no porque en verdad estuviese interesada en ello.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Por si tengo pensado regresar y dejarte sola? Sé que supondría más trabajo para ti, incluidas las historias de Navidad —ironizó sonriendo divertido apoyándose contra la encimera en una pose relajada. Tenía la mirada entornada hacia ella, observando como hacía una ligera mueca cada vez que cortaba una rodaja de patata. Se fijó en el perfil que le mostraba, en la línea recta de su nariz, en sus labios que ella mordisqueaba o humedecía de manera casi imperceptible. Siguió bajando con su mirada como si la estuviese acariciando hasta delinear la curva pronunciada de sus pechos debido a que la tela de su vestido se ajustaba a estos. No espera que ella volviese el rostro, y que pareciese que se sobresaltaba al darse cuenta de que él estaba allí, observándola de la misma manera que lo haría con un cuadro o una escultura en un museo. Con dedicación, como si la estuviese acariciando con la mirada.

Jules experimentó un torbellino de emociones en su cuerpo. Sonrió tímida y entreabrió sus labios para coger aire. Allí estaba él; con un toque atractivo, que a ella le hizo sonreír. Decidió pasar al ataque diciéndose que era la mejor manera para no experimentar aquella comezón que parecía devorar su cuerpo. Terminó de cortar con las rodajas y dejó el cuchillo sobre la encimera. Luego, se volvió hacia él desafiándolo.

—Para tu información, Charme ya existía antes de tu llegada. Y seguirá haciéndolo si tú decidieses regresar a España. Y en cuanto a las historias de amor en Navidad… Las leería sin ningún problema. Que te quede claro —le espetó apuntándolo con un dedo. Asintió satisfecha porque había conseguido remitir el cosquilleo en su cuerpo.

Él no apartó la mirada de aquella atractiva y dulce francesa, conteniéndose para no cogerla por los brazos para sentarla sobre la encimera, posar sus manos a ambos lados de ella, y besarla como se merecía. En cambio, se limitó a reírse y sacudir la cabeza.

—Eres increíble.

Ella parpadeó y se vio obligada a dar un paso atrás, confusa.

—¿Por qué lo dices?

Se inclinó sobre ella de una manera peligrosa para ambos. No tenía a intención de besarla. Su fragancia lo hizo prisionero una vez más.

Ella no se echó atrás cuando lo vio acercarse más y más. Estaba convencida de que no iba a besarla en ese momento, ni en otro. Podía confiar en él porque no se atrevería a cruzar la línea roja que ella tenía trazada desde lo de Alain. Pero, ¿podría estar igual de segura de ella?

—Lo digo por tu reacción. Me ha dado la impresión de que te has picado.

—Eso te crees. Que me he picado. Lo que he hecho ha sido dejarte clara la situación si te diese por irte.

Ambos seguían manteniendo la mirada fija en el otro, retándose a ver cuál de los dos la apartaba.

—Dependerá de ti, ¿no?

—¿De mí? —Jules frunció el ceño.

—Te recuerdo que dije que estaba dispuesto a irme si no pasaba el período de prueba. Supongo que tú tendrás que decir algo, ya que al fin y al cabo trabajamos juntos en el mismo departamento. Tendré que andar con pies de plomo, no vaya a ser que tu informe sea desfavorable y tenga que irme.

Ella abrió la boca para rebatirlo y vio que regresaba a su tarea de preparar la cena dejándola con la palabra. Se fijó en su mueca socarrona y no vaciló en agarrarlo por el brazo para volverlo hacia ella. Sin embargo, no calculó que la distancia entre ellos había desaparecido y que sus cuerpos estaban pegados. Ella seguía aferrada al brazo de él con la mirada levantada hacia su rostro. En ese instante, él había cambiado su mueca socarrona por una más seria, que la obligó a tragar. Se humedeció los labios y tuvo la impresión de que en ese momento él la besaría. Y no entendía por qué deseaba en cierto modo que lo hiciese.

Roberto iba a acariciarle el rostro, a enmarcarlo entre sus manos y besarla, sin embargo, pensó en el motivo por el que se marchó de España. No quería que le volviese a suceder lo mismo. Se apartó de ella con la disculpa de seguir con su cena.

Jules creía que estaba rendida ante él en ese momento. Su cuerpo y voluntad parecían ir por caminos diferentes. No podía ceder de una manera tan fácil. Así, de buenas a primeras. No sabía qué había entre ellos, pero quedaba claro que existía una corriente, una atracción más que evidente, que ninguno podía negar.

—No tengo intención de marcharme de la editorial. No, salvo que tú quieras que lo haga

—le susurró convencido de que ella tampoco lo deseaba. Aguantó unos segundos allí, con el rostro cerca del de ella esperando su reacción. Entendía que se mostrase recelosa de las relaciones después de lo sucedido con el tal Alain. Por eso mismo, asintió y con una férrea fuerza de voluntad arrojó su deseo de besarla al rincón más apartado de su mente—. Creo que deberíamos seguir con la cena o no probarás mi tortilla española.

Ella no podía creer que él le saliese con ese comentario en el justo momento en el que creía que la besaría. Pero verlo dar un paso atrás le confirmó lo que ya sabía: no cruzaría la línea. Y en parte se lo agradecía. Era mejor dejarlo estar así y no hacer preguntas.

Durante minutos siguieron preparando la cena en silencio hasta que llegó el momento de ponerse a cenar. Ambos agradecieron la compañía del otro, acostumbrados a hacerlo solos. Sin duda que la visita de ella había sido de las mejores ideas que ella había tenido. Jules se sentía cómoda, a gusto y se alegró por haber cometido la locura de pasar a verlo esa tarde.

—Venga pruébala y dime qué opinas —le instó él cuando estuvieron sentados a la mesa del salón.

—Voy, voy. No me presiones.

La observó coger un trozo y llevárselo a la boca. Vio cómo le cambiaba el gesto en el momento en el que comenzó a masticar. Emitió un sonido gutural que mostraba su sorpresa y su satisfacción.

—Está buenísima.

—Ya te lo advertí. Sírvete el pedazo que quieras.

Jules no vaciló un instante y siguió su consejo. No pensó en la escena vivida en la cocina, cuando se quedaron contemplándose uno en la mirada del otro, preguntándose si alguno daría el siguiente paso. Al final, ninguno lo había hecho. Ella no estaba preparada todavía porque no quería que lo de Alain le volviese a suceder. Quería tener unas navidades tranquilas e imaginaba que eso mismo pensaría él. No quería comprometerse en una relación con su compañera de trabajo; algo que ella entendía muy bien porque después podrían surgir los roces, y se podía deteriorar la relación profesional. Se sentía satisfecha porque había logrado salir airosa de una situación algo comprometida.

Acordaron no tocar el tema del trabajo durante la cena, y se centraron en hablar de sus gustos en determinadas áreas. Sus hobbies, lo que les gustaba hacer en su tiempo libre. Hablaron de París y él le habló de cómo había cambiado esta dese que él llegó con dieciocho años. Sin darse cuenta se iban conociendo, iban desnudándose interiormente ante el otro. Esto ayudaría a conectar mejor en el trabajo. Rieron de manera abierta, se miraron de manera fija en algún momento, en otros lo hicieron de una manera algo más íntima. Y cuando la velada terminó él sintió la tentación de pedirle que se quedase más tiempo e incluso que se podía quedar a dormir porque había habitaciones de sobra en el piso. Pero ello supondría un compromiso para ella, y toda una tentación para él. Tenerla durmiendo allí sería una prueba de fuego en el que de momento no buscaba quemarse

—Puedo pedirte un taxi… Si no quieres caminar sola a estas horas.

—Nada de eso. No.

—O bien puedo acompañarte a tu casa.

—¿Y salir a estas horas? —lo recorrió con la mirada haciéndole ver que no estaba vestido para ello—. ¡Estás loco!

—¿Qué importa? Puedo ponerme unas deportivas y mi abrigo en lo que tú coges tu bolso y se preparas para irte.

Ella le puso la mano en el pecho, lo que le dio la ocasión de notar sus latidos. Sacudió la

cabeza sonriendo agradecida por su ofrecimiento. Y aunque le diese pereza marcharse a su propia casa, era lo más conveniente para ambos. No quería caer en la tentación de pasar la noche con él y olvidarse de la promesa que se hizo cuando rompió con Alain.

—Agradezco tu caballerosidad, pero no voy a obligarte a salir a estas horas.

—Entonces, quédate —dio un paso adelante movido por una fuerza desconocida.

—¿Cómo…? ¿Qué me quede a pasar la noche…? —abrió los ojos como platos y experimentó un repentino vacío en su estómago.

—Sobran habitaciones en la casa, y me sabe mal que te marches sola a estas horas.

Ella jadeó ahogando la risa. Apretó los labios hasta que desaparecieron y asintió.

—Ambos somos conscientes de que no es una buena idea. Pero te agradezco el detalle. En serio.

—Como quieras.

—Te veo el lunes en la oficina, y procura no llegar antes que yo, ¿querrás? —le pidió guiñándole un ojo con complicidad. Le gustaría rozarle los labios en un beso tímido a modo de despedida, pero estaba segura de que sería la chispa necesaria para encender la hoguera que crepitaba entre ambos.

—Lo tendré en cuenta.

—Gracias por las horas que me has regalado.

—El agradecimiento es mutuo. De no haberte presentado, a estas horas seguiría centrado en el manuscrito, olvidándome de cenar.

Ella no dijo más. Solo asintió y abrió la puerta para salir al descansillo bajo la atenta mirada de Roberto. Permanecía en el umbral de la puerta observándola esperar el ascensor.

—Te veo el lunes —le dijo antes de desaparecer en el interior de este.

Él no dijo más. Se limitó a asentir y a cerrar la puerta de la casa volviendo al interior. Le quedaba la ligera sensación de que ella podría haberse quedado, pero había pesado más la atracción que había entre ellos. Quedarse podría haber supuesto una situación que después uno o los dos podrían cuestionarse.

Jules salió a la calle con la respiración contenida. Cerró los ojos y vació sus pulmones. Por un segundo creyó que podría haber sucumbido a la invitación de él. Pero quedarse en su casa, como él le había sugerido, habría sido como llamar a las puertas del infierno y esperar que no te abriese el mismo diablo. No, no y no, se repetía emprendiendo el camino hacia la boca de metro más cercana. Prefería enfrentarse a la pereza de dejar la casa a esas horas, que a quedarse y ceder a la tentación.

Capítulo nueve

Jules estaba algo descentrada desde la otra tarde en casa de Roberto. Algo en su interior parecía haberse desajustado porque no era la misma. Se encontraba algo más lenta en la toma de decisiones, lo que había llamado la atención no solo de Lucille, sino del propio Roberto. Este pensaba que era porque las fiestas navideñas se acercaban y como ella le había comentado, no le traían recuerdos agradables. Por otra parte, Lucille había enviado un correo a todos para informarles y saber quiénes estaban dispuestos a asistir. Él ya había respondido diciendo que asistiría.

—Pues esto, ya está —dijo dando unas ligeras palmadas a la mesa con satisfacción.

—¿Te refieres a las novelas que saldrán en Navidades?

La pregunta de Jules lo obligó a desviar su atención hacia esta, quien se había quedado contemplándolo.

—Sí. Voy a pasarle los textos a las chicas de corrección para que los tengan lo antes posible. Caroline ya está trabajando con la portada de acuerdo con la petición de la autora. Y según me dijo Lucille, el contrato de edición está firmado. De manera que, esta primera novela estará cerrada en un par de días.

—Te has aplicado a fondo por mi dejadez.

—No es verdad. Lo hago con cualquier manuscrito que quieras que revise. Ya lo sabes. Por cierto, hablando de estas fechas, ¿asistirás a la cena de la editorial? —bajó la mirada hacia el móvil para leer el mensaje de su hermana. Le preguntaba qué le parecía si se veían para tomar un café.

—Sí —Él levantó la mirada de la pantalla y giró la cabeza como un resorte expresando sorpresa, lo que hizo que Jules diese un respingo—. ¿Por qué me miras extrañado? ¿Es por qué te he dicho que iré?

—Nada de eso. Recuerdo que la otra noche me aseguraste que vendrías porque no tenía nada que ver con lo que le sucedió a tu relación.

—Cierto. Estas fechas no me gustan por los recuerdos que me traen, pero ello no quita que no me guste ir a cenar y tomar algo con mis compañeros. No a una cita —arqueó una ceja y su rostro se contrajo en una mueca de claro rechazo a esa perspectiva.

—Entiendo que no estás dispuesta a abrir la puerta.

—¿Qué puerta? Oye, estás un poco rarito….

—La puerta es una metáfora. Hablo de las relaciones en sentido figurativo.

—Pues ni puerta ni ventana. Mi soltería y yo nos compenetramos de maravilla. Que te quede claro.

—Me gustaría conocerla.

Ella volvió el rostro hacia él y puso los ojos en blanco.

—Creo que es fácil de conocer. De todas formas, estás algo rarito ¿no?

—Has hablado de tu soltería como si fuese una persona. Y yo te he seguido el juego, diciendo que me gustaría conocerla —rio divertido ante aquella ocurrencia de ella. Sin duda que era una mujer divertida, algo alocada, pero con las ideas muy claras.

Jules se detuvo y apoyó sus manos sobre la mesa, acercando su rostro un poco más al de él. Le había perdido el miedo a hacerlo porque era consciente de que entre ellos no surgiría nada.

—Estás un poco…

—¿Loco? Bueno, ¿qué le vamos a hacer?

Lo vio apagar el ordenador antes de levantarse de la silla, coger su abrigo y la bufanda.

Le quedaba claro que ya se marchaba.

—¿Ya es la hora?

—Son más de las cinco. He quedado a tomar algo con Sandra. Si te animas…

—No, gracias. Yo también he quedado con Sabine. Te veo mañana.

—Por supuesto. No vas a librarte tan fácilmente de mí —asintió sin dejar de mirarla, y dibujar una media sonrisa—. Todavía tengo tiempo para convencerte de que merezco la pena seguir aquí.

Jules permaneció en el sitio dejándose envolver por el calor que le había provocado aquellos gestos por parte de él. Su complicidad para seguirle el juego en el tema de la soltería. Ella mismo comenzó a sonreír como una adolescente cuando el chico que le gusta le presta atención. Y el sofoco repentino inundó su rostro obligándola a coger aire de manera acelerada. Solo se trataba de camaradería. Buen rollo entre compañeros. Nada más. Y no. No estaba dispuesta a permitir que se marchara de su lado. Era bueno. Muy bueno en lo suyo.

—Bueno, ¿qué me cuentas del trabajo? Ya llevas un tiempo en este… ¿Qué tal con Jules?

Roberto miró a su hermana por encima de la taza, que sujetaba con una mano después de haber tomado un trago de café. Ella sonreía divertida con una expresión pícara, apoyando el mentón sobre sus manos entrelazadas.

—Veo que no has cambiado. Sigues saltándote los preliminares ¿eh?

—Hay confianza. Para qué voy a andar con rodeos sobre la editorial y demás cuando lo que me interesa saber es qué tal te va con Jules. ¿Olvidas lo que te comenté el día que nos vio comer juntos? —arqueó las cejas a modo de aviso o recordatorio para su hermano—. ¿Ha habido avances?

Roberto resopló.

—No, no lo he olvidado. Ni los ha habido.

—En ese caso… ¿Te gustaría que los hubiese?

—Vale, ¿qué quieres escuchar? ¿Qué nos llevamos bien? ¿Qué hemos congeniado en el trabajo? ¿O qué el fin de semana pasado estuvo en mi casa y estuvimos cenando tortilla de patatas?

Aquella última cuestión pareció encender algún tipo de piloto en Sandra, quien varió la postura de inmediato. Permaneció con la mirada entornada hacia su hermano aguardando una explicación de eso último.

—¿Solo se quedó a cenar?

El tono sarcástico de su hermana le provocó las carcajadas a Roberto.

—¿Qué esperabas? ¿Qué también se quedase a dormir?

—Ya puestos…

—No. Decidió marcharse al poco tiempo de acabar la cena.

—¿Y puedo saber por qué no se quedó?

Roberto permaneció callado unos segundos, con su mirada algo perdida en la mesa a la que estaban sentados. Como si estuviese ausente, lo que no pasó desapercibido para Sandra.

—Qué pregunta la tuya. Porque entre nosotros dos no hay nada. Ni tampoco pretende que lo haya. ¿Satisfecha tu curiosidad? —abrió los ojos como platos y emitió un gruñido.

—Vale, lo que tú digas. Pero yo sé lo que vi la…

—Le rompieron el corazón las pasadas navidades. Su pareja se lio con otra en esas fechas dejándola tirada con su viaje a la Alsacia. Y eso que ella lo preparó para que pasasen juntos más

tiempo porque él le repetía que solo pensaba en la editorial. ¿Cómo lo ves? Por ese motivo está dolida y no pretende tener ninguna relación.

—Joder… Qué putada.

—De manera que, aunque quedemos a tomar un café o a cenar, o lo que sea… Entre nosotros dos no surgirá nada —aseguró sacudiendo la cabeza y agitando las manos delante de él.

—Y me lo dice un tío cuyo trabajo es editar novelas románticas, y en las que estas situaciones pueden darse, y por supuesto cambiar de la noche a la mañana. Como si le dieses la vuelta a una tortilla —frivolizó con una sonrisa cínica—. Vamos, ¿de dónde te has caído, hermanito?

—Tú estás hablando de ficción. De una historia que surge en la mente de una escritora o escritor, no de la vida real.

—Sabes ese dicho, que en muchos casos la realidad, supera la ficción. Pues recuérdalo cuando estés a solas con Jules, ¿querrás?

—De acuerdo, pero te repito que…

—¿Y tú qué piensas? O, mejor dicho, ¿qué sientes por Jules? Si la invitaste a cenar….

—Eh, eh, para el carro. Y no la invité a cenar.

—Es lo que has dicho.

—Lo hice, porque pasó por mi casa a explicarme por qué no editaban historias navideñas. Y por qué prefería que me encargase yo de las dos de este año. Fue idea mía publicar alguna que otra novela ambientada en Navidad.

—Entiendo que le trae malos recuerdos.

—Exacto. Y ya que se pasó a contármelo le ofrecí quedarse.

—Pero se largó. Sé sincero, ¿te habría gustado que se quedase a pasar la noche?

Su hermana lo observaba con los ojos entrecerrados, y mordiéndose el labio como si estuviese cavilando la respuesta que iba a darle.

—Sí. Lo admito. Me habría gustado.

—¿En qué sentido?

—En el que estás pensando, Sandra. Ya está. Lo he dicho.

—Guau. No esperaba que después de lo de Estefanía, pudieses volverte a fijar en una mujer. Pero. veo que la francesa ha despertado tu curiosidad.

—Es mi compañera en la editorial.

—¿Qué importa el calificativo que le des? —Sandra se encogió de hombros y frunció los labios—. La cuestión es que te ha llamado la atención, que te atrae…. ¡Coño, si acabas de decirme que te habría gustado que se quedase en tu casa el pasado fin de semana! ¿Volverás a intentarlo?

Roberto levantó la mirada de la taza vacía y sacudió convencido la cabeza.

—No voy a estropear la relación que tenemos por intentar acostarme con ella.

—¿Y si es ella la que te lo insinúa? —Sandra movió las cejas arriba y abajo con celeridad y toda intención.

La reacción de su hermano fue la de sacudir la cabeza.

—No va a pasar porque en el fondo los dos estamos desencantados con los sentimientos. Créeme. Que nuestro trabajo sea editar historias de amor no nos convierte en protagonistas de una.

—No estés tan seguro, ya te digo.

Roberto frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Ni por asomo —le reiteró una vez más. Había perdido la cuenta ya de las veces que lo

había negado. Y lo seguiría haciendo hasta que se convenciese del todo. Tendría que verla como a una amiga, una compañera con la que no podría haber nada sexual ni sentimental.

◆◆◆

—Espero veros a los dos esta noche en la cena —Lucille se dirigió a Roberto y a Jules mientras esta permanecía inclinada sobre la mesa de él, comentando algo acerca de la novela que lanzarían la semana próxima.

Ella se irguió y se volvió hacia Lucille.

—Sí claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Solo por corroborarlo.

—No hay problema —asintió él.

—¿Qué tal marchan las dos novelas de Navidad? Me gustaría lanzarlas esta misma semana —anunció con una mirada y un tono que dejaba claro que corrían prisa.

—Estamos ultimando los detalles finales —le dijo Jules para tranquilizar a su amiga y editora—. Podemos dejarlo cerrado mañana y pasárselas a Caroline para que las maquete y edite.

—Me dejáis más tranquila, ya que pensaba que sufriríamos algún retraso.

—No te preocupes. Mañana cuando llegue paso ambas novelas a maquetación —aseguró Roberto seguro de ello.

—De acuerdo. Nos vemos a las nueve. No lo olvidéis.

—Claro que no. Allí estaremos —le aseguró Jules antes de volver la atención a lo que Roberto y ella estaba haciendo—. Sigamos. Por cierto, ¿por qué le has dicho a Lucille que mañana, cuando llegues aquí se lo pasarás a Caroline?

—Porque es mi intención hacerlo. ¿A qué viene tu pregunta, y ese tono de curiosidad?

—A que si salimos esta noche y nos acostamos tarde… —las risas de él la obligaron a cerrar la boca de golpe.

—Ya sé por dónde vas. ¿Crees que voy a pasarme toda la noche de fiesta por ahí? —entornó su mirada hacia ella dirigiéndole una sonrisa algo pícara.

—Bueno, toda la noche… No sé qué perspectivas tienes, pero reconoce que acabaremos tarde.

—Lo sé. Pero no me preocupa. De todas formas, si nos centramos en terminarlo antes de irnos a casa, sin duda que todo será más sencillo. ¿No crees?

—Ah, sí claro. Será mejor centrarnos en terminarlo —Jules volvió a inclinarse sobre la mesa de él y centrar su atención en la pantalla del ordenador. No se dio cuenta de la mirada de reojo que le diría él, ni mucho menos de la mueca socarrona.

Jules no sabía qué ponerse para la cena. No quería arreglarse demasiado, pero tampoco quería ir muy informal. Un vestido sencillo y un abrigo para no coger frío. Tampoco pretendía llamar la atención de su compañero esa noche; que se quedase mirándola embobado. Además, pensaba volver a casa pronto para estar al día siguiente temprano en la oficina. Había trabajo que hacer y sentía curiosidad por ver si él aparecía a primera hora de la mañana, como le había asegurado. Claro que, conociéndolo, no lo dudaba. Si el sello que él creo había llegado tan alto en el panorama literario, había sido por algo. Su móvil comenzó a sonar en el salón obligándola a caminar hasta allí envuelta en su albornoz.

—¿Qué quieres Margot?

—Saber qué tal te marchan las cosas, y qué estás haciendo.

—Me pillas recién salida de la ducha. Estaba eligiendo un vestido para ponerme e ir a la cena de la editorial.

—Oh, de manera que tienes cena navideña…

—Sí. Espera que ponga el altavoz y de paso voy arreglándome.

—¿Y qué tal la ves? ¿Qué planes tienes?

Jules se detuvo a medio camino de su habitación y volvió la cabeza hacia el móvil. Frunció el ceño sin comprender la pregunta de su hermana mayor.

—Pues simples. Cenar, tomarme una copa y venirme a casa. Mañana curro y hay que entregar dos novelas a la gente de edición para que estén a la venta esta misma semana.

—Vaya, de manera que no puedes explayarte demasiado esta noche, si mañana trabajas.

—No sé a qué te refieres con eso de <<explayarme>>

—Mujer, pues pasártelo bien hasta entrada la madrugada.

—No hace falta que me quede hasta tan tarde. Sabes que no soy de trasnochar.

—¿Va tu compañero?

—Pues salvo que cambie de parecer en el último momento… Esta tarde cuando hemos abandonado las oficinas hemos quedado en vernos después. Así que…

—Esperas verlo en la cena.

—Acabo de decírtelo. ¿No me prestas atención o no me he explicado bien? —le preguntó en modo irónico.

—¿Y luego?

Jules frunció los labios en una mueca que dejaba clara su opinión sobre el comentario de su hermana. No le hacía ni pizca de gracia que le insinuase cosas que no venían a cuento. De manera que Jules optó por una explicación natural, desenfada sobre lo que sucedería.

—Cenaremos, charlaremos de trabajo, tomaremos alguna copa y cada uno a su casa —lo esperado en estos casos.

—Vaya.

—¿Qué esperas que suceda? No se te ocurra darme un sermón de esos que acostumbras. No tengo nada con él, ni espero tenerlo.

—No te estoy diciendo que te lo lleves a la cama, salvo que los dos estéis de acuerdo en esa opción.

—No hay ninguna opción con mi compañero. Punto y final. Voy a vestirme o llegaré tarde. Imagino que estarás trabajando con Vincenzo.

—Por supuesto. A ver si traes al español a comer aquí algún día. Invita la casa.

—Ja. Para que puedas divertirte a mi costa. Te lo agradezco, pero va a ser que no. Te conozco y sé que estarías más pendiente de él, que de preparar los platos.

—Como eres…

—Soy como soy. Y lo dicho, tengo que dejarte o llegaré tarde al restaurante.

—Está bien. Que te diviertas.

—De acuerdo.

—Hablamos ¿eh?

—Sí, descuida —Jules cortó comunicación y tras poner los ojos en blanco se dirigió a la habitación a seleccionar un vestido para esa noche. Sin embargo, los comentarios de Margot acerca de lo que podía suceder con Roberto detuvieron en seco su brazo delante del surtido de ropa de su armario. No iba a seducirlo, ni a llamar su atención. Nada que le hiciese pensar que ella podía estar interesada en él. No quería experimentar la misma sensación de la tarde en la que pasó a verlo por su casa, y que acabó quedándose a cenar. Y de milagro no lo hizo a dormir. No.

No. Ni hablar de experimentar ese vacío en el estómago parecido a cuando tenía hambre. De manera que se vestiría de manera simple. Además, no iba a buscando nada con ningún hombre; y menos un compañero del trabajo.

Capítulo diez

Roberto llegó al restaurante con el tiempo justo. Saludó de pasada a los allí presentes, sin reparar en Jules. Se había liado en su casa más de lo necesario, dándole vueltas al trabajo, que había quedado por hacer. Las dos novelas sobre la Navidad deberían estar por la mañana en manos de Caroline o Leonie para que las revisaran una última vez antes de editarlas. Con estas novedades darían por cerrado el presente año. Las de comienzos del nuevo, estaban en manos de Jules, lo cual no le preocupaba. Se detuvo buscando una silla vacía para sentarse cuando terminó con los saludos, y fue Lucille quien le señaló una que quedaba vacía junto a Jules. Sonrió primero al darse cuenta de la casualidad, y no vaciló en dirigirse a esta. Se sentó a su lado sin interrumpirla porque estaba hablando con otro colega de la editorial. Pero Jules notó que alguien se sentaba a su lado y se limitó a mover la cabeza hacia el ocupante.

Jules se limitó a sonreír y a asentir a modo de saludo y siguió conversando con Richard del departamento jurídico durante unos segundos.

Roberto, por su parte, saludó a Eugene y a Caroline, quien se sentaba frente a él y al lado de Leonie.

—¿Qué tal? Pensaba que no llegaba.

—Por un momento lo hemos estado comentando —le dijo Leonie mirando a su compañera para que esta lo corroborase.

—Sí, bueno… Me retrasé un poco terminando el trabajo. Pero, ya le dije a Lucille que contase conmigo. Mañana tengo que pasaros las dos novelas que saldrán antes de Navidad.

—Sí, ya nos lo comentó Jules —le dijo Leonie haciendo un gesto con el mentón a esta que terminaba de hablar con Richard.

—Dime, ¿qué sucede? —cogió la copa de vino para beber un trago.

—Le comentamos a Roberto que creíamos que no vendría.

Jules volvió el rostro hacia este con una sonrisa que podría fundir el mismo infierno, pensó él cuando se quedó mirándolo. Por primera vez se fijaba en ella esa noche. Sus ojos parecían ganar luminosidad mientras los dejaba fijos en él, y sus labios rojos, entreabiertos eran todo un reclamo. Recorrió su rostro, su cuello y el tímido escote de su vestido con la mirada instándolo a coger aire y a retenerlo en sus pulmones. Toda una deliciosa tentación, pensó desviando la atención de ella para no ser muy descarado.

—Ya les decía que me entretuve con el trabajo.

—Un poco más y todavía estamos allí cerrando el tema de las novedades de este mes, chicas —Jules se inclinó hacia delante sujetándolo por la muñeca en un gesto casual. De repente ella volvió a mirarlo con aquella expresión divertida y algo pícara—. ¿Verdad?

—Exageras.

Se contemplaron en silencio durante unos segundos, ajenos ambos a las miradas de atención de sus compañeras, y sus risitas por lo bajo. Y solo se apartaron, cuando apareció uno de los camareros para poner un plato de comida en medio. Roberto apretó los labios y movió sus cejas mirando a Caroline, cuya expresión captó la atención de él. ¿Por qué lo miraba con gesto risueño? ¿Qué trataba de decirle? Él, por su parte, prefirió centrarse en la cena, claro que iba a ser algo complicado si notaba la pierna de Jules rozando la suya sin ninguna intención, sino como algo fortuito.

—¿Qué haréis durante las Navidades, chicos?

La pregunta de Leonie los pilló a ambos comiendo, de manera que tardaron unos segundos en responder.

—Yo nada en especial. Margot nos invitará al restaurante como los años anteriores —resumió Jules encogiendo los hombros.

—¿Y tú? —Caroline miró a Roberto—. Supongo que te irás a España.

Jules dejó los cubiertos en el plato y lo miró con inusitada expectación por saber qué pensaba hacer. No habían hablado de ello. Y se debía a que él solo parecía tener el trabajo en mente. Claro que, ahora que li recordaba, su hermana vivía en París luego seguro que quedarían esos días. Él le había prometido que no iba a volver a su país.

—No tengo familia. Mi única hermana reside aquí.

—Cierto. Te vimos comer con ella, ¿verdad Jules? —le recordó Caroline.

—Ya lo creo —asintió ella pensando en que su hermana fuese una vieja amistad o un ligue de sus años universitarios.

—Quedaré con ella para pasar esos días, aunque en mi caso no soy de mucha celebración —matizó con la mano en alto como si quisiese dejar claro que las fiestas no iban mucho con ellos.

—Pero, supongo que te darás una vuelta por la ciudad para ver las luces navideñas. La zona del ayuntamiento, la decoración de las galerías Lafayette, y tal. O supongo que irás a las Tullerías a ver los puestos. Imagino que tu hermana los conocerá si lleva tiempo viviendo aquí.

—Puedo hacerme una idea. Sandra es demasiado navideña —ironizó consciente de que así era. A su hermana le gustaban esos días de ajetreo, compras, reuniones y demás.

—¿No te gustan esas fiestas? —Jules no recordaba haberlo escuchado hablar de estas.

—No me gustan las aglomeraciones de gente que hay esos días en todas partes. Ni si quiera puedes tomarte un café en paz.

—¿De verdad? ¿No serás la reencarnación del viejo Scrooge de *Cuento de Navidad*? —Jules se echó atrás para mirarlo desde cierta distancia, como si no estuviese hablando en serio. Lo vio asentir sin añadir nada más, para después inclinarse sobre ella y susurrarle algo.

—Te recuerdo que a ti tampoco parecen hacerte gracia —Se apartó de manera lenta de ella, a duras penas porque tener su cuello a escasos milímetros de sus labios era toda una prueba de fuego para él. La contempló de manera fija durante unos segundos que le parecieron eternos, pero gratificantes. Supo al instante que estaba siendo demasiado atrevido y confiado con su acercamiento.

Jules gimió cuando sintió el aliento de él sobre la piel; erizándola sin remisión y provocándole un escalofrío que se deslizó por su espalda hacia la parte en la que esta pierde su nombre. Contuvo la respiración cuando él se apartó. No podía moverse, ni tampoco sabía cómo reaccionar por temor a delatarse. De haber estado a solas, en otro lugar, habría instado a besarla y de ese modo aplacar el anhelo que él le había provocado. Lo dejó estar a duras penas y se centró en seguir la conversación.

—Estoy de acuerdo contigo en esas explicaciones. La verdad es que los fines de semana no hay quien ande por el centro de la ciudad —comentó en un intento por abstraerse de la sensación que él le había dejado en todo su cuerpo—. Si me disculpáis…

Cuando él se fijó en cómo el vestido resaltaba su cuerpo, tragó y se aferró a la silla.

—Espera. ¿Puedes pasar?

La mirada de ella fue bastante clara. Intentó que él no la rozase si quiera o complicaría todavía más las cosas. Necesitaba estar a solas un minuto para recuperar el control de su cuerpo. ¿Cómo narices era posible que se comportase de esa forma? Él solo se había acercado para recordarle su opinión sobre las navidades; y ella reaccionaba como si la estuviese acariciando desnuda.

Roberto permaneció con la atención fija en su copa, como si juguetease con el pie de esta. No se dio cuenta de cómo lo estaban mirando Caroline y Leonie: con complicidad. ¿Qué había entre ellos dos? Parecían estarse preguntando.

—¿Todo bien con Jules?

Roberto fruncía el ceño. Levantó la mirada hacia el rostro de Caroline.

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Por curiosidad, y porque percibimos que os habéis compenetrado muy bien en el trabajo.

—Tienes razón. Hemos congeniado bastante bien. Es fácil y muy gratificante trabajar con ella.

Las dos chicas sonrieron, abrieron los ojos como platos e incluso exclamaron algo.

—Se ve que os lleváis bien. Demasiado. Me atrevería a decir yo —precisó Leonie cogiendo la copa para beber sin quitarle el ojo de encima a él para ser testigo de sus gestos.

Este volvió a fruncir el ceño y se echó atrás contra el respaldo de la silla y así observar a las dos chicas. ¿Qué trataban de decirle? Aquel juego de miradas y aquel intercambio de sonrisas y gestos le daba que pensar. Por suerte para él, Jules regresó en ese momento, pero no se atrevió a mirarla para no darles más juego a Leonie y a Caroline. Decidió centrarse en la cena y olvidarse de la mujer que volvía a sentarse a su lado.

Jules se había refrescado y volvía a la mesa algo más tranquila y relajada. ¿Por qué la miraban y se sonreían Leonie y Caro? Se preguntó sin querer hacer ninguna apreciación, no fuese a ser que lo que escuchase la pusiera en un serio compromiso. De manera que lo dejó estar y prestó atención a Richard que le comentaba algo.

La calma se instaló en aquella zona de la mesa. Todos comenzaron a mezclar las navidades con el trabajo en las conversaciones. Lucille se acercó en un momento, lo que Roberto agradeció y mucho. Estar sentado al lado de Jules esa noche no era igual que hacerlo a diario en la editorial. No sabía si era cuestión de la ocasión o bien de lo atractiva que la encontraba con aquel vestido.

—¿Qué tal por aquí? Confío en que todo bien.

—Bien, bien —asintió Jules queriendo mostrarse cordial para que no le notase los nervios que Roberto le había provocado. La sensación de indefensión ante su presencia era algo que comenzaba a ser algo normal.

—Me alegro. Espero que no estéis hablando de trabajo. Esta noche está totalmente prohibido —miró con especial atención a Roberto, quien se dio por aludido mirando a su amiga con sorpresa y cierto malestar fingido.

—A mí no me mires —le aseguró mostrándole las palmas de sus manos.

—Me parece bien. Hablad de todo menos de trabajo, y divertiros. Luego os veo.

—Ya sabes, nada de hablar de trabajo —le recordó Jules a Roberto esgrimiendo un dedo ante él en clara señal de advertencia.

Este sonrió. Era consciente de que Leonie y Caroline lo estarían mirando con lupa por ver su reacción, pero no les daría pie a más suposiciones.

—Me ha quedado claro. Sigamos hablando de lo que haremos en Navidad, si os parece bien —paseó la mirada por los rostros de las tres mujeres, pero sin prestar atención exclusiva a Jules.

La cena avanzaba llegando a su fin y algunos de los asistentes comenzaron a sugerir algún local al que ir a tomarse una copa. Otros preferían continuar allí un rato más y después marcharse cada uno dónde más le apeteciese. Jules se había cambiado de asiento hacía un rato

cuando Lucille le hizo un gesto para que fuese a la silla que quedaba libre.

—Veo que te lo estás pasando bien, ¿eh?

—Bueno, para eso hemos venido, ¿no crees? —le recalcó Jules-

—¿Qué tal con él? —Lucille hizo un gesto con el mentón hacia Roberto, quien en ese instante se reía por algún comentario que había hecho Richard.

Jules se fijó en él, en su risa, en sus gestos y pareció perdida en su imagen. No fue consciente de la mirada que su amiga le dedicaba; ni tampoco de su sonrisa algo cínica. Sin embargo, cuando volvió su atención a esta, se vio obligada a dar un ligero sobresalto. Entornó su mirada con precaución hacia Lucille temiendo su respuesta.

—¿A qué viene esa sonrisita?

—Dímelo tú.

—¿Yo?

—¿Por qué te quedas embobada mirándolo? —le preguntó a Jules con el rostro apoyado en la palma de su mano y una expresión de <<te pillé>>

—No estoy mirándolo embobada. No sé de dónde te sacas eso. Bueno, sí lo sé… Lees demasiadas historias románticas, que, por otra parte, son ficción. Te lo recuerdo —la señaló como si la estuviese acusando de algo.

—Sí, sí. Será eso y no que os llevo observando toda la noche, y me he dado cuenta del juego de miraditas y gestos que os hacéis. De igual modo que en la oficina… Pero, oye, no te lo digo de mal rollo —posó su mano sobre el antebrazo de Jules y le dirigió una mirada de sinceridad.

—Lo sé. Eso no me preocupa.

—¿Entonces?

—Pues que me digas eso, que lo miro embobada y todo lo demás…—Era cierto que sentía una atracción por él, y curiosidad por conocerlo un poco más. Pero entonces, cuando pensaba en ello, surgían los fantasmas de las pasadas navidades, como si ella fuese el viejo Scrooge del cuento de Navidad.

—No entiendo por qué te molesta. En serio, ¿te gusta? Y te lo pregunto con total confianza. No por vacilarte —Lucille vio como Jules ponía sus ojos en blanco y resoplaba. Luego sonrió—. Me ha quedado claro. No hace falta que digas nada si no quieres.

Jules permaneció pensativa unos segundos intentando que su mirada no se centrase en él. No quería ser descarada porque tampoco pretendía que alguien más se diese cuenta de que Roberto le atraía.

—Es un buen tío. Y eso que me la jugó desde su llegada asegurando que no tenía ni idea de cómo trabajar la literatura para mujeres —recordó volviendo a poner sus ojos en blanco y sonreír con cierta picardía.

—Lo es. En eso coincido contigo. Y en cuanto a lo de hacer ver que no tenía ni idea de cómo gestionar un sello romántico, ya te comenté que él mismo me lo pidió como un favor personal. No quería llegar el primer día y que tú pensases que venía a quitarte tu puesto.

—Él me lo ha dejado claro.

—Pues ya puedes quedarte más tranquila al respecto.

—No, si por ese lado ya lo estoy.

—¿Y por el lado personal?

—Ahí no lo tengo tan claro.

—Pues tendrás que aclararte. Dime, ¿te ha insinuado algo? Me refiero a si crees que tú puedas atraerle.

Jules sonrió recordando la noche que cenaron en casa de él. Los gestos de afinidad, la propuesta de él para que se quedase a dormir, miradas, roces, caricias…

—Podría haber algo. No sé. Ya sabes que no soy muy buena interpretando las señales.

—Pues deberías poner algo más de atención, si se te ha pasado por la cabeza tener algo con él. Y si no, te aconsejo que no se las des —le guiñó un ojo en complicidad por lo que ella intuía después de verlos juntos.

—Tomaré nota de lo que dices.

—Bien, en ese caso, tal vez sea el momento de levantar el trasero de la silla e irnos marchando. Creo que lo tengo dormido —rio la editora.

—La verdad es que tienes razón. Vuelvo a mi sitio —le dijo sin querer fijarse en Roberto todavía, pero era imposible no hacerlo cuando él aparecía en su camino. Iba pensando en lo que Lucille le había comentado, y en si estaría interesado en él. No estaba segura al ciento por cien. Tal vez se le pasara por la cabeza la locura de tener una aventura y ver qué era lo que daba de sí. O solo pasar una noche con él, o nada de nada. Esta última cuestión parecía convencerla más. ¿Por qué debería fijarse en él después de lo que le pasó con Alain? Cierto que no iba a sucederle siempre lo mismo como le decían sus hermanas. Pero, ¿y si de repente él quería regresar a España? Esta situación podría darse. Estaba hecha un completo lío cuando llegó a su sitio, apartó la silla y se sentó bajo la atenta y escrutadora mirada de él.

No le dio tiempo a decirle nada porque Lucille estaba llamando la atención de todos para pedir que se marchasen. La gente del restaurante debía recoger y cerrar para marcharse a sus casas.

—Creo que seguiré el consejo de Lucille y yo también me retiraré a casa —anunció Roberto captando la atención de Jules en ese momento.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. No voy a estirar la noche hasta el amanecer y luego tener que ir a la oficina. Además, quiero dejar cerrado el asunto de las dos novelas de temática navideña. No quiero correr riesgos y que salgan después de esas fechas.

Ella lo miraba sin creer que estuviese diciéndolo en serio, pero a juzgar por su manera de contarlo, no le quedaba duda alguna.

—Deberías relajarte un poco y no pensar tanto en el trabajo —le dio unas palmaditas en el brazo y sonrió con cariño.

—¿Sabes cómo logré situar las novelas publicadas bajo mi sello en los primeros lugares de ventas en España?

Ella apretó los labios y asintió.

—Me hago una idea. No disfrutando mucho en tu tiempo libre.

Él le devolvió la sonrisa, pero no dijo más y se dirigió con el resto de compañeros a la salida del restaurante. Jules se quedó algo rezagada, hablando con Caro y Leonie sobre lo que tenían pensado hacer. Ambas chicas tenían la intención de seguir por ahí un poco más antes de regresar a sus casas. Jules se encontró de repente en una encrucijada porque una parte de ella quería seguir de fiesta con el resto, pero, por otra parte, se sentía decepcionada porque Roberto se marchase. Y pensaba en acompañarlo.

—No me puedo creer que te marches —le comentaba Lucille a este cuando se fue a despedir.

—Créeme que es lo mejor. Mañana quiero estar temprano en la oficina.

—Olvida el trabajo por unas horas. ¿Quieres? ¿Es que no has cambiado en todos estos años que hace que no nos vemos? Todavía recuerdo que eras el primero en regresar a tu piso de

estudiantes, a pesar de que los demás insistíamos en que te quedases un poco más.

—¿Y qué quieres que haga si es mi forma de ser? —se encogió de hombros con las manos metidas en los bolsillos y sin saber qué decir. Lo cierto era que quería estar a solas, apartado de Jules porque presentía que podría cometer una locura esa noche—. Una retirada a tiempo vale tanto como una victoria. Dentro de unos días me lo agradecerás cuando tengas publicadas las historias navideñas —le guiñó un ojo y la apuntó sabiendo que así sería—. Por cierto, tú tampoco has cambiado.

—Vale, vale. Creo que nos conocemos demasiado bien. En fin, no te insistiré que te vengas a tomar algo. Te veo mañana.

—Conforme —se despidió de ella y la observó alejarse con algunos compañeros de la editorial. Él permaneció en el sitio con las manos dentro de los bolsillos de su abrigo. Se había subido el cuello de este porque la temperatura estaba descendiendo. Alguien le tocó en el brazo captando su atención y al mirar se encontró con el rostro dulce y risueño de Jules. Sus mejillas y su nariz aparecían encendidas por el frío. Su sonrisa era de lo más sensual y se humedecía los labios antes de quedarse mordisqueándolos.

—¿No has cambiado de idea?

Percibió cierto anhelo en su voz, en el brillo casi mágico de sus ojos. Él sonrió ante aquella imagen de ella.

—No, de verdad. Se lo estaba explicando a Lucille.

—Vaya. No conocía esta faceta tuya.

—No sé a cuál te refieres.

—A que eres difícil de convencer para hacer lo contrario a lo que tienes pensado.

—Eso mismo me estaba recordando Lucille. Pero, si te quedas hablando conmigo, los perderás —le dijo haciendo un gesto con la cabeza hacia el grupo que avanzaba en dirección opuesta a la que tomaría él.

—No te preocupes. Basta con darles un toque al móvil para que me digan dónde están. De todas formas, van muy despacio. No los perderé de vista.

—Te veo mañana.

—Sin duda. Ya que esta noche no quieres que sigamos haciéndolo.

Aquellas palabras lo sacudieron en su interior dejándolo sin respiración por unos segundos. Intentó decirle algo, pero a lo más que llegó fue a emitir una especie de gemido.

—¿Tratas de hacerme sentir culpable?

—Puede. En fin, mejor te dejo que te marches a casa. No quiero ser la responsable de que mañana no llegues el primero a las oficinas de la editorial —ironizó moviendo las cejas con rapidez y gesticulando a modo de burla—. Nos vemos—le dio un apretón cariñoso en el brazo y le regaló una última mirada bastante enigmática.

Por un momento Roberto pensó en salir tras ella y no pensar en nada más que en disfrutar de su compañía por esa noche. Pero su cuerpo no parecía querer moverse de sitio, y se limitó a verla alejarse de él hasta perderse al girar la calle. No sabía qué demonios pensar. Si había sido un idiota por no seguir a su lado esa noche; o bien debía felicitarse porque en el fondo había hecho lo correcto. Jules le gustaba. No le importaría perderse en las genuinas curvas de su cuerpo desnudo. Besarla y acariciarla mientras la escuchaba gemir y ronronear como una gata. Solo que ese paso implicaba tomar ciertas decisiones para las que no creía estar preparado. Bajó la mirada al suelo y sacudió la cabeza antes de girarse para dirigirse a su casa.

Jules caminó a solas unos metros, hasta que dio con el grupo y se unió a este. Le habría gustado que él siguiese la noche con ellos, y al mismo tiempo ser ella la que diese el paso e irse

con él. Los dos solos, perdidos en la noche parisina. Sin prisas de ningún tipo. Sin preguntarse en ningún momento si lo que hacían era lo correcto. Harían lo que deseaban. Estaba convencida de ello. De haberse quedado a dormir en casa de él aquel sábado, habrían despertado en la misma cama abrazados bajo las sábanas.

—¿No has logrado convencerlo para que se venga? —fue lo primero que Caroline le preguntó, cuando Jules se unió a Leonie y a ella.

—Creo que en ocasiones es hablar con una pared, chicas. Cuando se le mete algo en la cabeza… —abrió los ojos como platos y apretó los labios sacudiendo la suya.

—Pues si no lo has conseguido tú —le aseguró Leonie con toda intención, sonriendo con picardía, lo cual paralizó a Jules.

—¿Qué tengo que ver yo? Me ha dicho que Lucille le había pedido lo mismo y tampoco. Y eso que ellos dos se conocen desde la universidad.

—Ya, pero a él no le interesa la jefa —precisó Caroline con la mirada entornada hacia Jules.

Esta sintió un ligero vacío en el estómago, así como una repentina corriente por todo su cuerpo que le erizó la piel.

—¿Qué quieres decir? Ya sé que nunca se han liado.

—Pero contigo es otra cosa —le soltó Leonie sin preocuparse por la reacción de su compañera.

—¿Conmigo? —quería dejar la conversación porque estaba yendo por unos derroteros que no le gustaban.

—¿De verdad no te has dado cuenta de cómo te mira en ocasiones? De como habla de ti. De sus gestos…

—Deberías haber visto como se fijaba en ti esta noche. La expresión de su rostro al verte cuando llegó al restaurante, chica —apuntó Caroline asintiendo convencida de que así era.

Aquellas explicaciones hicieron que Jules permaneciese con la boca abierta, ahogando las carcajadas. Prefería que la tomasen por ingenua a admitir la verdad.

—Me estáis vacilando, chicas.

—No es ningún vacile. Ambas lo hemos visto esta noche, bueno más bien ha corroborado lo que ya sospechábamos desde hace días —le confesó Leonie.

—De manera que ya puedes estar alerta. Es nuestro consejo como compañeras y amigas. Bueno, ¿qué me dices? ¿Te vienes?

Jules no sabía muy bien qué hacer después de aquellas revelaciones. Pero… ¿cómo era posible que la gente se fijase en ello? Primero Lucille, y ahora Leonie y Caroline. ¿Tan evidente resultaba que entre ellos había cierta química?

—Sí, sí. Claro que voy con vosotras —les aseguró consciente de que, si hubiese hecho lo contrario, levantaría más dudas con respecto a Roberto y ella. Y no era lo que quería.

Capítulo once

Roberto llegó a su casa después de dar un paseo por las animadas calles aledañas. Parecía que la gente de la editorial no era la única, que había decidido salir a celebrar la cena de Navidad esa noche. Cuando se despidió de Jules, tuvo la impresión de que no tenía prisa alguna por llegar a casa. Total, nadie lo estaba esperando. Tal vez había cometido un estúpido error al no permanecer con ella algo más de tiempo. Era fácil decirlo a toro pasado, pero, debería haberse quedado y ver lo que daba de sí la noche. No era plan llamarla para saber dónde estaban y presentarse como si nada. No, no. Eso sería patético. Quedaría como un completo idiota. Lo mejor que podía hacer era meterse en la cama y por la mañana ir temprano a la editorial, como había asegurado a unas y a otras. Solo faltaba que llegase tarde, se dijo con una sonrisa. Cerró la puerta tras él y permaneció en el salón un rato, sin saber qué hacer.

—Dijiste que no volverías a fijarte en una mujer. Y menos una de tu propio trabajo después de lo de Estefanía —daba la impresión de que alguien lo estaba esperando en su casa, y le estuviese recordando lo que se prometió en su día—. Joder —resopló dejándose caer sobre el sofá sin importarle estar todavía con el abrigo puesto.

Se sentía abatido. Se culpaba por haberse largado dejándola en compañía de los demás cuando una parte de él era lo que más deseaba esa noche: estar con ella. Y qué mejor excusa que la cena de empresa. ¡Nadie se habría fijado en que ellos dos pasaban juntos más tiempo! Eran lógico si los dos trabajaban en el mismo departamento, ¿no? Apoyó la cabeza contra el sofá con los ojos cerrados unos segundos en los que pareció que se quedaba dormido.

Jules decidió marcharse a casa cuando el cansancio o el desánimo se apoderó de ella por completo. Pero, no lo hizo sola, sino que Caro y Leonie se fueron con ella en un taxi que compartieron. Hablaron de trivialidades durante el trayecto a su casa. El coche se detuvo en frente al portal.

—Espere a que entre en el portal —le pidió Leonie al taxista.

—Sí, no hay problema. Si queréis bajaros y acompañarla, yo os espero.

—Perfecto. Denos cinco minutos.

Salieron del taxi y caminaron hasta el edificio donde vivía Jules.

—Mañana ya hablamos chicas.

—Por supuesto. Y nos contarás por qué te has quedado sin chispa de repente —le advirtió Caro moviendo sus cejas con toda intención.

—No sé a qué te refieres, pero mejor lo dejamos para mañana. Los zapatos me están matando. Gracias por acompañarme, pero no hacía falta.

—De acuerdo, mañana hablamos con un café —sugirió Leonie guiñándole un ojo.

—Tomo nota.

Entró en el portal y subió a su casa. No esperó si quiera a estar dentro de esta para descalzarse, sino que lo hizo en el rellano. Se sintió aliviada cuando por fin sus pies se vieron libres. Entró en casa con ellos en la mano. Caminó hacia la habitación donde los dejó y se sentó sobre la cama. En el momento en el que se sintió que el dolor de pies desparecía, comenzó a darle vueltas en la cabeza al comentario de Caroline sobre que ella había perdido la chispa esa noche. ¿A qué se había referido? Se dejó caer en la cama y cerró los ojos ronroneando por lo a gusto que se encontraba en ese momento. Se relajó hasta el punto de permitir que la imagen de Roberto inundase su mente. Entonces sintió una corriente por todo su cuerpo que le erizó la piel obligándola a abrir los ojos y a incorporarse quedando apoyada sobre los codos. ¿A qué venía pensar en él en ese momento? Eran casi las dos de la madrugada y al día siguiente tenía que ir a

la editorial. De manera que mejor dejar de pensar en su compañero. Pero no pudo evitar acordarse de este y de como lo había echado en falta en algún momento de esa noche. Le habría gustado que él no se hubiese marchado tan pronto. No por nada en especial, porque no tenía pensado quedarse con él ni pasar la noche en su compañía, ni tampoco se iba a liar la manta a la cabeza y enrollarse con él. Nooooo. Pero le habría gustado tenerlo allí, cerca de ella, compartiendo confidencias. No fue consciente de que sonreía hasta que se fijó en su rostro en el espejo del cuarto de baño.

—No puedes dejarte llevar porque te caiga bien, sea atento, y sientas cierta atracción por él. No se te ocurra meterte en otra relación ahora que has conseguido pasar página de Alain. Haces lo que te va en gana. Vas y vienes a tu antojo sin darle explicaciones a nadie. Eso es lo mejor. No tienes que ceder ante nadie; ni tampoco discutir. Y debes seguir así. Prométemelo —entrecerró los ojos y señaló la imagen de ella que le devolvía el espejo con el cepillo de dientes. Asintió despacio mientras se mordía los carrillos para no echarse a reír porque en cierto modo le parecía surrealista lo que estaba haciendo. Terminó en el cuarto de baño y se metió en la cama echando un vistazo al móvil para ver la hora.

—Mañana veremos las cosas de otra manera.

Roberto llegó el primero a la oficina, como suponía. Sonrió dirigiéndose a su mesa para encender el ordenador y dejar su abrigo sobre la silla. Se quitó la bufanda y echó un vistazo a su alrededor. Ni si quiera había aparecido Lucille por allí, se dijo sin dejar de sonreír.

—Bueno, iré a por un café antes de ponerme a trabajar, y ver si la gente aparece —dijo como si estuviese hablando con alguien.

Jules era consciente de que llegaría algo tarde esa mañana porque se había quedado dormida. Había salido de casa de manera algo precipitada sin parar a mirarse en el espejo del portal. De haberlo hecho, se habría dado cuenta de que tenía el aspecto de una demente con su pelo alborotado. Había deslizado por su cabeza el primer vestido que había cogido del armario. Desechó cualquier par de zapatos después de la noche que le habían dado, y se calzó sus botas. ¡¿Qué más le daba su aspecto si no tenía la más mínima intención de seducir a nadie?! ¡Ni esperaba que alguien se fijase en ella! De ese modo, se reafirmaba en su soltería, se dijo con una sonrisa arrancando la moto antes de ponerse el casco. Luego, emprendió el camino hacia la salida. Se detuvo para echar un vistazo a su móvil por ver si tenía alguna llamada o notificación de algún tipo. Pero, no. ¿Esperaba que Roberto le hubiese enviado algún wasap jocoso diciéndole que ya estaba en la editorial, o algo así? Pues no. Salió del garaje a la calle recibiendo una bofetada de aire frío en sus piernas y se maldijo por no haberse puesto unos vaqueros, y eso que llevaba medias tupidas. Aceleró para llegar lo antes posible al trabajo y entrar en calor.

Roberto vio aparecer a Lucille por el pasillo para dirigirse a su despacho. Esta levantó la mano a modo de advertencia hacia él para que no le dijese nada. Y se bastaba ella solita para saber que llegaba tarde, como él le había sugerido la noche pasada que haría. Que no había cambiado pese a los años.

—¿Llevas mucho aquí? —le preguntó deteniéndose en su mesa y echando un vistazo a su alrededor.

—No. Tranquila. Me lo he tomado con bastante calma sabiendo que ella tardaría en levantarse esta mañana —le refirió haciendo un gesto con el mentón hacia el lugar que ocupaba la mesa de Jules.

—Ya. Deberías haberte quedado más tiempo anoche —le susurró como si alguien pudiera escucharlos.

—¿Por qué estás susurrando? Estamos solos.

—Tienes razón. Bueno, eso, no deberías haberte marchado tan temprano. Alguien te echó de menos —hizo un gesto con sus cejas el pasillo por el que alguien llegaba en ese momento.

Roberto frunció el ceño sin entender aquellas palabras, que tuvieron su significado cuando él se volvió. Allí estaba ella. Caminando con cierta prisa con una apariencia tan caótica como entrañable. Con el pelo suelto, alborotado, sin pintarse la raya de los ojos, ni los labios… Apostaba a que se acababa de levantar y no le había dado tiempo a nada. ¿Habría desayunado? Se hizo la pregunta fijándose en cómo se acercaba a él. Vestido de colores, medias negras de invierno, y sus botas. El bolso cruzado en bandolera y un abrigo de color rojo. Encantadora, dulce, con un toque de seducción que a él le golpeó en el pecho y le provocó una sonrisa.

—Ya sé que llego tarde. No hace falta que disimules la sonrisa —le dijo a Roberto cuando llegó a su altura.

—No te preocupes. Yo también acabo de llegar —le dijo Lucille.

—Pero tú eres la editora jefa.

—Mujer, se sabía que esta mañana llegaríamos algo tarde ya que anoche estuvimos de cena.

—Menos él —lo apuntó con un dedo y frunció los labios—. Debería haberte hecho caso y haberme marchado contigo.

—Ya lo sabes para otra vez. ¿Has desayunado?

—Ah… No. Necesito un café cargado.

—Anda. Llévatela a desayunar antes de que se desmaye. Luego, hablamos —le sugirió Lucille con una sonrisa muy esclarecedora.

—¿Vamos? —Roberto cogió el abrigo y se quedó contemplándola con exacerbada curiosidad e intentando no reírse de su apariencia.

Ella parpadeó en repetidas ocasiones. Permanecía en el sitio viéndolo alejarse hasta que él volvió el rostro lanzándole una mirada por encima de su hombro.

—¿No tienes hambre?

Jules entre abrió los labios para coger aire. Su forma de mirarla le estaba dificultando la respiración. Y a ello se le unía que el estómago le rugía de voraz. De manera que no le quedaba otra opción que irse con él.

—Será lo mejor —le dijo situándose a su altura para verlo sonreír de manera cínica—. Estás disfrutando de tu triunfo, ¿eh? Sabías que llegaría tarde —le dio un puñetazo en el hombro y se mordió el labio.

—Y tú sabías que llegaría pronto. Estamos en paz.

Lo siguió por toda la oficina hasta la salida.

—¿No tienes bufanda? —le preguntó cuando la vio abrocharse el abrigo y subirse el cuello de este hasta las orejas.

—No. He salido de casa con el tiempo justo para subirme a la moto y venir pirando para acá.

—Ten —le pasó la suya alrededor de su cuello sin que ella protestase, levantando la mirada hacia él sin comprender aquel gesto tan caballeroso. Fijándose en lo atractivo que lo encontraba esa mañana. Había olvidado afeitarse, lo que le otorgaba un aspecto más entrañable. Un toque más… interesante y ¿por qué no? Seductor.

—¿Y tú?

—No tengo frio. No perdamos tiempo. Tienes que desayunar No me perdonaría que te desmayases por falta de alimento —le puso la mano en la espalda para acompañarla a la entrada de una café cercano.

Ella se vio obligada a controlar la respiración cuando sintió la cercanía del cuerpo de él. Su mano sobre su espalda, su bufanda impregnada de su colonia y aroma particular dejando una huella en ella. Podía sentir su brazo rodearla como si la estuviese abrazando, su cuerpo pegado al de ella haciendo que respirarse con cierto trabajo.

<<Esto no es en lo que habíamos quedado anoche>> se dijo recordando el momento en el que estuvo hablando con ella misma en el cuarto de baño. Entró al calor del café sin querer pensar en lo que le estaba sucediendo desde bien temprano.

Minutos después él se limitaba a observarla desayunar.

—Deberías sujetarte el pelo con una goma o lo acabarás metiendo en el café.

Ella levantó la mirada mientras se llevaba a la boca el tenedor. Se enderezó y sin mediar palabra buscó una en el bolso. Segundos después ya tenía el pelo recogido en una cola improvisada.

—Hecho.

—Mejor. ¿Qué tal acabaste la noche? —él se llevó la taza a los labios para beber y observarla por encima de esta.

—Pues de lo más normal. Estuvimos tomando unas copas, y a eso de las dos, Caro, Leonie y yo nos subimos. Tú me imagino que estarías ya dormido a esas horas pensando en que tenías que madrugar para venir al trabajo —ironizó con una expresión divertida y sacudiendo las manos ante él.

—Sí. Es cierto.

—¿Por qué no quisiste quedarte un rato más anoche?

—Estaba algo cansado.

—Como todos.

—Sí, es posible.

—Pues entonces, no es una respuesta válida. Así que procura inventarte una más creíble.

—No me lo estoy inventando —le dijo al molesto por su comentario.

—Pues da la impresión. La del cansancio es una excusa muy usada. Hasta yo misma he echado mano de ella en alguna ocasión.

—Lo supongo.

—¿Y bien? ¿Por qué te marchaste?

—Porque no soy de mucha fiesta.

La vio fruncir los labios y elevar una ceja como si lo estuviese considerando.

—Puede valer. Mejor que la anterior.

—Me alegro que te sirva como aclaración de por qué me marché —rio jocoso—. Antes has dicho que deberías haberte venido conmigo…—le recordó dejándola con la boca abierta como si no supiese que decir.

—Sí, lo dije porque he dormido poco y estoy algo descolocada.

—Ya lo sabes para otra ocasión.

—Lo sé. En fin, creo que deberíamos volver a la oficina y centrarnos en las dos novedades de estas fechas, ¿no crees? —abrió los ojos como platos y arqueó las cejas en una expresión de expectación.

—No tengas ninguna prisa. Ya se las he enviado a Caroline para que las edite.

—¿Por qué no me sorprende? —jadeó riéndose por a cara que él ponía—. Con cada día

que pasa, más te voy conociendo. Entiendo por qué el sello romántico que creaste ha llegado tan alto en el panorama literario.

—Trabajo.

—Dedicación exhaustiva. Compromiso. Perfección… No se me ocurren más calificativos.

—Cuando algo te gusta, te apasiona… No te importa dedicarte a ello a pleno rendimiento.

—Entiendo lo de tu soltería.

Él la observó mientras sujetaba la taza en su mano y sacudió la cabeza.

—¿Crees que no tengo una pareja por culpa del trabajo?

—Sí, es la impresión que me da desde que te conozco. Vives para el trabajo.

—Lo mismo puedo decir de ti.

—Sí, algo parecido.

Se contemplaron como dos rivales. Cada uno esperando el movimiento del otro. Hasta que Roberto fue el primero en decir algo.

—Creo que debemos regresar.

—Vale. ¿En qué quedamos?

—¿A qué te refieres?

—A que acabas de decirme hace un momento que no tuviese tanta prisa porque ya habías enviado las dos novelas de tema navideño a Caro. A eso me refiero. Pero, creo que estás en lo cierto. Mejor nos vamos.

—De acuerdo. Te invito a desayunar.

—No lo haces con menos —le soltó con un guiño y una palmadita en el antebrazo antes de emprender el camino hacia la salida, dejándolo solo para que pagara.

Roberto le dedicó una mirada de incomprensión por lo que estaba sucediendo y sacudió la cabeza. Le gustaba como mujer. Estaba seguro de que el hombre que estuviese con ella no se aburriría. Imposible. El tal Alain había sido un estúpido por dejarla, pero en parte se lo agradecía. Ella lo estaba esperado en la calle cuando él salió del café. Se quedó parado delante de ella durante unos segundos, volviendo a pensar en su ex y en que le agradecía que hubiese roto su relación con ella.

Jules tuvo la sensación de que iba a besarla, allí mismo. En plena calle porque se le había acercado de manera directa, peligrosa y tentadora. Y cuando él deslizó sus manos por el cuello de su abrigo para colocarle la bufanda, la caricia de estas sobre su rostro la obligó a contener la respiración. Una bofetada de calor encendió su rostro a ojos de él.

—¿Por qué te pones colorada?

—El frio —le dijo de inmediato, sin darle tiempo a especular con otras posibilidades. Pero ya era tarde porque el pulgar de él le acariciaba la mejilla de manera lenta e insinuante sin que ella hiciese nada excepto coger aire.

—En ese caso, mejor que estemos en un lugar donde no lo haga.

Ni si quiera se escuchó a ella misma decirle que <<sí>> porque la caricia de él la obligó a tragar y a apretar los labios por miedo a que la besara. Y cuando lo vio darse la vuelta para volver por el camino que llevaba a la oficina, ella se limitó a cerrar los ojos y a resoplar aliviada. No, no y no. No podía creer que su cuerpo estuviese reaccionando de ese modo a las atenciones de él. Y lo malo, era que le gustaba que se mostrase así. Y que había anhelado que la pasada noche él se hubiese quedado con ella. Mucho temía que, si seguía por ese camino, su soltería y ella no celebrarían juntas el fin de año.

◆◆◆

—¿Cuándo piensas marcharte a casa? Son más de las seis…

La voz de Jules hizo que él levantase un dedo pidiéndole un minuto. Necesitaba dejar cerrado el tema en el que estaba trabajando, y luego se marcharía. Sonrió satisfecho cuando lo hizo y se recostó contra el respaldo de la silla. Luego, se giró hacia ella sin ser consciente de su proximidad. Sin pretenderlo la golpeó en la pierna con la suya propia.

Jules acusó el golpe haciéndola tambalearse. Y él reaccionó de forma rápida sujetándola contra él.

—Disculpa, no sabía que estabas tan cerca.

Ella se apartó en cuanto le fue posible porque en su interior parecía haber estallado una rebelión. Y es que su forma de mirarla, sonreírle y sujetarla le provocaban un repentino y placentero cosquilleo por todo el cuerpo. Entreabrió sus labios para decirle algo, pero solo se escuchó un leve suspiro.

—Estaba terminando de rellenar la documentación de las dos novelas ambientadas en Navidad.

—¿Te quedas o has terminado?

—Todo está en orden. Podemos marcharnos.

—Necesito que te encargues de un par de manuscritos una vez que has terminado con las de Navidad.

—Tú dirás…

Abandonaron el edificio y lo que Jules no se esperaba en encontrar a su hermana Sabine allí mismo. Por ese motivo se detuvo de manera abrupta llamando la atención de él.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Jules confundida por la presencia de su hermana pequeña.

—Pasaba cerca y como sé que sales a las seis esperé a ver si lo hacías.

—¿Y si me hubiese marchado?

—Te habría dado un toque a ver si estabas o no. Vaya… Hola… —dijo haciéndose a un lado para fiarse en Roberto de una manera algo descarada, lo que obligó a Jules a volverse hacia este.

—Esta es mi hermana pequeña, Sabine.

—La periodista —dijo con un tono deductivo, como si no estuviese seguro de ello.

—Sí. Esa misma soy yo. Veo que Jules te ha hablado de mí si sabes a qué me dedico…

—Sí. Encantado —la vio acercarse para darle un par de besos y sonrió.

—Y tú debes ser su nuevo compañero recién llegado de España.

—Lo de recién llegado, ya no tiene demasiado sentido después del tiempo que llevo aquí. Pero, sí. Ese soy yo. Roberto.

—¿Querías algo? —Jules se dirigió a su hermana mientras esta lo miraba a él y trataba de esconder su risa.

—Pues ya que estamos aquí podríamos ir a tomar algo. Tú, vienes, ¿no? —la decisión con la que se dirigió a Roberto, no le hizo dudar por un segundo que aceptaría. No así Jules que miró a su hermana como si aquella invitación le pareciese fuera de lugar.

—No tengo nada que hacer, así que…

—Genial.

Jules la miró sin poder creer que estuviese sucediendo. ¿En serio pasaba por allí cerca y se había acordado de que ella salía a las seis? ¿No se le habría ocurrido ir para cotillear sobre su compañero? Porque la conocía y sabía de lo que era capaz. Por ese motivo la observaba con una

ceja arqueada en señal de suspicacia.

—¿Qué tal es trabajar con mi hermana? —Sabine miraba a Roberto y este sonreía por la pregunta, o tal vez por lo directa que era ella.

Jules estuvo a punto de atragantare con el vino que acababa de beber. Miró a Sabine como si fuese a matarla.

—No tengo ninguna queja. Es una muy buena profesional. Creo que formamos un buen tándem —le aseguró mirando a Jules y ver qué le parecía su apreciación.

Esta elevó las cejas como si estuviese asombrada y experimentó que el rostro le ardía por el cumplido de él. Entre la entrometida de su hermana con sus preguntas, y los cumplidos de él, no sabía cómo acabaría la tarde.

—No es para tanto —se apresuró a decir antes de que él siguiese ensalzándola—. De todas formas, es sencillo trabajar contigo habiendo creado un sello de novela romántica en una gran editorial en España —le recordó con cierto retintín y una sonrisa cínica, y pícara a ojos de él.

—Es verdad, leí un artículo que hablaba de tu salida de esa editorial —apuntó Sabine—. Pero no especificaban el motivo de tu salida.

—Nuevos retos —se apresuró a decir en un intento por cortar el tema.

—¿Te refieres a ver cómo trabajan las editoriales aquí?

—Eso es. Experimentar otras formas de tratar la novela para mujeres.

Jules lo escuchaba atentamente.

—Pues ya llevas aquí algún tiempo. ¿Qué opinas? —Sabine seguía mostrando curiosidad al ver que Jules apenas si abría la boca para hablar. Claro que las veces que ellas dos habían coincidido con Margot, Jules apenas si les había dado información sobre Roberto.

—No he encontrado una gran diferencia.

—¿Tienes pensado establecerte en París de una manera definitiva o estás de paso?

Jules parpadeó despacio mirando a Sabine. Pero, ¿qué confianzas se tomaba? Solo esperaba que no se metiese en su vida privada tocando el tema de si tenía pareja. Ella ya sabía que no la tenía, pero su hermana era capaz de hacerle confesar el motivo por el que estaba solo.

—Eso espero.

—¿No tienes pensado regresar a España?

—No.

—Pareces tenerlo muy claro.

—Sí, por eso me he mudado a París. No tuve que pensarlo demasiado.

—¿Y tu familia, amigos… pareja? —Sabine elevó las cejas con toda intención, mostrando su curiosidad.

—Mi hermana vive aquí en París. Mis padres ya no están. Y estoy soltero.

—Deberías dejar de atosigarlo con tus preguntas, Sabine. ¡Por Dios! —le sugirió Jules algo molesta por el comportamiento de su hermana.

—Soy periodista. Me gusta hacer preguntas.

—Pero relacionadas con el deporte. No con la vida personal de la gente.

Roberto sonreía viendo a Jules echarle en cara a su hermana pequeña su comportamiento. Le parecía divertida la situación.

—No te preocupes, no me molesta que quiera conocerme. Dime, ¿de qué noticias te encargas?

—Fútbol y rugby. Este último la mayor parte del tiempo.

—Sale desde hace un año con Sean McAlister, la estrella del equipo local de rugby —comentó Jules con toda intención a ver si su hermana dejaba el interrogatorio ya. No quería que Roberto se sintiese molesto por cómo era su hermana.

—Qué coincidencia.

—Ya te digo...

La melodía de su móvil captó su atención. Echó un vistazo y asintió.

—Si me disculpáis un momento. Es mi hermana —se levantó de su silla y se alejó para hablar con intimidad.

—¿Se puede saber a qué viene tu interrogatorio? —Jules casi no esperó a que él se hubiese alejado a hablar por el móvil.

—Pero, si es muy agradable hablar con él. ¿Y qué más te da? Si estoy segura que tú ya sabes las respuestas a lo que le estoy preguntando. No creo que vaya a suceder nada.

—Va a pensar que eres una metomentodo. Le dije que tú me habías dicho quién era y dónde había trabajado.

—Cualquiera puede saberlo con solo búscalo en Internet. O navegar por las redes sociales. Tú misma podrías haberlo hecho. Además, no sé por qué te molesta que le pregunte por su vida. De lo contrario, ¿qué quieres que le pregunte? ¿Si te ha tirado los tejos o lo tiene pensado hacer? Mira tú por dónde, podría insinuárselo —Sabine sonrió de manera pérfida pensando en si lo haría.

—No. No tiene pensando hacerlo. Y yo menos. Ya os dejé claro que el hecho de que trabajemos juntos no significa nada. No tengo intención de que vuelva a sucederme lo de Alain.

—No siempre va a sucederte lo mismo, Jules.

—Mejor no tentaré a la suerte por mucho que Margot y tú insistáis.

No iba a referirle a su hermana la especie de atracción que creía que había entre ellos. Le faltaría tiempo para irle con el cuento a Margot. No. No. Su vida personal era suya. No haría partícipes a sus dos hermanas. Ambas mujeres vieron a Roberto regresar a la mesa.

—Era Sandra, para saber qué estaba haciendo.

—Yo tengo que marcharme, ya —anunció Sabine echando un vistazo al móvil.

—En ese caso… —Roberto las contempló esperando a ver qué hacían y acordaron marcharse.

—Ha sido un placer conocerte. Espero que podamos volver a quedar. Y procura tratarla bien —hizo un gesto con la barbilla hacia su hermana.

Jules puso los ojos en blanco y resopló. Luego cogió a Sabine y poco menos que la empujó en dirección opuesta a ellos.

—Vete a ver a Sean. Ya habrá terminado de entrenar. Anda —le indicó el camino con el brazo extendido mientras Sabine se reía por el comportamiento de su hermana. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué no quería que se quedase hablando con Roberto si ella misma le había repetido que no tenía interés alguno en él? ¿O lo decía por quedar bien y en verdad él le gustaba?

—Está bien. Os dejo. Hablamos —le aseguró con un guiño.

Una vez a solas, ambos se quedaron contemplándose en silencio. Sin saber ninguno qué decir. Jules estaba algo cortada por el hecho de que Sabine se hubiese metido en la vida de él.

—Bueno, esa es mi hermana. Disculpa si te ha parecido algo entrometida…

—Tranquila. No me ha molestado que me haya preguntado por mi vida personal. Es lo más lógico cuando dos personas se conocen por primera vez. Ha sido divertido.

Jules se sintió algo más tranquila al escucharle hablar,

—En ese caso, no he dicho nada.

—Es mejor que nos marchemos, a no ser que tengas otros planes.

—No. La verdad es que no tenía pensado quedar con Sabine, sino marcharme a casa y relajarme.

—Pues no seré yo el que te quite las intenciones.

—En ese caso… Te veo mañana.

—No.

—¿No? ¿No vas a ir a la editorial? —lo miró confusa por la negativa de él.

—Sí. Pero me refería a que no te despidas tan pronto porque voy en tu misma dirección. Me apetece pasear un poco y despejarme.

—Ah… Ya sabes que voy por la moto.

—Sí, por eso lo digo. Te acompaño y desde allí me marcharé a mi casa.

—Te llevaría, pero solo tengo un casco.

—Descuida. No iba a pedírtelo.

—Supongo que después de la tabarra que te ha dado mi hermana preferirás estar a solas.

Él siguió caminando a su lado, sin apenas rozarla, sino manteniendo una distancia prudencial. Sin embargo, en algún que otro instante esto no fue posible y ambos notaron como sus manos se tocaban, e incluso él tuvo que rodearla por la cintura en una ocasión en la que se puso a cruzar sin mirar que un coche, que se había saltado un semáforo, pasó muy justo a su lado.

Jules emitió un gritito de sorpresa al ver al vehículo, y no se dio cuenta que Roberto la tenía sujeta por la cintura pegándola a su propio cuerpo.

—Deberías tener más cuidado cuando cruces. Hay más gente que tiene ganas de llegar a su casa, y no mide las consecuencias de sus actos.

—Ya veo, ya… Gracias.

Ella levantó la mirada hacia el rostro de él y se vio obligada a tragar cuando se dio cuenta de cómo la estaba contemplando. Pero sobre todo por la forma de atraerla contra él de una manera casi imperceptible para cualquiera que lo viese. Como si la quisiera sentir más cerca de él. Se humedeció los labios con parsimonia antes de dejarlos entreabiertos como preludio de lo que esperaba.

Él no vaciló en inclinarse sobre su rostro al tiempo que la sujetaba con más determinación para que no tuviese ocasión de alejarse de él.

Jules esperaba inmóvil el contacto de los labios de él sobre los suyos propios, haciéndola gemir, y buscando el contacto con el cuerpo de él. El mundo se detuvo en aquel momento para ellos. Fueron ajenos al sonido del tráfico, a las voces de los viandantes que pasaban a su lado, a los sonidos que se escuchaban en la calle Rivoli, a la música… E incluso a Lucille que los había reconocido en la otra acera cuando ella también iba a cruzar. No la vieron sonreír con picardía. Ella decidió ocultarse entre las personas que paseaban para que no la reconociese. Algo complicado, pensó la propia Lucille ya que ambos parecían ser solo conscientes del beso. De ese beso que venía a confirmar sus sospechas.

Se separaron de manera lenta para después quedarse mirándose en silencio. Jules volvió a humedecerse los labios y sonrió. El corazón le palpitaba como si tuviese alas. Y el calor de su cuerpo combatía el frío que hacía en la calle en ese momento. La mirada de él la ponía nerviosa, sin saber qué hacer. Por suerte, el semáforo cambió y cruzaron en dirección al Boulevard de Sebastopol llevados por la marea de viandantes que había a esas horas en la calle. Sin ser conscientes de que la editora jefa caminaba entra la multitud de personas.

Jules comenzó a pensar en cómo acabaría la noche. Lo del beso había sido tan inesperado

como revelador.

—No quiero entretenerte porque tienes que volver por la moto.

—Sí, así es. A eso íbamos solo que os hemos desviado un poco mientras hablábamos … —se detuvo de repente cuando lo vio sonreír y sacudir la cabeza al mismo tiempo. Acto seguido él la rodeaba por la cintura y la atraía hacia él.

—Olvida la moto. El otro día la dejaste en el parking.

Ella apretó los labios un momento antes de humedecerlos.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría que viniese a mi casa. Ya sabes dónde está.

Ella dejó escapar un gemido al escuchar su petición. El pulso se aceleró a cotas inesperadas.

—¿Qué pretendes? —entornó su mirada algo dubitativa para no ponérselo fácil. Y eso que, esta decisión suya era la que ella había esperado.

—Pasa la noche conmigo.

Aquella petición de él y su forma de susurrarlo le produjeron un escalofrío que erizo toda la piel de su cuerpo sin poder evitarlo. Se limitó a coger aire porque sin duda que él acababa de dejarla sin este.

Capítulo doce

No esperaron si quiera a llegar a la habitación, sino que al entrar en la casa comenzaron a besarse, a acariciarse y a poco menos que arrancarse la ropa. Roberto dio la luz para evitar que tropezaran con algún mueble y la magia se esfumase. La cadencia de gemidos de ella lo encendía más y más. Esto lo llevó a introducir su mano por debajo del vestido para acariciarle la piel de los muslos, ascendiendo hasta llegar a la tela de su ropa interior.

—Espera —le pidió ella tratando de bajarse la cremallera de este.

—Deja, ya te la bajo yo —estaba ansioso por acariciarla desnuda de una vez por todas. La prenda no tardó en deslizarse por el cuerpo de ella cayendo a sus pies.

La sintió estremecerse cuando él le deslizó sus manos por la cintura. Su piel era suave y estaba caliente. Él siguió profundizando el beso dejándola que le quitase la camisa, y a continuación los pantalones y el bóxer.

—Dime que tienes un preservativo a mano.

—Lo tengo —la cogió en brazos y la llevó a la habitación para dejarla sentada sobre la cama durante unos segundos. Después liberó sus pechos y se centró en estos con sus labios. La sintió moverse y arquearse bajo sus caricias mientras él la marcaba con sus besos. En cuestión de segundos la dejó desnuda por completo. La acarició entre los muslos sintiendo su humedad. Su excitación. Lista para que él la penetrase. La verdad era que quería tomarse su tiempo, pero el deseo podía más que su voluntad, y sin pensarlo más se colocó el preservativo para deslizarse en el interior de ella.

Ninguno de los dos se movió en unos segundos; como si fuese una especie de tregua. Hasta que de manera lenta y controlada Roberto comenzó a embestirla, haciéndola gemir más y más. Apoyó las manos sobre el colchón y se inclinó para apoderarse de sus labios primero y de su boca después. La escuchó mostrar su aprobación mientras los brazos de ella le rodeaban la espalda.

Jules lo sentía más y más dentro con cada movimiento. Siguieron intercambiando besos, caricias. Sus alientos se entremezclaron de igual modo que sus respiraciones y sus gemidos. Las pulsaciones experimentaron una subida desenfrenada a medida que se movían más y más rápido, con cierto desenfreno. Ella se aferró con fuerza a él, rodeándolo con sus brazos. El calor la envolvió sacudiéndola. Dejó su mente en blanco para no pensar en nada que no fuese disfrutar del momento. Los gemidos escapaban por su boca abierta, y cerró los ojos. Roberto sentía que el final estaba cercano, y que no podría contenerse por mucho más tiempo. La escuchó chillar justo cuando el orgasmo estallaba y sus respiraciones se mezclaban hasta fundirse en una. Ninguno era capaz de articular una sola palabra. Solo jadeaban y buscaban el aire que les parecía faltar. Roberto se apartó de ella y se incorporó para desprenderse del preservativo. La contempló tumbada sobre la cama, apoyada sobre los codos, observándolo con detenimiento, con curiosidad mientras él recuperaba el aliento poco a poco.

Jules sentía un ligero temblor de piernas, y daba gracias a que estaba tumbada. De lo contrario creía que se caería redonda. Resopló y se pasó la mano por el rostro. Cerró los ojos y dejó que los momentos vividos pasaran por su mente como fogonazos. Al abrirlos se giró hacia él. Permanecía sentado en el borde de la cama, acariciándole la cadera.

—¿Tienes hambre?

Ella sonrió.

—¿Menuda pregunta acabas de hacerme?

—Bueno… No sé qué esperas hacer después de lo sucedido. Entiendo que lo que ha

pasado… No sé si era lo que esperabas.

Lo vio encogerse de hombros y titubear en sus explicaciones.

—Era posible después de que me besases en la calle. ¿Cómo demonios se te ocurrió? — se sentó con las rodillas apoyadas contra sus pechos. Entrecerró los ojos mirándolo con curiosidad.

—Me dejé llevar por el momento. Admito que no estaba planeado.

—Sí. Eso me pareció. Una reacción espontánea. En fin, creo que hemos comenzado por el final —recogió la sábana y se cubrió al notar que la piel se le erizaba porque se estaba quedando algo fría.

—En ese caso, continuaremos con lo que se suponía que sería el principio de esta noche.

La dio la espalda para abrir el armario y algunos cajones en busca de ropa que ponerse Se volvió hacia ella y le dejó una camiseta sobre la cama.

—Sé que no es de tu talla, pero te servirá para estar aquí. Si quieres unos pantalones, puedo dejar algunos de deporte.

—No sabía que lo hicieses.

—Salgo a correr los fines de semana. Ten, cómo tú prefieras. Voy a preparar algo de cenar para reponer fuerzas.

Ella sonrió y experimentó un extraño vacío en su estómago, pero no era como otras ocasiones. Cuando en verdad tenía hambre. Apretó los labios y cogió aire antes de comenzar a vestirse e ir a echarle una mano con la cena. No era plan de que él se lo diese todo hecho.

Cuando él la vio aparecer en la cocina dejó el cuchillo por miedo a cortarse. Vestida con la camiseta que él le había dejado y que le servía de vestido, dejando sus torneadas piernas a la vista. Se había El pelo recogido el pelo en lo alto, recordándole a un samurái.

—¿Necesitas que te eche una mano con la cena?

Él desvió la mirada hacia ella y sonrió.

—Si quieres preparar una ensalada… —le indicó los ingredientes para que se pusiese a ello.

—Genial.

—Puedo dejarte algo de calzado para que no estés descalza. Aunque la tarima está caliente por la calefacción.

Ella bajó la mirada hacia sus pies y movió los dedos.

—Estaría bien.

Él salió de la cocina para buscarle algo. Se tomaría unos segundos de respiro para no pensar en lo sensual que le parecía con su camiseta. Cuando regresó a la cocina ella estaba inclinada sobre la encimera, y su postura era de lo más sugerente. La camiseta se la ajustaba a la redondez de su trasero, y se subía un poco revelando parte de su ropa interior. Él se quedó contemplándola y resopló a pensar en lo tentadora que estaba allí.

—Ten.

Ella bajó la vista hacia un par de zapatillas para andar por casa.

—Gracias.

—Deberías tener más cuidado con tus posturas. Eres toda una tentación.

El comentario de él hizo que su rostro enrojeciese. Entreabrió sus labios y dejó escapar un gemido. Experimentó un subidón de calor que se acentuó en su rostro. Resopló y decidió seguir con la ensalada, aunque controlaba de reojo las expresiones de él.

—Es bueno saberlo. No creas… —lo miró con una media sonrisa cínica. Durante unos segundos ella permaneció en silencio pensando en lo sucedido y en las posibles consecuencias

que tendría. Ambos habían dejado claro que no buscaban una relación. Solo él conocía la verdad de los dos. No le había contado que dejó su trabajo anterior por una relación fallida con su compañera. Ni creía que debiese hacerlo a pesar de que acabasen de tener sexo, y en ese momento estuviesen preparando la cena. No. No creía que contárselo fuese lo más idóneo.

—De manera que tu hermana pequeña, le periodista deportiva, está saliendo con una estrella del rugby —comentó centrando la conversación en Sabine. No quería hablar de lo sucedido entre ellos, por el momento.

—Eso es.

—¿Se conocían antes de salir?

Jules sonrió. Frunció los labios y sacudió la cabeza despertando la curiosidad de Roberto.

—Sean es escocés. El equipo de rugby de la ciudad lo fichó y mi hermana se encargó de cubrir la noticia de su presentación. Después de un accidentado encuentro, poco a poco fue surgiendo una amistad que derivó en otros sentimientos…—Jules cogió aire antes de proseguir —. Y terminar como pareja.

—Supongo que él sigue en el equipo.

—Lo cierto es que firmó por media temporada, pero el Stade Française ganó la liga y le ofrecieron quedarse.

Él la observaba por encima de sus manos entrelazadas. Tenía los codos sobre la mesa de una forma relajada.

—Ayudó el hecho de que tu hermana fuese su pareja.

—Eso mismo. Mi hermana pequeña. La cotilla. Una vez más te pido disculpas por si te ha molestado con sus preguntas.

—Al contrario. Ha estado entretenido. No le des más importancia. No puede evitarlo ya que es una periodista.

—Deportiva —añadió Jules con decisión.

—Te quedas a pasar la noche, ¿no?

La pregunta de él detuvo su mano con el tenedor en esta dispuesto a coger más comida. Se quedó callada, contemplando como él seguía comiendo como si nada. Y por fin levantó la mirada del plato para centrarla en ella esperando su respuesta. Por lo visto, él lo daba por hecho, pero ¿y ella? Ni si quiera se había planteado esa posibilidad. Ni mucho menos había pensado en tener sexo con él esa tarde. Y ahora se planteaba el dilema.

—Bueno, yo…

—¿No querrás irte a estas horas tu sola? No me parece acertado. Me quedaría más tranquilo si no lo hicieses.

—La verdad… —la mirada entornada de él y su posterior movimiento de cejas volvieron a dejarla sin palabras. Pero sobre todo su explicación, la cual le parecía bastante acertada. Marcharse sola a esas horas no le apetecía mucho, la verdad era cierta. Se fijó en sus ojos y experimentó una calidez en estos que la sobrecogió—. No había caído en eso.

—Pero, yo sí.

—Ya, ya veo.

—¿Y?

La insistencia de él parecía ir doblegando su voluntad. Si en algún instante pensaba en irse, quedó borrada de inmediato. Se limitó a asentir sin más.

—Está bien. Me quedo.

—¿No es lo que deseas?

¿Qué estaba sucediendo? Se preguntó él sin dejar de mirarla. ¿Por qué la invitaba a

quedarse en su casa? ¿Se trataba de una cuestión de caballerosidad? ¿De no permitir que se marchase sola o bien, se estaba dejando llevar por lo sucedido y no estaba pensando con la cabeza fría? Sí, así era. Ella le atraía y mucho, y debería hacerse la pregunta de si en verdad estaba dispuesto a comenzar algo de lo que podía arrepentirse después.

Jules apretó los labios con firmeza y asintió de manera lenta.

—La verdad es que tengo que darte la razón. Me da mucha pereza tener que marcharme a casa, sola —le confesó una mentira que ni ella misma se creía. No se trataba de pereza sino más bien de lo que podía representar. Estaba acostumbrada a regresar sola a casa cualquier día. Pero, algo desconocido parecía impedirle rechazar la oferta de él. Tal vez después de todo, ella desease quedarse, dormir en la misma cama que él, pero no quería admitirlo por lo que representaba.

—Entonces, todo queda dicho.

—Solo que me marcharé temprano a mi casa para cambiarme de ropa. No quiero aparecer en la editorial con la misma de hoy. No quiero dar pie a comentarios.

—Como quieras, pero ¿por qué deberían surgir comentarios? No creo que nadie de la editorial nos haya visto llegar juntos a mi casa. Solo tu hermana pequeña podría sospecharlo porque es la persona que nos ha visto esta tarde después de salir del trabajo. Nadie más.

—No, claro que no. Y espero que no se le ocurra pensarlo. Preferiría que no se supiese nada.

—Me parece perfecto.

Ella lo contempló mientras él terminaba su cena y los nervios parecían adueñarse de su estómago. Había aceptado quedarse a pasar la noche allí en su casa, aunque no estaba segura de si estaba haciendo lo correcto. Solo que ya era tarde para echarse atrás.

Jules se despertó de repente con la sensación de que se había quedado dormida. Echó un vistazo a su móvil, que había dejado sobre la mesita de noche, y vio que todavía faltaba una hora al menos para levantarse. Respiró de manera profunda consciente de que sería mejor salir de la cama cuanto antes, vestirse y marcharse a su propia casa. No pretendía pasar más tiempo del necesario allí. Miró a ver si él seguía durmiendo y cuando se aseguró que así era, decidió salir de la cama. Irse en ese instante evitaría que él se propusiese acompañarla. Algo que no le permitiría por nada del mundo. Solo faltaría que alguien conocido la viese.

Minutos después, ella permanecía en el umbral de la habitación contemplando el pecho desnudo de él mientras se daba la vuelta y quedaba boca arriba. Sonrió con picardía rememorando lo sucedido cuando se acostaron, lo que la obligó a coger aire y apretar los labios. No quería pensar en lo bien que le había venido lo vivido la pasada tarde y posterior noche. De manera que, abandonó la habitación para dirigirse a la puerta de la casa con el mayor sigilo para no despertarlo.

La luz de las farolas iluminaba la calle de manera lánguida. Hacía frío. Jules se apretó contra su abrigo. Estaba algo destemplada debido a que no había logrado descansar demasiado pensando más bien en que llegase la hora adecuada para largare del piso. En pocos minutos estaría en su propia casa y entonces intentaría explicarse por qué accedió a ir a su casa consciente de lo que podría suceder. ¿Es que después de todo lo deseaba? ¿Dónde había quedado su defensa de la soltería?

Roberto abrió los ojos y extendió su brazo hacia el otro lado de la cama. Lo encontró vacío y frío. Ella ya se había marchado, se dijo sin querer parar a pensar si había hecho lo correcto. Una parte de él se lo agradecía porque no sabría muy bien cómo comportarse con ella si despertase a su lado. No habían hablado de lo sucedido entre ellos sino más bien de diversos

temas. Ninguno buscaba una relación. Tampoco sabía qué reacción tendrían en la oficina cuando se viesen. Ella le había dejado claro que no quería que nadie pudiese sospechar donde había pasado la noche, si por casualidad se presentaba en el trabajo con la ropa del día anterior. Daría qué pensar. Y él no estaba por la labor de comprometerla. Por ese motivo, decidió no insistir en que se quedase hasta por la mañana. Y ahora que lo pensaba, era lo más acertado. Solo con imaginar que alguien conocido los viese abandonar el edificio donde él vivía, daría mucho qué hablar. Los rumores y las sospechas se dispararían. Él tampoco buscaba algo serio. Jules le gustaba, lo había pasado bien con ella la pasada noche, pero no quería avanzar al siguiente nivel.

Jules llegó a su casa cuando el día comenzaba a clarear. En pocos minutos sería de día y ella tenía mucho que hacer todavía antes de ir a la editorial. Se metió bajo el agua de la ducha con el fin de despejarse lo antes posible. Luego, se envolvió en el albornoz y caminó hacia la cocina para tomarse un café y algo de comer. Permanecía pensativa dándole vueltas a lo sucedido con Roberto. ¿Cómo narices se le había ocurrido aceptar la invitación de él? Aunque la hubiese besado. ¿Por qué? Debería haberse dirigido a buscar su moto y marcharse a su casa. Se habría quitado de rollos. Pero, no. Tuvo que aceptar la invitación de él consciente de lo que acabaría sucediendo porque era consciente de la atracción que existía.

Revisó el móvil y vio que tenía varios mensajes de Sabine preguntándole si estaba en casa. Si se había marchado con Roberto. Si pretendía ser <<mala>> esa noche. Y demás… Jules resopló y rodó sus ojos como si aquel tema le cansase o le pareciese aburrido. Confiaba en que no se le escapase nada de lo ocurrido cuando estuviese con sus hermanas. No le apetecía que le estuviesen dando la coña a todas horas con Roberto, y tal y cual… Decidió llamarla para evitar sospechas.

—Hola, Sabine, acabo de ver tus mensajes.

—Ah, hola. Sí, como habrás visto te envié alguno que otro. Dime, ¿qué tal acabaste con tu compañero?

—Pues bien. Después de dejarte a ti, caminamos por la Rue de Rivoli. Me despedí de él y me marché en metro. No iba a coger la moto después de tomarme un par de copas de vino, como imaginarás —le explicó no naturalidad mientras ponía la cafetera en marcha. Tenía por costumbre hacer café cada mañana ya que no le gustaba recalentar el que sobraba el día anterior.

—¿No os tomasteis nada más? ¿Ni os quedasteis a cenar por ahí?

El tono de sorpresa de su hermana le dibujó una media sonrisa. Jules miraba el teléfono sobre la encimera; había puesto el altavoz para hablar con Sabine al tiempo que desayunaba.

—No.

—Vaya. ¡Qué soso!

—¿Por qué dices eso? ¿Qué esperabas? ¿Qué me invitase a cenar?

—Pues mira tú por donde: sí. Que tal vez os animaseis a quedaros por ahí un rato más. Pero, ya veo por lo que cuentas que no fue así.

<<Sí tú supieras cómo acabo la tarde y la noche>> pensó bebiendo un poco de café moviendo las cejas sin apartar la vista del teléfono.

—Siento desilusionarte, pero no sucedió nada.

—Pues la tarde prometía, la verdad. Solo tuve que fijarme en la manera que él te miraba a ratos. Pero… En fin, será mejor que te deje que tendrás que irte al trabajo.

—Sí, la verdad es que ando con el tiempo justo para ir a la editorial. Ya quedaremos las tres para ponernos al día.

—Que tengas un buen día.

—Lo mismo te digo —cortó la comunicación y resopló pensando en que acababa de contarle una mentira, piadosa, eso sí, sin importancia alguna, a su hermana pequeña. Permaneció de pie con los brazos cruzados y la mirada perdida en el vacío. ¿Por qué tenía que darle descuentos de su vida personal e íntima a sus hermanas? Lo malo iba a ser, cómo llegasen a enterarse. Claro que Roberto no iba a decirles nada. Y ella… Por el momento no diría ni <<mu>>, pensó sonriendo antes de terminar su desayuno.

Como de costumbre, Roberto llegó pronto a la editorial. Lanzó una mirada llena de curiosidad y expectación hacia la mesa de Jules, y no pudo evitar sonreír. Recordó su cara cuando le confesó que no quería que nadie allí pudiese sospechar que ellos dos se habían acostado. Él, por su parte, sería una completa tumba ya que tampoco estaba por la labor de airear su intimidad. E incluso le agradecía que no hablasen de ello.

Jules cogió aire antes de aparecer en la oficina. Saludó a los compañeros que se iba encontrando por el camino hacia su mesa. Se encontró con Lucille que salía del ascensor en ese momento.

—Buenos días, Jules.

—Buenos días Lucille.

—A empezar ¿no? ¿Cómo marcha el tema de las dos próximas novedades?

—¿Te refieres a las historias navideñas? Eso lo lleva Roberto —señaló hacia delante, hacia dónde se encontraba este hablando con Caroline.

—No, no. Me refiero a las que saldrán a principios de año. Roberto ya me contó que ese tema estaba cerrado. Es más, ya han salido a la venta —le dijo mirando a Jules con el ceño fruncido sin saber a qué venía ese comentario.

—Ah… Sí… Cierto. Bueno, pues estoy en ello. Tengo que hablar con Leonie a ver si ha implementado los cambios que sugiere la autora.

—¿Qué te sucede?

—¿A mí? Nada.

—Te lo pregunto porque te noto algo distinto —le lanzó una mirada de pies a cabeza como si estuviese buscando la causa de ese cambio. Y ella creía saber el motivo. La había visto besarse con Roberto la pasada tarde.

—¿Por qué lo preguntas? —Jules entornó su mirada con cierta precaución hacia la editora.

—Es que te noto diferente. Me ha chocado que me preguntes por las novelas de Navidad, ya que sabes que se han lanzado al mercado hace un par de días. A eso me refiero. No obstante… ¿Has dormido bien?

—Sí, sí…

—No sé. Bah, no hagas caso. Sigue con las dos próximas novedades y más tarde me cuentas en qué punto estamos.

—¿Tienes pensada alguna fecha para sacarlas a la venta? Estamos a finales de año…

—Sí, sí… A lo largo de los primeros diez días de enero estaría bien. ¿Sí?

—Se lo diré a Caro y a Leonie para que tengan texto y portada a punto.

—Vale, te dejo.

Jules permaneció en el pasillo observando como Lucille se alejaba. Su comentario sobre que la notaba algo, la había dejado con la mosca detrás de la oreja. Claro que había metido la pata con el asunto de las novelas de Navidad, y eso había captado la atención de Lucille. Tampoco pensaba que se le notase tanto haberse acostado con Roberto pensó, fijándose en este mientras se dirigía a su mesa.

—Buenos días —le dijo él al verla acercarse. No la miró más de la cuenta porque no buscaba ponerla nerviosa. La había observado charlar con Lucille y quedarse parada, pensativa, con la mirada perdida. ¿Le habría comentado algo, como que, los vieron juntos la pasada noche, o algo así? Sonrió al darse cuenta que se parecía a Jules en ese aspecto: se estaba poniendo algo paranoico. No se habían cruzado con nadie del trabajo camino de su casa; ni tampoco creía que los hubiesen visto besarse. ¿No?

—Buenos días. Lucille me preguntaba por las novedades que saldrán en la primera semana de enero…

Él se giró quedando a escasos centímetros de ella, tratando de observarla de manera neutral, y sin pensar en ella como la mujer apasionada de la pasada noche. La que se entregó de tierna y dulce la segunda vez que fueron a la cama. Pero, se le iba a hacer algo complicado, no imaginársela sin ropa.

—Creo que Caroline y Leonie están con ellas. Yo estoy ya metido con las dos que sacaremos durante la segunda quincena del mes que viene.

—Genial —se mordió el labio sin poder dejar de fijarse en la suavidad que mostraba su rostro recién afeitado esa mañana. Recordó como su incipiente barba le había causado algún que otro estrago la pasada noche. Sentir el hormigueo recorriendo su cuerpo cuando él besaba. Pensar en ello en ese momento la obligó a morderse el labio y apretar los muslos de forma disimulada bajo la tela del vestido. Abrió los ojos como platos y cogió aire antes de sentarse en su silla. Era lo mejor que podía hacer si no quería llamar la atención.

—Si necesitas algo…

<<Qué apagues el sofoco que acaba de entrarme pensando en lo que no debería>>

—No, vale. Eso mismo le he comentado a Lucille. En un rato iré a ver a las chicas a ver qué me cuentan. ¿En qué andas metido ahora?

Roberto se fijó en su sonrisa, en el brillo hipnótico de sus ojos, en la manera en la que cruzaba una pierna sobre la otra… Elegante, distinguida y muy sensual para su gusto. Y eso le gustaba, pero también le preocupaba porque parecía estar interesándose en su compañera mucho más de lo que a él le gustaría.

—Estaba revisando las ventas que llevamos hasta el momento. Me lo pidió Lucille cuando me vio esta mañana.

—¿Y qué te parecen?

—Por el momento, son discretas. Debemos esperar algún tiempo para ver si sacando a la venta dos novelas más todos los meses logramos que las ventas suban.

—Ya… Bien, creo que iré a ver a Caroline y a Leonie a ver qué me cuentan —decidió salir de allí lo antes posible porque se le hacía complicado mirarlo y no imaginarlo sujetándola para besarla, acariciarle los pechos, o a ella misma sobre él.

Roberto no quería fijarse en ella más de lo permitido mientras se alejaba de él, y comprendía que la primera impresión de volverse a ver después de pasar la noche, estaba siendo… por lo pronto normal. Claro que no habían tenido ocasión de estar a solas… o de lo contrario tal vez le hubiese dicho algo sobre lo atractiva que la encontraba esa mañana. Solo que eso sería comenzar a adentrarse en un terreno minado al que le convenía no acercarse.

Capítulo trece

Roberto y Jules se habían alejado de los cafés cercanos a la editorial. Buscaban cierta intimidad. Habían logrado mantener las formas en la editorial. Sin embargo, nadie iba a sospechar que se habían acostado. O que Jules había salido de casa de él esa mañana cuando ni siquiera comenzaba a clarear el día para irse a la suya. Se habían comportado entre ellos como cualquier otra mañana salvo por algunas miradas y gestos que podrían delatarlos.

Los dos permanecían sentados uno frente al otro en un café observándose de manera directa y conscientes de la atracción que existía entre ellos.

—¿Qué tal van las novelas del próximo mes? —preguntó él sin querer abordar la situación personal de ellos. Hasta ese instante ninguno había mencionado nada al respecto de lo sucedido la pasada noche; era una especie de tregua.

—Todo listo para que salgan a la venta en la fecha que Lucille quería.

—Confiemos en empezar el año con buen pie,

—Tenemos que lograr subir las ventas en general. Y de paso, situar a alguna de nuestras historias entre la más vendidas.

—Deberíamos dar algo más de publicidad. Moverlas por las redes sociales, tener un par o tres de reseñas, ya sabes…

—Lo típico. Sí.

—Darles una mayor visibilidad para que los lectores se sientan atraídos por estas historias. Claro que nada ni nadie garantiza que vaya a suceder. No existe la fórmula mágica para garantizar el éxito de una historia —aclaró sonriendo al tiempo que encogía sus hombros.

—¿Qué tienes pensado hacer en Navidades? —La pregunta de ella pilló a Roberto con la guardia algo baja. Se movió inquieto en la silla. Movió la cabeza como si no tuviese claro lo que iba a hacer.

—Tendré que hablar con mi hermana y ver qué planes tiene. Soy un recién llegado a París…

—Si, bueno, lo entiendo… Pero, ¿qué hacías en España?

—Mi hermana iba a Madrid y pasábamos juntos esos días.

—Pues ahora tú estás aquí… Te lo preguntaba por si se te ocurría quedarte solo.

Él iba a responderle cuando el móvil comenzó a sonarle en el interior de su abrigo. Lo cogió sin despegar la mirada de Jules.

—No, no creo que me quede solo.

—Si lo haces… Dímelo y… —se cortó cuando se fijó en la expresión del rostro de él mientras miraba su móvil—. ¿Va todo bien?

Él se quedó callado y sin apartar la atención del móvil.

—Disculpa un momento.

Jules lo observó levantarse de su silla y alejarse para responder a la llamada dejándola algo confusa con su reacción. Debía ser una llamada importante o tal vez inesperada para él. Había visto la expresión de su rostro y le había parecido tan sorprendido como ella.

Roberto prefirió salir a la calle para responder la llamada. Se tomó unos segundos en los que cogió aire y asintió como si le diera una orden a alguien imaginario.

—Dime, Estefanía.

—Hola Roberto, ¿qué tal todo? ¿Te pillo en mal momento?

—No, no. Me estaba tomando un café con una colega. ¿Qué quieres?

—Te llamaba para comentarte que acabamos de aterrizar en París.

Aquella noticia lo dejó paralizado. En un acto reflejo apretó el móvil en su mano mientras su cuerpo se tensaba. Frunció el ceño y tensó la mandíbula.

—Vaya.

—He venido con una amiga a pasar unos días y ver los mercadillos navideños. Como sabía que tú estás aquí, te llamaba para quedar y vernos.

—Sí, lo que pasa es que me pillas de sorpresa, y acabo de salir del trabajo. Pero, sí claro. Llámame mañana y ya veo cómo ando de tiempo.

—Me parece bien. Te dejo porque vamos recoger el equipaje. Te llamo mañana.

—Sí, sí. De acuerdo.

Se quedó en la calle jugando con su teléfono sin saber muy bien qué pensar de lo sucedido. ¿Era algún tipo de broma? ¿Una cámara oculta para ver su reacción? Porque sin duda que la situación era tan surrealista como inesperada. Inspiró hondo y después de echar un vistazo a ambos lados de la calle como si esperarse que ella apareciese, decidió regresar al interior de café.

Cuando Jules lo vio regresar, presintió que algo no marchaba bien; a juzgar por la expresión de su rostro. Le parecía que estaba ausente. Se sentó y por unos segundos mantuvo su atención fija en su punto en el vacío. Ella esperaba a que él le dijese algo, ya que no quería parecer demasiado curiosa por el significado de la llamada.

—Disculpa que haya tenido que ausentarme.

—No, tranquilo. Estás en tu derecho.

Roberto apoyó un codo sobre la mesa y su mano bajo el mentón con gesto serio. Debía contarle a Jules quien era. Se lo debía porque no quería que los viese y pensase mal de él. Se habían acostado, y poco a poco ella comenzaba a importarle.

—Era una vieja amiga de España. Ha venido a París a pasar unos días y ver la Navidad aquí. Me llamaba para quedar algún día de los que estará aquí.

Jules no apartó su atención de él mientras se lo comentaba. Con los labios apretados se limitó a asentir entendiendo la situación.

—Bien.

—Trabajamos juntos en la editorial de Madrid.

Jules sospechaba que había algo más que él no le estaba contando. Lo notaba en el tono de su voz y en que le rehuía la mirada. ¿Por qué no confiaba en ella para contárselo? Esa actitud suya la estaba poniendo nerviosa y no entendía por qué, la verdad. Era como si le pareciese mal que no se lo dijese.

—Es un detalle que venga a verte, ¿no?

—Sí, lo es.

—No te lo esperabas. Solo he tenido que fijarme en tu expresión cuando leíste el nombre de tu amiga en el móvil. Y que salieses a hablar a la calle, también dice mucho de tu reacción.

—No lo esperaba, la verdad.

Ella siguió observándolo con detenimiento. No era el mismo que había entrado en aquel café parisino. No iba a indagar en su pasado preguntándole algo que él no quisiera contarle. De modo que dejó el tema y prefirió inventarse una excusa para marcharse.

—Olvidaba que había quedado con Sabine —le dijo mirando el reloj—. Me dijo que se pasaría por mi casa porque Sean está fuera de París, concentrado con el equipo para disputar un partido.

A él no pareció sorprenderle su repentina reacción ya que ella tenía dos hermanas. Lo vio algo natural. No se le pasó por la cabeza que fuese una excusa porque ella se sentía algo

desplazada. Que se debía a que su talante había cambiado después de la llamada.

—En ese caso es mejor que yo no sea el motivo de que llegues tarde —ironizó él tratando de parecer sereno—. No quiero que ella cambie su imagen de mí.

—Tranquilo que no le diría que llego tarde por haber estado contigo. Me lo echaría en cara diciéndome que podría haberla llamado y decirle que no quedábamos.

—De acuerdo. En ese caso, marchémonos.

Salieron del café y caminaron unos instantes hasta que ella decidió emprender el camino de regreso al parking de la editorial.

—Tengo que volver a por la moto. Te veré mañana en la oficina.

Él no parecía reaccionar, sino que seguía pensativo. De repente, la expresión de ella captó su atención. Tenía una media sonrisa, que reflejaba decepción. Su mirada no era la misma de antes de que él le explicase quién lo había llamado. Tal vez ella había pensado que era una amiga un tanto especial para él. Pero no era nada de eso. Estefanía era el pasado. Un libro que cerró en su día y que no iba a retomar por nada del mundo.

—Por supuesto.

Ella se volvió y emprendió el camino de regreso al edificio que albergaba las oficinas de la editorial para recoger su moto del parking. Se apresuró a desaparecer entre la multitud de gente que paseaba a esas horas. Gente que salía de las tiendas, de los cafés o que simplemente estaba dando un paseo esa tarde. ¿Qué narices le había sucedido a ella cuando él le contó quien lo había llamado? ¿Por qué de repente se comportaba como si él le importase de verdad? Consideró que lo mejor era marcharse a casa sin pensar en nada relacionado con Roberto. Siempre había disfrutado de su soltería e incluso se había jactado de esta, ¿qué había cambiado? ¿Una sola noche con él? ¡Por favor, ¿cómo podía ser tan sensible?! No, no, no. Ella tenía que seguir viviendo su vida y olvidarse de cualquier relación.

Roberto llegó a su casa y se quedó sentado en el salón con la mirada perdida. No entendía a qué venía su comportamiento, pero lo cierto era que Jules se había dado cuenta de que la aparición de Estefanía le había afectado a él. Y por ese motivo se había inventado lo que su quedada con su hermana Sabine. En un principio la creyó, pero recordó que ella le había asegurado al salir de la editorial que no tenía planes para esa tarde.

El timbre de la puerta de su casa comenzó a sonar. Frunció el ceño y sacudió la cabeza ya que no esperaba a nadie esa tarde. Se le pasó la alocada idea de que fuese Jules, pero la rechazó de inmediato. Y quedó constancia de que no era ella cuando al abrir la puerta se encontró con su hermana.

—Vaya careto que me tienes. ¿Todo bien por aquí? —le dijo ella al ver la expresión de su hermano.

Sandra no vaciló en entrar sin preocuparse por si él tenía compañía. Pero cuando escuchó cerrar la puerta y se fijó en su expresión abatida supo al cinto por cien que no estaba acompañado.

—No te esperaba.

—Si quieres que me vaya… —hizo un gesto con el pulgar hacia la puerta.

—No, no. Ya que estás aquí, te quedas. Me vendrá bien tu compañía.

—¿Qué sucede?

La mirada entornada con toda intención y el tono de sospecha de Sandra no pasaron desapercibidos para él. Se quedó de pie, frente a ella, con las manos en las caderas y una sonrisa sarcástica.

—De todo.

—Pues ya que estoy aquí empieza. Pero, te sugiero que abras una botella de vino.

—Sin duda que nos vendrá bien.

—¿Puedes darme un pequeño avance? Como en las películas.

Él regresó al salón con la botella y dos copas.

—Estefanía está en París. Me ha llamado esta misma tarde para informarme de ello.

Sandra se quedó boquiabierta sin dar crédito a esa noticia. Reaccionó de golpe y mirando su copa la cogió y la elevó hacia su hermano.

—Echa más. Lo voy a necesitar después de lo que acabas de avanzarme.

Jules empujó la puerta de su casa y entró en esta como si fuese un zombi. Con la mirada fija en un punto avanzó hasta llegar al salón y dar la luz. Resopló camino del ventanal del balcón y permaneció junto a este contemplando como la noche había caído ya sobre la ciudad. Tan solo se percibían los diversos puntos luminosos de las farolas diseminadas aquí y allá, como luciérnagas. No entendía qué era lo que le sucedía. ¿Por qué narices pensaba en Roberto y en su amiga de España? ¿Qué le podía afectar a ella? Se habían acostado, sí. Pero ello no indicaba que fuesen a formalizar una relación de pareja. Daba la impresión de que ya lo fuesen y ella se sintiese traicionada por el comportamiento de él.

—Parezco una cría. La verdad —rodó sus ojos y se apartó de la ventana. Se encontraba algo más relajada después de pensarlo. ¿Qué podía importarle a ella con quién se veía Roberto? Ella siempre se jactaba delante de sus hermanas de que seguía soltera y que después de lo de Alain no quería saber nada de los hombres. Pues si llegase a los oídos de las dos lo que había hecho con Roberto pensó poniendo los ojos como platos.

Sandra contemplaba a su hermano esperando una aclaración de lo que acababa de contarle.

—Me ha llamado esta tarde.

—¿Estabas trabajando?

Él se tomó un segundo o dos antes de responder. No parecía dispuesto a contarle la verdad a su hermana. Pero al final accedió a hacerlo. Le vendría bien alguna opinión, aunque fuese la de ella, y supiese lo que le iba a decir.

—No, estaba tomando un café con Jules.

Sandra no tardó ni un segundo en comenzar a esbozar una amplia y pícara sonrisa.

—Te chafó el plan.

—No sé qué quieres decir, pero estábamos tomando algo como cualquier otra tarde.

—Vale. ¿Y qué te contó Estefanía?

—Que ha venido con una amiga a ver el ambiente navideño, los mercadillos, y todo eso que ya sabemos. Me ha preguntado si podríamos quedar algún día.

—¿Qué le has dicho?

—Que en principio no tendría inconveniente en vernos.

Sandra se mordió el labio y asintió.

—¿Sigues sintiendo algo por ella? Ya sé que el tiempo y la distancia han hecho su papel, pero…—se calló de repente a ver la expresión de su hermano.

—No.

—Bien, pareces muy seguro.

—Sí, lo estoy. No te lo niego.

Sandra se sorprendió al ver la naturalidad de este, y por otro lado presentía que había algo más que no le había dicho.

—¿Te ha contado algo más?

—No.

—Vale. ¿Qué esperas de ella?

Roberto frunció los labios y sacudió la cabeza. En ese momento parecía que le hubiesen desconectado porque carecía de fuerzas y de reacción.

—No tengo ni idea.

—Lo de querer verte no deja de ser curioso. Llama la atención.

—Sí, no te lo discuto. A mí también me ha dejado sorprendido. No lo esperaba.

—Veremos qué sucede, pero es llamativo que venga a ver la Navidad en París, y piense en quedar contigo. Ya me contarás. Y por lo demás, ¿qué tal el trabajo?

Roberto movía la cabeza mientras escuchaba a su hermana.

—Bien, bien. No puedo quejarme de la elección que hice.

—Oye, y si Estefanía aprovecha la ocasión para pedirte que regreses a Madrid. No sería nada descabellado.

Roberto se fijó en la expresión de su hermana, y en como levantaba las manos como si la estuviesen atracando.

—No lo creo, pero, aunque así fuese… No voy a cambiar de idea. No tengo intención de mudarme de París.

—Estás decidido. ¿Tan bien te tratan las francesas?

—No me tratan mal. No. Nada de eso.

—Entonces, ¿qué me cuentas de tu compañera? ¿Todo bien con Jules? —Sandra se puso cómoda en el sillón. Cruzó una pierna por encima de la otra y miró a su hermano con diversión.

—No estoy seguro, la verdad.

—¿Por qué dices eso? ¿Ha habido algún roce en el trabajo? Mira que te conozco y sé que…

—Nos hemos acosado

Aquella interrupción la dejó boqueando como si fuese un pez. Abrió los ojos al máximo y parpadeó en repetidas ocasiones. Por último, emitió un silbido bastante revelador de lo que pensaba.

—Necesito otra copa de vino. A este paso vas a matarme —le dejó claro mirándolo con una expresión de desconcierto total.

—No es mi intención, que lo sepas.

—Me imagino. Desde la última vez que nos vimos tu vida ha sufrido un cambio bastante radical —Sandra bebió un trago y tras dejar la copa sobre la mesa, volvió su atención hacia su hermano—. Bueno, pues tú dirás cómo acabaste en la cama con tu compañera de trabajo.

—Fue al salir de trabajar. Nos fuimos a tomar algo con una de sus hermanas. La periodista deportiva. Y después de despedirnos de ella fuimos caminando por la Rue Rivoli. En un momento dado la atraje hacia mí, cuando iba a cruzar sin que viese al coche que venía a toda velocidad. Le pasé el brazo por los hombros, nos quedamos mirándonos como dos completos desconocidos, y la besé.

—Vaya… Ella no se opuso, claro.

—No.

—¿Y cómo coño acabáis en la cama?

—Le pedí que pasase la noche conmigo. El resto creo que no hace falta explicarlo.

—No, no. Puedo hacerme una idea. Pero… ¿y después de eso… qué?

—De momento no lo hemos hablado.

—Vale, luego entiendo que solo ha sido un polvo de una noche. No hay más.

—Ya te digo que no hemos sacado el tema.

—Pero, ¿pretendes tener algo con ella? Algún tipo de relación, no sé…

—No estoy seguro.

—¿Y ella? Bueno, claro, si no lo habéis hablado, vaya pregunta la mía. Pero, esperas a hacerlo o vas a dejar que la cosa pase.

—Ese es el dilema que tengo. Admito que Jules me atrae…

—Si te la has tirado…

—Ya, pero me estoy refiriendo a su carácter, a su forma de ser, de enfrentarse a las situaciones…

—Vale, ¿y qué te lo impide?

—Que ella no quiere saber nada de las relaciones. No después de que se la pegasen. Su pareja se fue con otra las pasadas navidades dejándola sola con el viaje que ella misma había preparado para los dos.

—Vaya putada.

—Por eso mismo.

—Sin embargo, queda claro que a ella le atraes.

—Ahora mismo no quiero pensar en nada que tenga que ver con relaciones.

—Si no te conociera diría que la repentina aparición de Estefanía te ha trastocado.

—A ver, es algo que no esperaba, y por eso me ha sorprendido. Pero, no me afecta a nivel emocional.

—No claro —sonrió su hermana con un guiño de complicidad a su hermano—. Con lo sucedido con Jules es lógico. Si ella te interesa, podrías poner intención en ello. Ya me entiendes, que ella vea que tienes un verdadero interés. Y que no te vas a largar de vuelta a Madrid, claro —Sandra puso un gesto serio al decírselo.

—Tranquila. No voy a salir huyendo de cada ciudad en la que estoy trabajando. No tengo ninguna intención de dejar París bajo ningún concepto. Incluso aunque no llegue a nada con ella.

—Es bueno que lo tengas todo tan claro. Solo te queda ir a por ella. Demostrarle que en realidad te interesa como compañera, y no solo de trabajo.

—Ya.

—Me alegra ver que lo de Estefanía lo has superado, pese a que se haya presentado en París —arqueó sus cejas, abrió los ojos como si le fuesen a salir y apretó los labios.

Roberto se limitó a hacer un sonido gutural.

—En fin, ¿te quedas a cenar? Es lo menos que puedes hacer dada la hora que es.

—Vaaaaaale. Ya que me lo pides, aceptaré tu oferta. De paso, repasaremos la táctica para que tu acercamiento a tu compañera sea un éxito. Digo yo que sabrás lo que le gusta y lo que no. Todo eso… ya sabes… —agitó la mano delante de ella y entrecerró sus ojos como si estuviese realizando un sortilegio, que dibujó una sonrisa en el rostro de su hermano.

—No sé qué pretendes que haga, pero te contaré lo poco que sé de ella.

—Oye, que te conoces su cuerpo, truhan. Y eso ya dice mucho de ti.

Roberto se quedó callado con gesto pensativo pensando en su compañera sin ropa la noche que se quedó a dormir.

—Por cierto, ¿se quedó a pasar la noche contigo?

—Hasta que se marchó de madrugada. Me aseguró que no le gustaría ir al trabajo con la ropa del día anterior.

—Cierto. Levantaría comentarios que trata de evitar. De ese modo no tiene que dar explicaciones a nadie. Ni escuchar comentarios que ambos sabemos. Sin duda que le importa su imagen en el trabajo. Discreta.

—Lo es.

—Eso está bien. ¿Qué cenamos? —preguntó cambiando el tema de golpe, dejando a su hermano paralizado justo cuando se levantaba del sillón para ir a la cocina. La miró y sacudió la cabeza

—Acompáñame a la cocina para que veas lo que tengo. No creas que mucho porque como fuera todos los días.

—Lo sé. Doy fe de ello. A propósito, sabía que ella tenía interés en ti cuando me fijé el día que comimos juntos —le aseguró palmeándole en el hombro.

—Pues ya que parece que tienes dotes de adivina, dime cómo conseguir que no me mande a la mierda.

—Siendo un buen arquero —le dijo viéndolo frunció el ceño como si no la entendiese—. Me refiero a que dispares y aciertes en su corazón.

Roberto frunció los labios y asintió.

—Desconocía tu faceta romántica.

—He tenido siempre un buen maestro —volvió a palmearlo y ambos acabaron riéndose.

Capítulo catorce

Cuando llegó a la editorial, Jules solo pensaba en centrarse en terminar, cuanto antes, el trabajo que tenía pendiente. Faltaban tres días para Navidad y había que dejar cerradas las novedades de enero. Si se metía de lleno en el trabajo, no pensaría en Roberto, quién, por cierto, no estaba en su silla. ¿No había llegado a esas horas? Tal vez la pasada noche quedó con su amiga española, la que había venido a verlo, pensó centrando su atención en la pantalla de su ordenador. De repente estaba junto a su mesa mirándola a ver qué estaba haciendo.

El perfume de ella parecía invitarlo a acercarse más y recrearse en la piel de su cuello que se perdía bajo la camisa. No era el lugar idóneo para quedarse allí contemplándola con cierto deseo. Sonrió, recordando la conversación con su hermana. Si Jules le atraía, más le valía ser una especie de Robin de los bosques, se dijo pensando en Sandra y en sus ocurrencias.

—¿En qué andas metida? —le preguntó apoyando la mano sobre el respaldo de la silla de ella.

Jules se sobresaltó al escuchar su voz tan cerca, lo que la obligó aire antes de responderle. Pero, lo hizo sin volver el rostro hacia él. Prefirió seguir contemplando la pantalla de su ordenador mientras ralentizaba sus latidos. Su proximidad la ponía nerviosa pero no quería que se lo notase demasiado.

—Son las novelas que están programadas para enero. Estaba repasando el texto que me ha enviado Caro. Acaba de maquetarlo. ¿Y tú? —volvió la mirada hacia él porque le parecía que mostraba cierto desinterés en él.

—Estaba hablando con Lucille sobre el cierre del año. Y las perspectivas que tiene para el próximo. Lo típico.

—Ya me extrañaba no haberte visto cuando he llegado.

—Se te hacía raro no veme —ironizó él dando un paso atrás cruzándose de brazos. La observó de manera detenida. Esa mañana la encontraba especialmente atractiva con el pelo recogido, dejando al descubierto su rostro. No se había perfilado la raya de sus ojos ni tan siquiera los labios. Tal vez esa era motivo por el que le atraía en ese momento: porque se mostraba al natural.

—Pues sí… Teniendo en cuenta que tú siempre eres de los primeros en llegar.

—Cierto. Estaba con Lucille. En fin, voy a ponerme a ello. No te entretengo más —Recordó sus palabras sobre que no quería que se levantasen comentarios sobre ellos dos en la oficina De manera que él no iba a prestarle más atención que la necesaria para comentar aspectos de las publicaciones. Ya quedarían fuera de la oficina llegado el caso.

Jules volvió a centrarse en el trabajo procurando ser ajena a la presencia de Roberto, y a lo que este podría llegar a provocarle con una mirada o una de sus sonrisas. Más le valía dejarse de zalamerías si no quería volver a caer en lo mismo que con Alain. Y para evitarlo debería apartarse de Roberto. Sí, o sí se dijo muy seria y centrada.

Roberto vio el nombre de Estefanía en la pantalla de su teléfono mientras la melodía sonaba. Se quedó contemplándolo unos segundos, pero sin reaccionar. Esto lo llamó la atención de Jules, quien lo miraba con sorpresa porque no respondía a la llamada.

—Te están llamando. ¿No piensas cogerlo?

En una especie de alarde de valor lo hizo y se alejó para poder hablar con cierta intimidad. Jules lo siguió con la mirada mientras él desaparecía por el pasillo hacia no se sabía

dónde. Sería su amiga de España, dedujo entrecerrando sus ojos y mordisqueándose el labio. Experimentó un repentino vacío en su estómago que le hizo ver lo equivocada que estaba. Sí le afectaba que él pudiese tener algo con la española e incluso que pudiese volverse a Madrid. Claro que pensar en esa posibilidad la aterraba porque en el fondo significaba que él le importaba, y que comenzaba a sentir algo. Este pensamiento la obligó a cambiar el rictus y a enderezarse en su silla.

—No, no, no… Ni hablar —se repitió sacudiendo la cabeza como si con ese gesto fuese a lograr desprenderse de sus emociones.

—Hola Estefanía, ¿qué tal te van las cosas por París? —Roberto había decidido bajar a la planta baja y hablar en el vestíbulo. De ese modo ni Jules ni nadie más escucharía su conversación.

—Bien, como puedes suponer. París es una belleza la mires por dónde la mires.

—Sin duda. Y más en estas fechas si te gustan las navidades.

—Quería saber si tendrías tiempo para quedar y vernos. Siempre que no tengas otros planes. Entiendo que tú estás trabajando y yo estoy de vacaciones.

—No hay problema. Podemos vernos cuando salga esta tarde. A las seis.

—Puedo pasar por las oficinas de la editorial a recogerte. Ya me he informado donde están. Y, además, tengo tiempo libre.

—Como quieras.

—Entonces, nos vemos esta tarde, y nos ponemos al día.

—Claro. Nos vemos —Roberto cortó la comunicación, pero permaneció en el vestíbulo un rato asimilando la situación. La verdad, prefería que quedasen cuanto antes. De ese modo él podría centrarse en otros asuntos. ¿Qué querría Estefanía como para estar de vacaciones en París y querer verlo? Se preguntó regresando a las oficinas para seguir con su trabajo. Cuando se fijó en Jules comprendió al momento que esa tarde no quedarían, lo cual no le hizo demasiada gracia. Era consciente de que debería tener muchísima paciencia porque emocionalmente ella no se fiaba. Que se hubiesen acostado no quería decir nada más salvo que se atraían, y que habían disfrutado del sexo. Un rollo más. Pero avanzar al siguiente nivel… eso eran palabras mayores. Y no pretendía sumar otro fracaso a sus relaciones. Entonces, se fijó en ella de regreso a la mesa. Sonreía divertida hablando con Lucille. Le gustó en especial su manera de hacerlo, de colocarle pelo detrás de la oreja, su mirada entornada hacia su editora y amiga en común. Detalles en lo que reparaba sin ser consciente de ello, ¿o tal sí?

—Se te cae la baba con ella, colega.

El comentario, o tal vez la entonación, que le dio Leonie, lo sobresaltaron. Se quedó mirándola sin saber qué diablos decirle. Tampoco creía que sirviese demasiado para justificarse. En vez de ello, se limitó a bajar la mirada y sacudir a cabeza sin dejar de sonreír, como un pedazo de tonto al que había pillado su compañera.

—Vale, mea culpa.

—Tranquilo. Caro y yo nos dimos cuenta en la cena de la editorial —arqueó sus cejas y apretó sus labios dejándole clara la situación.

Él recordó que ambas mujeres se habían sentado justo enfrente de ellos.

—Ya… —Roberto chasqueó la lengua.

—No sé qué os traéis entre manos, pero percibimos algo esa noche. Cierta complicidad, atracción… Ya me entiendes —entrecerró sus ojos y chasqueó los dedos ante el rostro de él—. Por no decir nada de ti ahora. En fin, venía a preguntarte por las novedades del próximo mes.

Roberto se quedó con la boca abierta, tratando de reorganizar sus pensamientos. Una especie de reseteado.

—Lo lleva, ella —le hizo un gesto con el mentón hacia Jules que seguía charlando con Lucille—. Yo estoy viendo los siguientes meses. Hay varias opciones que les comentaré a ambas. Habla con Jules, ahora está libre.

—Y tú procura no ser tan descarado —le sugirió con un guiño de complicidad.

Él se limitó a asentir tratando de no fijarse en Jules más de lo necesario o todos en la editorial se acabarían dando cuenta de que se sentía atraído por esta. No pretendía que eso llegase a suceder porque al final esos comentarios acabarían llegándole. Y Jules lo había dejado muy claro desde que se acostaron: no quería ser la comidilla de la editorial. Y, bajo ningún concepto, él traicionaría su petición.

Jules salió a comer con Caroline y Leonie como en otras ocasiones. Esta última había sido testigo de lo que Roberto sentía por su compañera editora. ¿Se habría dado cuenta de esto la propia Jules? Tanto Caro como ella habían sido testigos del juego de miradas y gestos cómplices entre su compañera y el español durante la noche de la cena. Lo que no les quedó claro era por qué él se había despedido sin más dejándola con ellas. Tal vez este comportamiento de él había sido el motivo por el que Jules no parecía haberse divertido. Tal vez su compañera también se sentía atraída por su compañero español, después de todo.

—Por cierto, ¿qué tal con Roberto? ¿Se desenvuelve bien en su nuevo trabajo? —La pregunta de Leonie era de lo más natural, casual y tal. Sin ningún interés oculto, en principio, claro estaba.

—Si tenemos en cuenta que era el editor de un sello romántico en España, en una editorial puntera…—Jules dejó el comentario a medias mientras abría sus ojos como platos y miraba a sus dos compañeras.

—Pero eso no quiere decir nada porque el trabajo puede variar —señaló Leonie—. Tal vez su manera de afrontar la edición de un manuscrito.

—Más o menos, pero se desenvuelve bastante bien, y tiene algunas propuestas bastante buenas.

—¿Y en lo personal? —Caroline no se cortó a la hora de hacer la pregunta que dejó a Jules algo parada contemplándola.

—Pues, ¿qué esperas que te diga? Tenemos una buena relación de trabajo, con nuestras discrepancias como puedo tener con vosotras dos o con Lucille.

—Pero… Hay buen rollo entre vosotros dos. Lo hemos notado —Leonie se sumó a la conversación siendo algo más clara. No esperaba que Jules les contara si a ella él le atraía, claro estaba.

Aquel comentario la dejó algo contrariada. ¿Cómo que lo habían notado? ¿A qué se refería con lo de buen rollo?

—Pues, ya os digo… Lo normal en un ambiente de trabajo —se encogió de hombros sin darle la menor importancia.

—Fue un poco aguafiestas la otra noche cuando se marchó después de la cena. Mira qué no quedarse ni un poco. Lo justo para tomarse una copa —comentó Caroline como si en verdad ello le hubiese fastidiado.

—Si no es de salir por ahí… mujer… ¿qué le vamos a hacer? —apuntó Jules

—¿Sabes si tiene pareja?

La mirada que Jules le dirigió a Leonie hizo que esta sonriese.

—Creo que no, por si te interesa. Aunque ayer lo llamó una amiga suya de España que ha venido a París a pasar unos días. A lo mejor tienen algo, ya me entiendes —le aclaró moviendo los dedos de manera significativa mientras sonreía con picardía.

—Coño, pues venirse desde España unos días a verlo… Ya tiene que ser alguien especial —apuntó Leonie elevando las cejas con gesto de asombro.

—No tengo ni idea de quién es, ni tampoco me interesa saberlo —apuntó Jules algo irascible por este hecho, y sin saber por qué le molestaba si ella había dejado claro que prefería seguir soltera.

—¿Estás molesta por este hecho o son imaginaciones mías?

La mirada entornada de Caroline y su tono hicieron que Jules tuviese que coger aire y reconfortarse.

—¿Por qué iba a parecerme mal lo que él hace? Chicas, ¿a dónde queréis llegar? —se encogió de hombros en un intento por parecer relajada, y que lo que hiciese su compañero a ella ni le iba ni le venía.

—A veces tengo la impresión de que sus atenciones hacia ti son con algún fin —resumió Leonie—. Como si le gustases.

Jules se rio ante el comentario de su compañera. Pero no pudo experimentar una repentina bofetada de calor, ni un incesante cosquilleo por todo su cuerpo. Más le valía reconducir la situación o acabaría delatándose ante ellas.

—Tienes mucha imaginación. Lo de corregir historias románticas te está afectando —le aseguró tratando de desviar la atención a toda costa porque no quería que nadie pudiese pensar que entre Roberto y ella había algo. No había nada pese a haberse acostado. No habían hablado del tema, y por lo que a ella concernía como si no lo hacían. No tenía interés alguno en iniciar una relación. Su soltería y ella seguían juntos, a pesar de que en algún momento le pudiese dar la impresión de querer abandonarla. Pero, no era este el caso. Incluso pensó que le venía hasta bien que las mujeres viniesen a verlo y quedasen con él. De ese modo ella se olvidada un poco de este.

—Yo creo que es algo más que mi imaginación. Ya te dije que os vi muy compenetrados en la cena.

—Vale. Y yo te repito que trabajamos juntos en la misma área todos los días —reiteró Jules con voz cansina. No quería que le colgasen un romance que no era. ¡Cómo para contarles que se había acostado, y que ella había pasado la noche en su cama! No quería ni pensar lo que le dirían.

—¿Crees que la chica que ha venido a verlo es su ex o alguna aventura? —preguntó Caroline.

—¿Y a mí qué me dices? No me sé la vida personal de él. Ni hablamos de esos temas. Solo de trabajo. Por cierto, ¿no crees que es meterse dónde no te llaman? —Jules frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Ya, vale, vale. Es simple curiosidad. Por si tú sabías algo.

—No. Siento decepcionarte —Jules esbozó una sonrisa bastante cómica—. Creo que deberíamos dejar a Roberto, terminar la comida y regresar a la oficina. Yo al menos tengo bastante jaleo.

—Pues queda poco para que se acabe el año —recordó Caroline.

—Pues por eso mismo. Lucille quiere tener cerradas varias novelas para los primeros meses del nuevo —les explicó Jules algo más tranquila una vez que habían dejado a Roberto tranquilo y retomaban el tema del trabajo. Iba a tener que mantener cierta distancia con él para

no dar qué hablar. Si ya sabía ella que no había sido buena idea ir a casa de él aquella tarde. Pero…

Roberto miró el reloj y vio que era la hora de salir de la editorial. Eso le llevó a pensar en Estefanía. ¿Lo estaría esperando ya en el vestíbulo del edificio? No pudo evitar sentir cierto nerviosismo e incertidumbre. Ni siquiera sabía cómo iba a reaccionar porque hacía más de un año que no se veían. Cuando se marchó de la editorial en Madrid estuvo unos meses sin hacer nada. En cuanto la noticia se conoció muchos conocidos lo llamaron para saber qué había sucedido, y cuáles eran sus planes de futuro. Él solo respondía que necesitaba un tiempo de reflexión después de años de mucho trabajo tras los que había situado al sello romántico en el lugar en el que lo dejó. Luego, con el paso de los meses decidió tantear el mercado editorial fuera de España y como si el destino lo estuviese escuchando, se topó con la oferta de París. Cuál fue su sorpresa cuando supo que la editora era su amiga y compañera de la universidad. En ese momento decidió que aquella opción no podía ser una casualidad.

Jules lo observaba con atención desde su mesa. Él no se movía. Incluso creía que ni si quiera respirase. ¿Qué le pasaba? ¿Tenía que ver con su amiga española? Debía admitir que su semblante cambió la otra tarde cuando regresó de hablar por el móvil con esta. Sintió un ligero escalofrío por todo el cuerpo. Dijese lo que dijese, en el fondo le afectaba que él fuese a quedar con una vieja amiga. Una, que había viajado a París para verlo. ¿Quién hacía algo así? El vínculo entre ellos dos debía ser bastante fuerte, se dijo. Cogió aire, apagó su ordenador y tras recoger sus cosas se encaminó hacia él.

—¿Piensas pasarte aquí toda la noche?

Él volvió el rostro hacia ella y esbozó una media sonrisa.

—No, claro. Por supuesto que quiero marcharme. He tenido bastante por hoy.

—Es que te veo ahí sentado con gesto pensativo, y me preguntaba si no querías dejarlo por hoy. Además, faltan dos días para Navidad.

—Sí, pero tú no eres muy fan de esta —le recordó elevando sus cejas y entornando su mirada en dirección a ella.

—Ya bueno… Pero, no quiere decir que el resto de la gente también no lo sea. Supongo que quedarás con tu hermana.

—¿Y tú con las tuyas?

—Sí, sí. Haremos una reunión con nuestros padres en el restaurante de Margot.

—Tienes que decirme dónde queda.

—¿El restaurante? —preguntó de manera algo ingenua porque sabía que él se estaba refiriendo a este—. Ah, eso es sencillo. En la plaza de los artistas. Cerca de Montmartre. Se llama L’Orchidée.

—Tomaré nota para ir algún día.

—Dímelo para que mi hermana te reserve una mesa. No es nada sencillo tenerla en un restaurante con dos estrellas.

—Vaya, lo desconocía.

Metidos de lleno en la conversación los dos fueron caminando hasta llegar al ascensor y bajar al vestíbulo.

—¿Cómo llevas las novedades de enero? Imagino que las tendrás cerradas —le dijo consciente de que así sería porque la había estado viendo currar sin descanso en estas.

—Sí. Hemos dado el ok a la portada y estamos barajando la fecha de salida. Y ahora a por la siguientes, ya sabes que esto es un <<no parar>>

Roberto la dejó salir del ascensor y juntos siguieron caminando hacia el vestíbulo. Se fijó en las personas que había allí, pero ni creyó reconocer a Estefanía en un primer momento. Suponía que lo estaría esperando en la calle.

—Te invitaría a tomar algo, pero supongo que has quedado con tu amiga española.

El comentario de Jules hizo que él se detuviese algo dubitativo, sin saber muy bien qué decir. Tuvo la impresión de que su pulso se detenía al contemplar la mirada de ella. ¿Notaba cierta decepción en sus palabras? Aquella situación parecía pillarlo con el pie cambiado.

—Sí, supongo…

A Jules le pareció que él no lo decía convencido, lo cual la sorprendió. Salieron del edificio y él siguió caminando al lado de su compañera, ajeno a la gente, que pasaba por delante del edificio. Hasta que una voz conocida pronunció su nombre obligándolo a detenerse y buscar a su dueña con la mirada.

—Roberto…

Ambos la contemplaron abrirse paso entre la gente y quedar expuesta ante sus miradas.

Jules sintió una fuerte sacudida en su interior al verla sonriendo a Roberto. Elegante con un abrigo azul intenso hasta los pies. El pelo oscuro cortado a media melea, lisa que enmarcaba su rostro de una manera perfecta. Era una mujer joven; más que él. La vio acercarse más a él para darle un par de besos como saludo, sujetándolo con una mano apoyada en el brazo de él, antes de fijarse en ella.

—Hola, soy Estefanía, una amiga de Roberto —se acercó más a ella para darle dos besos y que ella absorbiese su perfume algo empalagoso.

—Encantada, soy Jules, su compañera en la editorial.

—Seguro que te hace trabajar mucho —dijo aferrándose al brazo de él con confianza, como si entre ellos hubiese algo íntimo y personal.

Jules frunció los labios en una mueca que quería mostrar que no le daba importancia, pero en su interior algo se estaba produciendo. Una sensación desconocida y que pretendía desterrar ¡ya! Por suerte para ella, Caroline y Leonie pasaban por allí y se quedaron mirando a los tres.

—Esperadme, chicas. Bueno, os dejo. Ha sido un placer conocerte, Estefanía. Disfrutad de la noche, y te veo mañana —miró a Roberto con una mezcla de rabia e ironía por lo que sentía y le acababa de decir.

—Sí, mañana nos vemos, Jules —le refirió sin ganas, consciente de que le sucedía algo. De que su manera de mirarlo y de hablar con él habían cambiado desde que apareció Estefanía. La contempló alejarse en compañía de Caroline y Leonie y se sintió algo extraño por no ir con ellas tres. Entrecerró sus ojos y apretó los labios al tiempo que asentía en silencio.

—¿Nos vamos? —le preguntó ella viendo que él no parecía reaccionar a su presencia allí.

Roberto tardó unos segundos en hacerlo. Parecía confuso por la situación vivida.

—Disculpa, estoy algo espeso todavía. Hemos tenido un día con mucho jaleo y estoy algo distraído.

—No te preocupes, lo entiendo.

Roberto cogió aire y puso la mejor de sus caras.

—¿Cómo te ha dado por venir a París?

—Una amiga me lo propuso y no vacilé. Luego, me recordé que Juanjo me había dicho que te habías venido aquí para empezar en un nuevo proyecto. ¿Por qué? Nadie esperaba que hicieses algo semejante. Y más cuando tú habías sido el fundador del sello Sensaciones, que deja que te diga sigue aupado a los primeros puestos en las listas de ventas.

—Es una buena noticia que, a pesar de mi renuncia para continuar dirigiendo el sello, este siga dando buenos resultados.

—Sí, tuviste una buena visión. Pero, no me has dicho por qué tomaste esa decisión. ¿Tuvo que ver con que tú y yo nos distanciásemos un poco?

—¿Un poco, dices? —se detuvo y se quedó mirándola perplejo.

El rictus de ella cambió al ver la expresión de él, así como escuchar el tono de su pregunta.

—¿No lo dejarías por nosotros? —ella entornó su mirada y se quedó con los labios entreabiertos.

Roberto resopló antes de levantar la mirada hacia el cielo. Luego sacudió la cabeza mientras cruzaba los brazos.

—Admite que no tenías ningún interés en nuestra relación. Te cansaste demasiado pronto y te buscaste un nuevo estímulo. ¿Me equivoco? ¿Qué tal Juanjo?

—Tú y yo no estábamos comprometidos, ni nada por el estilo. Ni íbamos a casarnos. ¡Por favor! No eras el único hombre sobre la faz de la tierra —exclamó ella gesticulando con los brazos y poniendo los ojos en blanco.

—Me quedó claro en su momento. Cierto que no estábamos comprometidos, pero tú tampoco tenías mucha intención de hacerlo. No quería marcharme, pero tampoco sabía cómo quedarme. No me diste ninguna razón para hacerlo.

—No puedo creer que… —se llevó la mano a la boca abierta.

—Y ahora, después del tiempo que ha pasado sin vernos, vienes a París y me llamas para quedar y vernos. Ni si quiera esperaba que tuvieses mi número.

—Te sorprendió mi llamada.

—Puedes hacerte una idea.

—Pensaba que te alegrarías de verme después de todo, pero ya veo que estaba equivocada. Ha sido una mala idea.

—Me alegra verte y ver que estás bien; por supuesto.

—Pues lo disimulas muy mal —le reprochó con una mueca de fastidio—. En fin, creo que llamaré a mi amiga para ver qué hace. Será mejor compañía que la tuya. Oye, ¿no te habré fastidiado tus planes con tu compañera, y por ese motivo estás pagándola conmigo?

—No tengo ningún plan con nadie. No después de lo que tú y yo tuvimos.

Ella asintió con una cínica sonrisa.

—Vaya, sí que te dejé marcado.

—Me quedaron muy claras algunas cosas. Por cierto, ¿qué tal está Juanjo? Antes te pregunté por él, pero no me respondiste.

Ella enmudeció de repente y lo miró como si fuese culpable. Tragó como pudo y apretó los labios.

—Bien, dirige el sello desde que tú te marchaste —le informó sin mucho interés.

—¿Te va bien con él? —Ella cerró los ojos y resopló—. No hace falta que respondas. En fin, has dicho que iba a llamar a tu amiga para veros. Y yo estoy cansado y quiero irme a casa. Mañana tengo que madrugar y tú sigues de vacaciones.

—¿Te marchas?

—Acabo de explicártelo. Adelante, llama a tu amiga, no te quitaré las intenciones —le hizo un gesto con la mano como si la invitase a ello—. Buena suerte en la vida.

Ella lo vio darse la vuelta y comenzar a alejarse de ella sin mirar atrás. Con aquel saludo frío. Un plantón en toda regla que la dejo con la boca abierta incapaz de decir algo.

Roberto inspiró hondo y sonrió con satisfacción por lo que acababa de suceder. Al final, no había sido para tanto. Pensó que volver a ver a Estefanía le traería a la mente los recuerdos de los buenos momentos vividos a su lado. Pero, nada de eso había sucedido, lo cual era de agradecer y venía a corroborar lo que él ya se imaginaba: le interesaba otra mujer. Una que a estas horas estaría en su casa.

Capítulo quince

Jules llegó a casa después de dejar a Caroline y Leonie. No quiso ir con ellas a tomarse algo, sino que prefirió estar sola. Lo cierto era que no entendía que mierda le sucedía, o más bien no quería reconocerlo: Roberto comenzaba a afectarle más de lo que ella quería. No pensó que acostarse con él pudiera suponer algo más que solo sexo. Sin embargo, confiaba en seguir alardeando de su soltería, su independencia. No obstante, algo le había tocado alguna fibra sensible que le hacía sentir una mezcla de emociones. Estar cabreada porque él hubiese quedado con su amiga española no era un buen síntoma. Porque a decir verdad así era como se encontraba. Estaba decepcionada con él porque no había hablado con ella de lo que había sucedido entre ellos. Claro que, a lo mejor para él, acostarse con su compañera de trabajo era algo normal, después de todo. Pero no para ella. Habían tenido momentos a solas para hablarlo, se dijo sonriendo con ironía. Durante la comida, tomándose un café o al salir del trabajo. Claro que ella tampoco había dado ese paso, pensó mordisqueándose el labio y arqueando las cejas sentada en el sofá con una pierna sobre este. A lo mejor para él no había significado nada y pretendía seguir como hasta ahora. Sin complicaciones, lo cual ella le agradecía porque de ese modo se mantendría fiel a su filosofía de no buscarse una pareja. Pero no parecía ir por el buen camino para lograrlo. Debería seguir considerándolo como su compañero. Después de todo. Había sido una sola noche y punto. Mejor.

Roberto se sentía algo más ligero una vez que la situación con Estefanía había quedado aclarada. ¿Para qué había querido verlo? Habría sido mejor que no lo llamase. Él no había pensado en ella en todo el tiempo que había transcurrido desde que dejó Madrid. A ese respecto él estaba tranquilo, centrado en su nuevo puesto de trabajo allí en París, con un ambiente totalmente distinto que incluía a Jules. Se le pasó por la cabeza llamarla a ver qué estaba haciendo o pasar a verla por su casa. Sin embargo, descartó ambas opciones porque consideró que lo mejor sería dejarlo estar. Ya hablaría con ella al día siguiente. Tenían pendiente una conversación sobre la noche que pasaron juntos. No tenía pensado que se siguiesen viendo fuera del trabajo. Él no iba a forzar la situación sabiendo que ella había tenido una mala experiencia. Le había dejado claro que no quería más relaciones, y él respetaba esa decisión. Así como que nadie en la editorial pudiese relacionarlos. Y en ese aspecto, Caroline y Leonie, se habían anticipado. Ambas parecían bastante puestas en ellos dos después de la cena de Navidad de la editorial.

Resopló y sacudió la cabeza sin querer pensar más en su compañera. Y él, que había decidido venir a París escapando de situaciones emocionales se topaba de bruces con una allí mismo. No estaba por la labor de volver a marcharse de un sitio por una mujer. Así que, aguantaría de todo con Jules, pero no se iría de París.

La vio llegar a su mesa en la editorial, vestida de manera casual, como si lo hubiese improvisado. Unos vaqueros, una camisa malva bajo un cárdigan de color gris y unas deportivas que le llamaron la atención. Por más que lo intentó no pudo evitar quedarse mirándola.

Jules no tenía intención de fijarse de manera descarada en su compañero, pero no pudo evitarlo. Y menos si él estaba haciendo lo mismo con ella. El frío que traía de la calle, de haber ido sobre la moto, comenzó a desaparecer con las miraditas de él. No empezaba bien el día

porque lo que pretendía era mantenerse fría y distante, se dijo sonriendo cuando llegó a su altura.

—Buenos días.

—Buenos días —le dijo él girando la cabeza hacia ella y observándola sentarse.

—¿Pasa algo? —le preguntó ella elevando las cejas y poniendo cara de sorpresa.

—No, no.

—Pensaba que a lo mejor me había manchado con el café. O que mi ropa tenía algún defecto.

—No. Estaba pensando en algo relacionado con el trabajo y me he distraído.

—Ummm —No quería preguntarle por cómo le había ido con su amiga española la pasada noche. No era de su interés a pesar de que sentía la curiosidad comiéndola por dentro y pensaba que no se quedaría tranquila hasta no satisfacer su curiosidad. Por eso mismo, al final, no pudo con ello—. ¿Qué tal anoche con… Estefanía, se llamaba?

Roberto pareció no escucharla. Seguía centrado en el trabajo, pero al final le respondió.

—Bien.

—Me alegro.

—Todo quedó muy claro entre nosotros. Tengo que agradecerle que me llamase.

Jules se echó atrás en su silla cuando lo escuchó hablar con un tono algo irónico. ¿Qué habría pasado entre ellos? ¿A qué se refería con que todo había quedado aclarado?

—Me alegro que te lo pasases bien.

—Yo no he dicho eso —la corrigió al momento.

—Me has respondido que <<bien>> así que entiendo que…

—Pero, no en el sentido que tú crees.

—¿En qué sentido lo estoy diciendo según tú? —Roberto no fue ajeno al tono mordaz de ella al hacerle la pregunta. ¿Qué le sucedía esa mañana? ¿Falta de cafeína?

—El de salir por ahí a tomar algo, tal vez cenar, ya me entiendes.

—Entiendo.

—Yo me refiero como bien en el sentido de que aclaramos algo que quedaba pendiente.

Jules frunció el ceño al escucharlo.

—Estás muy misterioso esta mañana. Bueno, ¿qué? ¿Qué harás pasado mañana? Es Navidad —Lo contempló gesticular como si no supiese qué decirle; o en verdad es que no tenía ni idea.

—Tengo que hablar con mi hermana.

—¿Vas a pasarlas con ella?

El tono de duda con el que Jules le hizo la pregunta, y su mirada lo pusieron en aviso.

—Sí, claro. Es la única familia que me queda. Y ambos estamos viviendo aquí en París. ¿Con quién estabas pensando que iba a hacerlo?

Por un instante Jules pensó que tal vez la tal Estefanía la pasase con él. Pero acababa de dejarle claro que lo haría con su hermana.

—Yo las pasaré con mis dos hermanas y mis padres, como te comenté.

—Es lógico por tu parte. Bueno, voy a hablar con Lucille sobre las fechas de publicación de dos historias que tengo entre manos. Si te apetece podemos salir más tarde a tomarnos un café.

Él se quedó de pie junto a su mesa, mirándola de una manera que daba a entender que le apetecía que ella aceptase. De ese modo tal vez podrían aclarar lo que sucedió entre ellos.

—Sí, te lo acepto.

—Vale. Voy a hablar con la editora jefa —señaló el despacho de ella y sonrió.

Jules permaneció sentada a su mesa, dándole vueltas a por qué había accedido a tomarse un café con él fuera de la oficina. Si la pasada noche se había estado repitiendo que lo mejor para ella, era que Roberto estuviese en compañía de su amiga española, ¿por qué accedía a su invitación? Lo mejor que podía hacer era poner tierra de por medio con él. Ella quería volver a ser la misma que era antes de que él llegase. Antes de irse a la cama con él. Pero, no sabía qué era lo que estaba fallando.

Media hora después, los dos abandonaron el edificio en mitad de un ambiente navideño. El conserje del edificio lo había decorado para la ocasión. Había un pino con adornos, algún que otro Papá Noel, y demás figuritas.

—¿Has decorado tu casa? —le preguntó Jules sorprendiéndolo, ya que él dio un ligero respingo.

—No he tenido tiempo para salir a comprar un árbol y los adornos.

—Pues ya llevas algún tiempo aquí como para no haberlo hecho.

Roberto percibió la ironía en su tono, de nuevo y la complicidad en su mirada.

—Pues creo que, o me pongo las pilas esta tarde cuando salga de aquí, o este año pasaré las navidades sin decoración en la casa. Tampoco es algo que me quite el sueño, si te soy sincero.

Jules se quedó callada, pensativa, camino del café al que solían ir a menudo. Una alocada idea se le cruzó por la cabeza, o más bien fueron los cables cuando se escuchó:

—A mí me sobran adornos de otros años. Si quieres podemos pasarnos por mi casa, ves lo que tengo y te llevas lo que necesites.

¿Qué narices hacía invitándolo a su casa esa tarde? Le preguntó su subconsciente al ver la cara que se le había quedado a él. Pero, ¿es que se había vuelto loca?

Roberto no supo qué responderle, y agradeció que estuviesen entrando en el café. Así podía pensar en la invitación de ella. Podría ser una buena ocasión para aclarar lo sucedido entre ellos.

—Si no tienes otros planes, claro —se apresuró a decirle ella al ver que parecía estárselo pensando. No quería interferir en lo que tuviese que hacer. Pero, entonces lo vio sacudir la cabeza y ella sintió cierto alivio después de todo. No entendía por qué lo estaba dejando entrar en su vida de aquella manera tan imperceptible. Pero, ya era algo tarde para salir corriendo.

—Nada. Irme a comprar un árbol. Pero, ya que a ti te sobran adornos, y si no vas a ponerlos me los llevaré. ¿Qué tomas? —le preguntó al ver al camarero se situó en la mesa que compartían.

—Café largo. Bien cargado.

—Dos.

Ella elevó una ceja y frunció los labios.

—¿No has descansado bien?

—No creas.

Ella no quería parecer una interesada en su vida personal, y creía que preguntarle por la hora a la que se había acostado era demasiado íntimo. Se quedaron mirándose en silencio el tiempo que tardaron en servirles los cafés.

—Te noto taciturno esta mañana y no quiero ser una cotilla, pero me pregunto si tu estado tiene algo ver con la visita de tu amiga de España —removía el café sin apartar la atención de él.

—En parte. Sí. La verdad es que no esperaba que me llamase para vernos.

—Toda una sorpresa. Eso ya me lo dijiste.

—Sin duda —bajó la mirada hacia su taza y permaneció así un rato lo que llamó la atención de Jules.

—¿Estás leyendo tu futuro en el café o qué? Es que te has quedado mirándolo de manera fija, y das esa sensación. Y disculpa que me ría, pero... —se detuvo cuando vio que él también se reía, y eso le agradó, y bastante. Sintió el calor subir hasta su rostro.

—Pues no, no tengo ese poder de adivinación.

—Vale, de lo contrario te preguntaría qué me depara el nuevo año —cogió la taza para beber, pero sin dejar de observarlo.

—Yo espero que te marche bien en todos los aspectos.

—Gracias.

—Éxitos en el trabajo, salud… —se detuvo pensando si debería incluir el aspecto sentimental—. Lo que le pidas al nuevo año.

—¿Y tú? ¿Qué le pedirás?

—Que se mantenga en una buena línea.

—Espero que no cambies de empleo…

—Ya te dije en su momento que estaba dispuesto a seguir hasta el final. Lo que me lleva a recordarte que mi período de prueba toca a su fin —arqueó las cejas con toda intención y la vio reírse mientras se echaba atrás contra el respaldo de la silla.

—No puedo creer que lo hicieras, sabiendo el cargo que habías tenido en la editorial española. Admite que me estabas vacilando. Debería redactar un informe desfavorable para que Lucille te pusiera de patitas en la calle —le aseguró señalándolo con su dedo.

—Tienes toda la razón. Podrías hacerlo y me marcharía el último día del año.

Ella palideció cuando lo escuchó decirlo, pero sobre todo por la seriedad con la que se lo dijo. Era como si en verdad lo desease.

—No es lo que quieres. Así que déjate en paz de gilipolleces. Lo siento por ti, pero esta vez no me la cuelas. No voy a pedirle a Lucille que te marches.

—Gracias. Eso es porque trabajamos bien en equipo.

Ella cerró los ojos unos segundos y sus labios se curvaron despacio en un esbozo de sonrisa. Cogió aire y experimentó una ligera sacudida en el pecho.

—Cierto. Pero, es fácil trabajar con alguien como tú, que has…

—Eh, eh, para el carro. Yo soy el recién llegado y me he adaptado a ti, a tu manera de trabajar. Eres la editora encargada del sello romántico, y debo decir que me ha parecido fantástico trabajar a tu lado.

—Según lo dices parece que fueses a marcharte… Hablas en pasado…

—Donde he de marcharme es de regreso a la oficina. Y tú también.

La mirada de él le pareció más cálida y sincera que al principio de ese día. Era como si el hecho de estar con ella lo hubiese cambiado. Ella no quería que se marchase de la editorial… porque ello significaría que también lo haría de su vida. Y eso era algo que tampoco quería.

—Vamos, pago al salir —la esperó mientras apuraba el café y se levantaba de la silla. La acompañó con su brazo sin llegar a rozarla si quiera.

Jules sintió la cercanía de él y cómo al salir sus cuerpos se tocaban de manera causal e imperceptible. Ella se vio obligada a contener la respiración cuando la mano de él se apoyó en su espalda. Sabía que si giraba y levantaba su rostro se encontraría el de él a escasos centímetros, lo que los comprometería.

Caroline sonrió con toda intención cuando los vio regresar juntos. Si Roberto no quería

que se le notase que su compañera le atraía, estaba haciendo todo lo contrario, pensó la chica. Los vio sentarse cada uno en su sitio y continuar con el trabajo como si nada.

—Claro que quedaremos Sandra. Tú solo dime lo que necesitas. ¿Algo de compra?

—Más bien que te pases por mi casa y planifiquemos lo que vamos a hacer. ¿Qué te parece esta tarde cuando salgas del trabajo? —le preguntó su hermana.

—Esta tarde es imposible. Bajo ningún concepto —le respondió de manera rotunda. No quería que nadie le estropease la tarde con Jules, y sus adornos de Navidad. Era algo que no estaba dispuesto a negociar. Creía que se lo debía a ella por la expresión que percibió la tarde anterior cuando él se marchó con Estefanía. Como si se sintiese decepcionada porque no se marchasen juntos al salir del trabajo. Y él también lo necesitaba. Pasar tiempo a su lado para cerciorarse de lo que sentía por ella.

—Vale. Me ha quedado claro que tienes algo urgente que hacer.

—Así es. Algo que no puedo ni quiero demorar. ¿Te viene bien mañana por la tarde?

—Perfecto. Mañana hablamos de lo que haremos. Y de paso me cuentas que es eso tan ineludible que tienes entre manos esta tarde. Aunque puedo hacerme una idea… Llámame tú para quedar, no quiero interrumpir nada.

El tono algo socarrón de su hermana le dio que pensar. Permaneció de pie, mirando el móvil como si este fuese a decirle algo más. ¿A qué había venido aquel tono? Tal vez su propia respuesta tan directa y tajante la había alertado con quien iba a quedar. Miró hacia la mesa de Jules, pero esta no estaba en ese instante. Pensó que sería lo mejor para ella. De lo contrario su manera de contemplarla la pondría nerviosa.

—¿Nos vamos? —Roberto no esperaba escuchar la voz de ella en ese momento en el que estaba tan centrado.

—Estoy contigo en dos minutos…

—Vale.

El móvil de ella comenzó a vibrar en el interior de su bolso. Lo sacó y no se sorprendió al leer el nombre de su hermana mayor: Margot.

—¿Qué quieres?

—Saber que vendrás a cenar en Nochebuena al restaurante.

—Claro, ¿dónde pensabas que iba a ir?

—Yo pregunto.

—Sí, cuenta conmigo. Ya sabes que a mamá le daría algo si no estuviésemos las tres.

—Entendido. ¿Qué tal? Hace días que no sé nada de ti.

—Pues ahora mismo me dispongo a salir de la oficina.

—¿Y qué planes tienes? Si te apetece puedes pasarte por aquí. Ahora no hay nadie.

—Gracias, pero tengo planes.

—Uhhhhh. Según lo has dicho me has despertado la curiosidad. ¿Con tu compañero?

Jules entrecerró los ojos y se mordisqueó le labio pensando si debía contarle la verdad, sabiendo que su hermana se iba a montar una película. Pero, ¡qué diablos…!

—Sí, va a venir a casa a coger los adornos que me sobran para su propio árbol.

—Vaya… Tal vez el mejor adorno seas tú.

—Ja. Menuda tontería. Ya sabes lo que pienso.

—¿Qué tal anda tu soltería? ¿Vendrá también a la cena? —frivolizó su hermana vacilándola una vez más.

—Por supuesto. No salgo de casa sin ella.

—Pues más te valdría dejarla, o mejor, abandonarla en algún momento.

Jules miraba a Roberto en todo momento mientras este terminaba y apagaba el ordenador.

—A lo mejor lo pido por Navidad. Tengo que dejarte que me marcho.

—Vale, te tomo la palabra. Ya hablamos.

—Sí, en otro momento —guardó el móvil y se centró en su compañero—. ¿Listo?

—Cuando quieras.

Jules pensaba en lo que Margot le había dicho: ¿abandonar su soltería? ¿Dejarla en casa y cambiarla por alguien interesante? Pensar en esto la hizo sonreír mirando a Roberto despedirse de la gente. No estaba convencida, pero decir que se lo pediría por Navidad había sido todo un atrevimiento que la iba a perseguir durante los próximos días.

Capítulo dieciséis

Roberto y Jules iban admirando la decoración de las calles más céntricas e intercambiando comentarios al respecto de lo que les parecían. Daba la impresión de que ambos pretendían alargar el trayecto hacia la casa de ella. Jules intentaba apartar de su pensamiento las palabras de su hermana acerca de que podía ser el mejor adorno navideño para Roberto. Iba a ser que no. No tenía intención de iniciar una relación a pesar de que él le atraía.

—Vale, hemos llegado —le dijo ella de repente, deteniéndose delante del portal.

Roberto no dijo nada. Se limitó a contemplarla abrir la puerta y entrar. Los sensores de luz detectaron la presencia de gente y el espacio se iluminó con una claridad blanquecina.

—Espero que no tengas prisa porque tengo que buscar los adornos en el armario empotrado, a ver dónde los dejé cuando los quité.

—Tranquila. No tengo nada que hacer —le comentó dejándole clara la situación. No había hablado con su hermana, ni mucho menos con Estefanía, a quién imaginaba tal vez de vuelta en España.

—Vale… Pasa —ella se apartó para dejarlo entrar—. Espero que no te importe ver algo de desorden en algún punto de la casa, pero ando con el tiempo justo cada mañana. Y cuando llego a estas horas, pues lo que menos me apetece es ponerme a limpiar.

—Ya somos dos, entonces.

—Pasa y ponte cómodo mientras voy en busca de tus adornos. ¿Quieres tomar algo? ¿Una copa de vino, una cerveza…? —Ella se quedó contemplándolo con curiosidad. La parte más atrevida y juguetona de ella quería que le aceptase una copa de vino, y que se sentase cómodo en el sofá. La parte más cabal de ella, quería todo lo contrario: que no aceptase su invitación, le pidiese los adornos y saliera poco menos que huyendo de allí con estos bajo el brazo. De ese modo evitaría la tentación de pedirle que se quedase y pudiesen acabar amaneciendo juntos bajo la misma sábana.

Roberto pareció meditarlo un rato. Como si él también estuviese valorando las opciones que se le planteaban. Al final se impuso la que domina en ese preciso instante.

—Ya que me la ofreces, no te haré el feo. Una copa de vino.

Ella apretó los labios y asintió.

—Puedes echar un vistazo a los libros, si quieres.

—Apuesto a que la mayoría son ejemplares de novelas que habéis editado.

—Cierto. Lucille nos dice que cojamos alguno como recuerdo. Los hay firmados por la propia autora, cuando he acudido con ella a alguna presentación —le dijo elevando la voz desde la cocina, donde preparaba las dos copas. Las cogió y regresó al salón con ellas en la mano—. Ten.

Roberto no quería rozarle los dedos al coger la suya, pero resultó algo complicado. De no hacerlo, la copa podía acabar en el suelo. El leve roce de sus dedos hizo que ella lo mirase de manera fija y que le regalase una media sonrisa. No dijo nada y se la llevó a los labios para beber. Se centró en el sabor de vino dejándola un poco al margen.

—Tienes una casa acogedora —paseó la vista por el salón evitándola a ella. No quería que se convirtiese en el foco de atención.

—Te lo agradezco, aunque tampoco has visto mucho.

—Sí, claro. Pero, no me hace falta verla toda para asegurarlo.

Se quedaron contemplándose de nuevo, como si ambos se estuviesen preguntándose qué hacer, o qué estaría pensando el otro. Comenzó a sentirse algo incómoda sintiendo la mirada fija

de él en su rostro primero, y recorriéndole el cuerpo a continuación, de una manera disimulada, pero que a ella le producía un cosquilleo.

—Creo que es mejor que vaya a buscarte los adornos.

Él prefirió no añadir nada y se limitó a asentir frunciendo los labios. La vio alejarse y él se limitó a sacudir la cabeza sonriendo de manera irónica. ¿Qué narices estaba haciendo allí? ¿Por qué había accedido a ir hasta su casa? ¿De verdad le interesaban los adornos navideños? ¿O tal vez estaba allí para comprobar si entre ellos seguía existiendo esa atracción que los llevó a la cama en su propia casa? Escuchó ruido de cajas, exclamaciones de decepción primero, y de éxito a continuación.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó levantando la voz para que ella pudiese escucharlo, sin querer asomarse al pasillo para no ser un cotilla.

—No, tranquilo —le dijo apareciendo, de repente, en el salón cargada con una caja de cartón de la que sobresalían tiras de espumillón de varios colores.

La observó llegar hasta la mesa, y dejarla sobre esta.

—Bueno, pues aquí está lo que te prometí. Por un momento llegué a pensar que lo había acabado tirando al contenedor de la basura después de la putada que me hizo mi ex las pasadas navidades.

—¿En serio? —la miró con el ceño fruncido—. ¿Le echabas la culpa del comportamiento de tu ex a los adornos navideños?

—No, claro… Solo que en aquel momento podría haber arrojado cualquier cosa al contendedor.

—Deberías haberlo arrojado a él. Se lo merecía. Lo entendería, la verdad.

Su comentario la obligó a sonreír.

—Sin duda que tienes toda la razón. Digamos que no lo pude hacer de una manera física, pero sí mental. ¿Entiendes?

—Pues claro.

Apretó los labios y asintió sin apartar su atención de él antes de centrarse en ver qué contenía la caja.

—Que te quede claro que no estás obligado a llevártelo todo. No te sientas en un compromiso por haber venido —lo miró de frente con las manos aferradas a la caja. La distancia que los separaba era menos de lo que ella hubiese deseado. Sentía la mirada fija de él como si la estuviese estudiando en todo momento.

—Vale. Dime lo que no te gusta y me lo llevo.

Le sorprendió su naturalidad. Se quedó mirándolo extrañada.

—Pero, sería un poco… No sé cómo definirlo, por mi parte el darte las sobras. ¿Lo que no me guste? Yo creo más bien te diría que puedes coger lo que quieras.

—No lo veo así. Además, dices que yo no tengo un árbol en mi casa, pero ¿qué me dices de ti? ¿Dónde está el tuyo? —giró en redondo en el salón para localizarlo, pero no lo encontró. Se quedó contemplándola con curiosidad esperando que ella le diera una explicación.

Jules se quedó callada sin saber qué decir. No esperaba que él se fijase en este detalle y le saliese con esas.

—Sí… Bueno… No he tenido demasiado tiempo para sacarlo y ponerlo. La verdad.

—Bien… Luego… Los dos estamos en la misma situación. En mi caso acabo de llegar hace unos meses y en lo que menos pensaba era en la Navidad. Lo primero que tenía en la cabeza era asentarme en mi nuevo puesto de trabajo, y en la ciudad.

—Es normal cuando te mudas a otra ciudad e incluso país. Te entiendo. Bueno, pues

entonces… ¿Qué quieres hacer con todo esto?

—Me lo llevaré. Me sabe mal hacértelo sacar y ahora…

—Tranquilo. Lo puedo volver a guardar —cogió la caja e hizo ademán de marcharse, pero él la retuvo. Lo vio sacudir la cabeza.

—Espera —la vio detenerse de golpe y mirarlo con expectación—. ¿Tienes un árbol?

Ella se quedó pensativa, balbuceó sin entender qué pretendía.

—Sí, claro… En el armario donde estaba todo esto. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Y si montamos el tuyo? Aquí y ahora. Entre los dos. De ese modo me aseguraré que lo montas.

Jules abrió la boca para decir algo, pero no le salieron las palabras, y sin duda que se debía a que la propuesta de él acababa de dejarla sin reacción. Jadeó fruto de los nervios y del calor que experimentaba.

—Sí… bueno… ¿Por qué?

—Porque tus recuerdos de las navidades no son los que deberían ser. Y quiero crearte unos nuevos, si te parece bien.

Jules sintió el escalofrío reptando por su espalda hasta perderse en la nuca. Su pecho se agitó en demasía y el calor de segundos antes la abrazó de manera reconfortante.

—Bueno, si es lo que quieres… Quedarte y que lo montemos entre los dos…

—Sí, es lo que me apetece —le dejó claro con un tono firme sin apartar su mirada de ella, y deseando acortar la distancia entre ellos para besarla.

Ella asintió, apretando los labios como si temiese que él fuese a besarla en ese momento.

—En ese caso, voy por él mientras tú revisas los adornos.

—Hecho.

Se sentía ilusionada con que él se quedase, y le crease un nuevo recuerdo de las navidades. Pero ello también le ofrecía dudas acerca del futuro. ¿Y si al final él se marchaba de regreso a España dejándola con un palmo de narices? ¿Volver a pasar por lo mismo otra vez? Pensó camino del armario para coger al árbol. Pero, ¿por qué debería repetirse la situación? ¿Acaso le importaba? <<Oye, dale un toque a tu soltería para que aparezca de una vez por todas y deje las cosas claras entre vosotros dos>> le urgió la voz de su conciencia cuando comenzó a darse cuenta que ella estaba empezando a mirarlo con otros ojos. No quiso pensar en nada más y sacó el árbol que iban a decorar entre los dos. Podía imaginar las caras de sus hermanas cuando les contase que había puesto un árbol de Navidad con la ayuda de su compañero. Y lo que las dos le dirían, pero ¿qué podía importarle en ese momento en el que regresaba al salón con una sensación de calidez en su pecho?

—Aquí está —le dijo dejándolo sobre el suelo del salón. Lo miró con las manos apoyadas en sus caderas esperando su reacción que no se hizo esperar.

—Está bien. Pues manos a la obra.

Minutos después el árbol estaba puesto sobre las patas y con todas sus ramas abiertas esperando a ser decoradas. Habían dispuesto las luces y ahora llegaba el turno de los adornos.

—Sugiero que cada uno empiece, por un lado. De ese modo no nos estorbaremos —Jules quería estar lo más alejada de él en todo momento. Temía que la cercanía, le jugase una mala pasada.

—Me parece bien.

Cada uno se situó en un lado y comenzó a decorarlo, pero a ambos les resultó imposible no mirar lo que otro estaba haciendo, rozar sus manos cuando buscaban un adorno en la caja, reírse en complicidad. Por mucho que pretendiesen evitar cualquier contacto entre ellos les

resultaba complicado.

Roberto se centró en terminar su parte del árbol lo antes posible. Como si en verdad desease marcharse. Le gustaba pasar tiempo con Jules, pero era consciente de que cuántas más cosas hacían juntos más difícil se hacía no pensar en ella como algo más que su compañera de trabajo.

—Esto está concluido —dijo dando un paso atrás para poder contemplarlo desde otra posición.

—¿Ya?

—Si quieres te echo una mano con tu parte.

—Ya casi he terminado.

La observaba moverse alrededor del árbol mientras terminaba de colocar los adornos a este.

—Bueno, creo que por este año no ha quedado nada mal. Déjame ver tu parte.

Permaneció en el sitio esperando a que ella se acercase. Sintió la tentación de rodearla por la cintura y atraerla contra su pecho para contemplar el árbol de navidad terminado.

—Espero que estés de acuerdo con lo que he hecho.

—No voy a ponerte ninguna pega. Descuida. Pero, me estoy dando cuenta de que no han quedado adornos para que te lleves —dijo mirando la caja vacía de estos—. Deberíamos haber dejado parte de estos para tu propio árbol.

—No importa. Ya te he dicho que este año no pondré adornos en la casa. He estado demasiado metido de lleno con mi nuevo puesto de trabajo. Te prometo que el año que viene tendré un árbol de navidad en mi casa.

La contempló acercarse más a él, con una mirada risueña, y una sonrisa divertida.

—Gracias.

—No hace falta que me las des por haberte ayudado con tu árbol de Navidad.

—No lo digo por eso, solo.

—Se lo que sea, no debes dármelas. Lo he hecho encantado.

—Ya me he dado cuenta de ello, pero yo quería agradecerte el detalle que has tenido conmigo. De quedarte a echarme una mano haciendo que mis recuerdos de las pasadas navidades quedasen borrados.

—Me alegro. Lo cierto es que no te lo merecías. Recordar estas fechas porque tu ex te dejó. No era justo en unos días así. Créeme —le estaba acariciando la mejilla con sus dedos de manera lenta, tomándose su tiempo. Dejando que el pulgar le trazase el contorno de su rostro en ese momento. Ella tenía los labios entreabiertos, dejando escapar algún que otro gemido por ellos. Se inclinó sobre estos y los tanteó despacio, temiendo la reacción de ella. Pero lo que sucedió fue que los brazos de Jules se aferraron a su camisa, instándolo a besarla con más determinación, con más deseo que el inicial. La escuchó gemir y la sintió apretarse contra él buscando el contacto de su cuerpo. No quería irse, ni tampoco dejarla a ella. Quería seguir apretado contra el cuerpo de ella mientras no dejaba de besarla. Hasta que ella se separó y se quedó mirándolo a los ojos.

—¿Esto también forma parte de mis nuevos recuerdos para estas navidades?

—Sin duda que puedes añadirlo.

De repente se puso seria. Entrecerró sus ojos y dio un paso atrás para contemplarlo desde cierta distancia.

—No quiero que esto sea un bonito recuerdo que me quede si tú te vas. No pretendo pasar dos veces por lo mismo —dio un nuevo paso atrás con las manos en alto para evitar que él

la tocase, a pesar de que hacía unos segundos había permanecido entre sus brazos.

—No es mi intención. No voy a marcharme de París. No. He encontrado un buen lugar de trabajo con un excelente ambiente. Creo que tú misma puedes verlo a diario.

—No te lo niego, pero dejaste tu puesto en una editorial puntera en España —le recordó señalándolo con un dedo como si lo estuviese acusando de ello—. ¿Cómo sé que no volverás a hacerlo si las cosas marchan mal en la editorial? Nada ni nadie me lo asegura.

Él resopló y asintió posando sus manos en las caderas.

—Esta vez no va a suceder.

—¿Tan seguro estás?

La vio cruzar los brazos sobre el pecho y arquear una ceja en un claro gesto que demostraba su suspicacia.

—Lo estoy. Si me marché de mi anterior trabajo fue por una mujer, a la que has conocido —comenzó explicando viendo como ella cambiaba el rictus. En ese momento reflejaba curiosidad e incertidumbre. Había decidido que el momento de contarle la verdad era ese.

—¿Te refieres a tu amiga de España? La de la otra tarde —comentó observando como él asentía—. ¿Qué tiene que ver ella?

—Todo. Éramos pareja —contempló como Jules abría los ojos como platos y sus cejas se elevaban formando un arco—. Pero llegó un momento en el que ella empezó a perder el interés por la relación porque encontró a alguien que parecía satisfacerla más. De manera que no estaba dispuesto a verlos juntos todos los días. Por eso, consideré que lo mejor era alejarme de ellos y de paso abandonar la editorial. Por ese motivo cuando me llamó para vernos, me dejó sorprendido. Y aunque no me apetecía verla, es cierto que sirvió para cerrar ese libro de una vez por todas. Ese es el motivo por el que le envié mi propuesta a Lucille para venir a Paris. Ya conocía la ciudad de mi etapa de estudiante, y, además, está mi hermana, aquí. Esa es la historia. No hay más… Bueno sí, espero quedarme si paso el período de prueba —sonrió extendiendo los brazos a los lados quedando a merced de ella.

Jules no podía refrenar los latidos en su pecho. A medida que escuchaba la explicación de él más y más nerviosa se ponía. Y cuando llegó al tema de su amiga o ex española, creyó que se le detendría de un momento a otro.

—La verdad, no podía imaginar que esa fuese la razón por la que dejaste tu puesto en España, y te vinieras aquí. Pero… me alegro de que lo hicieses —se acercó de nuevo a él sin dejar de mirarlo—. En cuanto a lo de tu período de prueba, creo que deberíamos discutirlo ya que has sacado el tema. Faltan pocos días para que termine. Tal vez debas convencerme de que eres el indicado para seguir a mi lado.

Él apretó los labios y asintió.

—¿Qué necesitas para terminar de convencerte?

La había rodeado por la cintura atrayéndola hacia él una vez más para sentirla junto a su propio cuerpo. Le acarició la mejilla con el pulgar contemplando el brillo hipnótico de los ojos de ella, que iban desapareciendo de su campo de visión a medida que sus labios volvían a acercarse hasta quedar prisioneros el uno del otro.

Roberto despertó comprobando que el cuerpo de Jules estaba echado casi encima del suyo propio. Un amasijo de cabellos se esparcía sobre la almohada, dejando a penas visible el rostro de ella. Estaba boca abajo con un brazo sobre su pecho, y una pierna situada entre las suyas. Él sonrió al ver la postura de ella. Tan relajada y dulce en ese instante, sin nada que ver con la mujer de la pasada noche, apasionada y entregada. ¿Cómo olvidar su cuerpo desnudo

sobre el suyo? ¿Sus caricias y sus besos? ¿Sus palabras susurradas y sus gemidos previos al orgasmo? Le apartó el brazo para poder abandonar la cama, pero ella se removió emitiendo un gemido.

—No hace falta que tengas cuidado en no despertarme, ya lo estaba. Sé que hay que ir a trabajar.

—Sí. Desconocía que lo estuvieses.

—Lo estaba, pero me gustaba sentir tu cuerpo bajo mis dedos. Estaba a gusto.

—Pues siento decirte que tenemos que irnos.

—Imagino que querrás ir por tu casa a cambiarte de ropa…

—Pero, antes me quedo a desayunar contigo.

Ella se incorporó como si fuese una gata sobre la cama. Se apartó el pelo que se recogió en una cola improvisada.

—En ese caso, no perdamos tiempo. ¿Me da tiempo a darme una ducha?

—Supongo…

Ella rodeó la cama y lo cogió de la mano llevándolo con ella hasta el cuarto de baño.

—He pensado que podemos aprovechar el gasto de agua los dos juntos —le sugirió con un gesto travieso al que él no se resistió—. No es cuestión de desperdiciarla.

La siguió sin decir nada y juntos desaparecieron tras la puerta del aseo. No le quedaban dudas de que aquella era una forma agradable de comenzar el día. Y más si era con ella.

Capítulo diecisiete

Jules quedó con sus hermanas para planificar la cena de Nochebuena, y la comida de Navidad. Margot se encargaría de prepararla junto con Vincenzo. Sus hermanas y sus padres estaban invitados. A ella no le importaba meterse en la cocina para preparar el menú de ambos días. Era una tradición que celebraban desde que Margot abrió su restaurante L'Orchidée en la plaza de los artistas parisinos, cerca de Montmartre.

Las tres mujeres permanecían sentadas en un café antes de irse cada una a sus respectivos trabajos.

—Vale, entonces, a ver… Tú vendrás con Sean —comentó Margot señalando a su hermana pequeña, Sabine.

—Sí, claro. Ya se lo he comentado y vendrá.

—Genial. Otro cubierto más. ¿Qué me dices de ti, Jules? ¿Vendrás acompañada?

Esta se sintió el centro de la atención de sus dos hermanas, y como ambas fijaban sus miradas en ella con excesiva atención y curiosidad. Como si de su respuesta dependiese la cena de esa noche.

—Pues… no sé por qué debería venir acompañada —se excusó en un principio ya que ni le había comentado nada a Roberto, ni tampoco tendría por qué hacerlo a pesar de haberse acostado en un par de ocasiones.

—Lo pregunto por si has pensado pedirle a Roberto si quiere acompañarte.

—Ah…

—Oye, estás algo rarita esta mañana. Un poco lenta de reflejos. Por cierto, ya que estamos las tres juntas, podrías explicar qué tal te fue ayer tarde con lo de los adornos. ¿Se llevó muchos? —Margot disimuló volviendo su atención al cuaderno en el que tomaba notas para la cena de esa noche.

—¿De qué adornos habla? —preguntó Sabine mirando a Jules con el ceño fruncido nada más escuchar el comentario de Margot.

Jules resopló y puso cara de fastidio por tener que explicarse. No estaba segura de si era lo que le convenía, pero al final tendría que hacerlo porque si pretendía mantener cierta relación con Roberto, lo acabarían por descubrir.

—Le dije que se pasase por mi casa para coger los adornos navideños que me sobraban para su propio árbol. De eso se trataba.

—Vale, ¿y se llevó muchos? —Sabine insistió con el tema porque intuía que Jules tenía más cosas que contar.

—Ninguno. Al final no se los llevó.

—Entonces, se marchó con las manos vacías. ¿Y qué hicisteis?

—Estuvimos montando el mío —dijo de pasada, como si no fuese algo importante. Solo que no contaba con las miradas de sus dos hermanas.

—¿Te ayudó a montar tu árbol de Navidad? —preguntó Margot entornando su mirada hacia Jules.

Esta se limitó a asentir sin abrir la boca. Comenzaba a ponerse algo nerviosa con aquel interrogatorio. Tal vez fuese mejor opción contar lo sucedido entre ellos y de ese modo la dejarían en paz.

—Sí.

—Qué detalle —murmuró Sabine.

—Sí, bueno. Lo sugirió él dado que no tenía pensando poner un árbol en su piso este año.

Decía que se le había olvidado por todo lo que había vivido en los últimos meses.

—Sin duda que dejar su vida en Madrid para venirse a París, lo es —asintió Margot—. Bueno, qué, ¿hay algo entre vosotros dos que Sabine y yo no sepamos? Porque últimamente parece que quedáis con frecuencia.

—Si trabajamos juntos es lógico que pasemos juntos más tiempo —se defendió ella sabiendo por dónde iba su hermana.

—Sí, pero la otra tarde te que pasé a buscarte y estuvimos tomando algo los tres, te quedaste con él después de que me despidiese de vosotros.

—Sí, lo recuerdo.

—Creo que empieza a haber cierta complicidad, ¿no?

—Asegurabas que no querías saber nada de las relaciones después de lo de Alain —le recordó Margot—. ¿Ha cambiado tu perspectiva desde que conoces a Roberto?

Jules apretó los labios y asintió. Creía que no podría pasar más tiempo sin contarles lo que había sucedido entre ellos. Al final ante tanta insistencia acabaría por confesarlo o alguna de ellas dos lo descubriría.

—Está bien, chicas. Tengo algo con él.

—¿Define ese <<algo>>? —preguntó Sabine con un tono algo irónico mientras miraba a su hermana con curiosidad e incertidumbre.

—Nos hemos acostado.

—¿A eso llamas tú <<algo>>? —le preguntó Margot que parpadeaba sin poder creerlo—. Pensaba que ibas a decir que os habrías besado o que habrías tenido una cita, pero veo que os habéis saltado la fase previa.

—Surgió sin más. ¿Qué iba a hacer? —Jules buscaba defenderse, pero iba a resultarle algo complicado ante la evidencia.

—No te estamos juzgando, Jules. Solo que a mí me sorprende que lo hayas tenido en secreto hasta este momento. Y por mi parte, me alegro después de lo que te sucedió con Alain las pasadas navidades —precisó Margot sonriendo mientras le cogía la mano.

—Sin duda que te lo mereces, porque de ese modo borras la mala experiencia del pasado año —añadió Sabine.

—Es curioso que lo digas.

—¿Por qué?

—Porque eso mismo me comentó él ayer tarde antes de montar el árbol.

—¿Sabe lo que te pasó con Alain? —preguntó Margot frunciendo el ceño.

—Nos lo encontramos una tarde que estábamos tomando algo. No hizo mucha falta que se lo explicase porque Roberto se dio cuenta de la tirantez que existía entre ambos, más por mi parte que la suya.

—Y ha querido crearte un nuevo recuerdo de Navidad. Todo un detalle por su parte —aseguró Sabine.

—De acuerdo, volviendo al tema que nos ha reunido. ¿Quieres que te acompañe a cenar?

Jules resopló y puso los ojos en blanco ante semejante pregunta. La ponía en un serio aprieto, la verdad. Quería que la acompañara porque se sentiría mejor, pero no quería ponerlo entre la espada y la pared.

—No estoy segura de que él quiera venir. No tenemos una relación ni una complicidad como para ello. Además, está su hermana que se quedaría sola.

—No hay problema. Puedo añadir un cubierto más —dijo Margot encogiéndose de hombros—. Si no quiere dejarla sola esa noche ni el día de Navidad, añadiré un menú más. Me

basta con que me avises con tiempo de que van a venir a cenar.

—No lo sé.

—Deberías preguntárselo. Si crees que él puede llegar a convertirse en alguien especial para ti, no lo dudes —le aconsejó Sabine guiñando un ojo a su hermana en señal de apoyo y complicidad.

—Estoy de acuerdo con nuestra hermana. Propónselo y si no quiere porque cree que es mucha responsabilidad, que es un paso serio y todo eso… Pues nada. Para cuándo él quiera.

—Pero, solo imagina por un momento que esté esperando que le comentes algo al respecto. ¿Vale?

—Sí, tenéis razón. Creo que es lo más sensato.

—De ese modo saldrás de dudas y tu Navidad tendrá un recuerdo mucho mejor todavía —le aseguró Sabine dando palmaditas de felicidad sin dejar de sonreír ante aquella perspectiva.

—No te hagas ilusiones. A lo mejor quiere pasar estos días a solas con su hermana.

—Si no se lo preguntas, te quedarás con la duda todas las fiestas —le aseguró Margot consciente de que su hermana se comería la cabeza preguntándose qué habría sido si se lo hubiera propuesto—. Y si lo que pretendes en pasar tiempo con él y seguirlo conociendo…

Jules se mordió el labio, indecisa. Pero, al final asintió convencida de que sus dos hermanas tenían razón. Resopló cerrando los ojos sin querer pensarlo más hasta que no lo viese en la editorial.

Roberto llegó a la editorial el primero, algo que ya era habitual. Se despidió de Jules esa mañana después de pasar la noche en su casa. Ella había quedado con sus hermanas para planificar la cena de Nochebuena y la comida del día de Navidad. Lo que le recordaba que debería hablar con su Sandra para saber qué harían. No le había contado nada de lo que estaba sucediendo con Jules, y creía que sería un buen momento hacerlo en esos días o tarde o temprano los pillaría por la calle. No era plan de que ella los viese en una actitud cariñosa. Debería contárselo en cuanto la viese. Ese día no creía que fuesen a trabajar demasiado ya que era Nochebuena y la gente pensaba más en las celebraciones que en otra cosa. Además, las publicaciones para el mes próximo ya estaban cerradas, lo que les permitiría relajarse esos días.

—Sabía que te encontraría el primero cuando llegase. ¿No bajas la guardia ni un solo día? —Lucille sacudía la cabeza con el ceño fruncido mientras lo contemplaba sentado a su mesa.

—Bueno, ya me conoces.

—Pero, estamos en los días previos a la Navidad. ¿Qué harás esta noche y mañana? ¿Quedarás con Sandra?

—Esa es mi intención. Ya hablamos de pasada al respecto de estos días. Luego la llamaré para concretarlo todo.

—No hace falta que te diga que si te quedases solo…

—Lo sé, Lucille. Y te lo agradezco, pero no será el caso. Estaremos Sandra y yo.

—No me gustaría que estuvieses solo estos días.

—Tranquila que no sucederá.

—Por cierto, ¿qué te traes con Jules? —La pregunta de la editora fue acompañada de una elevación de cejas muy significativa—. Y no me refiero solo al trabajo.

Él se quedó cortado porque no esperaba que su amiga le comentase algo así. ¿Qué había percibido o qué sabía? Se preguntó mirándola con una media sonrisa algo cínica. No creía que fuese capaz de esconder sus emociones cuando Jules se estaba convirtiendo en algo tan inesperado como ilusionante.

—Nos llevamos bien. Formamos un buen equipo.

—De eso no me cabe la menor duda porque lo veo a diario, pero yo me refiero a fuera de aquí.

—¿Qué quieres que te diga?

—Lo que tú quieras. No voy a meterme en tu vida, pero no seas tan efusivo en la calle. Uno nunca sabe quién puede pasar en ese momento.

—¿Qué…?

—Está bien que la sujetes para que no cruce cuando los coches pasan. Y que la retengas contra ti, pero de eso a besarla… Me alegro que os vaya bien, pero que no os afecte al trabajo. Luego te veo —le dio una palmadita en el brazo y le guiñó un ojo mientras sonreía y le hacia un gesto hacia la persona que se dirigía hacia él.

Roberto permaneció en el sitio tratando de ocultar la risa, que le había provocado el comentario de Lucille. Sacudió la cabeza y se centró en Jules que llegaba a su altura en ese momento.

—¿Por qué te ríes?

—Ah, nada. Lucille me ha recordado una anécdota de nuestros años en la universidad. Tiene una memoria prodigiosa. En fin, ¿qué tal estás? —la recorrió con su mirada de pies a cabeza ante el gesto de incredulidad y sorpresa de ella. No espera que él hiciese algo así. Y menos que le provocase un repentino hormigueo en todo su cuerpo.

—Pues bien. Oye, por cierto, antes de que se me olvide ¿te apetece venir conmigo esta noche al restaurante de mi hermana? Es que me lo acaba de preguntar… por saberlo y añadir dos menús más. El tuyo y el de tu hermana, claro está. No vamos a dejarla sola estos días —Jules no se lo pensó dos veces y prefirió contárselo lo primero. No quería que se le pasase la ocasión y, además, su hermana necesitaba saberlo lo antes posible.

Él se apoyó contra el canto de la mesa con los brazos cruzados y sin dejar de observarla mientras se explicaba. Permaneció en silencio unos segundos que a ella le parecieron eternos, y los nervios comenzaron a adueñarse de su estómago.

—¿Estás segura? Supondría poco menos que admitir que entre nosotros hay algún tipo de relación fuera de aquí —le avisó por si no lo había pensado.

—Lo sé. Mis dos hermanas ya lo saben.

—Vaya.

—A ver, al final se acabarían enterando.

—Supongo. En algún momento podrían vernos por la calle en actitud cariñosa —le dijo recordando la conversación con Lucille de minutos antes.

—Entiendo. Bueno, ¿qué opinas?

—Si tú no tienes ningún reparo… Por mi parte es perfecto. Llamaré a mi hermana para decírselo —la vio apretar los labios y asentir. La expresión de su rostro expresaba cierta alegría. Y su mirada se volvió más brillante.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por aceptar la invitación. No estaba segura de que quisieses asistir.

Él se enderezó y se plantó ante ella mirándola de manera fija, lo que la obligó a ella a mirar en todas direcciones por si alguien estaba mirando. Y cuando él enmarcó su rostro y le pasó los pulgares por las mejillas, ella tembló mirándolo con los ojos abiertos al máximo.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Nada que todos no sepan ya aquí.

Ella parpadeó en repetidas ocasiones y abrió la boca para rebatirlo, pero la sonrisa de Caroline captó su atención. Por no mencionar la de Lucille que salía del despacho en ese momento y pasaba por su lado.

—¿Vas a besarla como hiciste la tarde que os vi por la Rue Rivoli? —les guiñó un ojo y pasó de largo.

Jules gimió al escucharla.

—¿Nos vio? Por favor…

—Por mencionar los comentarios de Caro y Leonie acerca de la noche de la cena.

—¿Caroline y Leonie también lo saben? Pero…

—Deja que te diga que tus intentos porque la gente de aquí no lo supiese se han quedado en nada. Por cierto, voy a hablar con mi hermana. Dejaré el beso para más tarde.

Jules lo vio alejarse de ella con el móvil en la mano. No era capaz de moverse por temor a lo que pudiesen decirle sus compañeras. Solo quería que el suelo se abriese bajo sus pies y la tragase. O que desapareciese por arte de magia. Pero nada de ello sucedió y observó el sonriente rostro de Leonie, quien movía las cejas con toda intención.

—Y yo tratando de que nadie se enterase…

Ahogó la risa y decidió ponerse a trabajar, si su situación emocional se lo permitía. Porque después de lo sucedido, ponía en duda que pudiese concentrarse.

—¿Cuándo ibas a decirme que Jules es tu… pareja? —le preguntó con tono irónico Sandra a su hermano camino del restaurante de Margot.

—Sí, iba a contártelo justo esta noche mientras cenábamos.

—Pues ya no hará falta que lo hagas. En fin, pensaba que lo tuyo con las mujeres era un caso cerrado después de lo de Estefanía.

—Yo también lo llegué a pensar.

—¿Y qué te ha hecho cambiar?

La respuesta quedó en suspenso porque en ese momento ambos llegaban a L’Orchidée, el restaurante de la hermana de Jules. La puerta estaba cerrada a pesar de la luz que se distinguía en el interior. Era una cena privada, y Margot había decidido que lo mejor para evitar sorpresas inesperadas de clientes, era cerrar la puerta y correr las cortinas.

—Hay que llamar —dijo Roberto dando unos golpecitos a la puerta.

—No me has respondido a qué te ha hecho cambiar de opinión con respecto a las relaciones.

Capítulo dieciocho

La puerta se abrió y Jules quedó ante ellos son una expresión dulce, y un brillo hipnótico en su mirada, que se acentuó, como Sandra se dio cuenta, cuando ella se quedó mirando a su hermano.

—Bienvenidos. Pasad.

—Gracias —asintió Sandra entrando la primera y dejando que su hermano recibiese el cariñoso saludo de Jules en forma de beso.

—Vaya, me gusta tu manera de recibirme —le aseguró él posando su mano sobre la cintura de ella de una manera delicada—. Estás preciosa. Me da apuro estrecharte contra mi porque temo arrugarte el vestido.

Jules sonrió tímida mientras sus mejillas se encendían.

—Bueno, puedo decir lo mismo de ti. Es la primera ocasión que te veo con traje y corbata.

—La ocasión la merece —aseguró pasando al interior donde su hermana ya charlaba con los allí presentes como si se conociesen de toda la vida.

—Este son Roberto, mi compañero en la editorial. Y su hermana, Sandra a la que ya parece que conocéis.

—No te preocupes hija, tus hermanas ya nos han puesto al día —le dijo su madre.

—Ellos son mis padres. A mi hermana Sabine ya la conoces.

—Sí, la periodista —asintió él sonriendo.

—Este es Sean.

—Encantado —le dijo estrechando la mano de él. Un tipo alto y fuerte como esperaba—. Tú eres el jugador de rugby. Solo tengo que fijarme en tu físico.

—El mismo. Veo que te han hablado de mí. Y sí, se nota.

—Solo un poco.

—Ella es Margot y Vincenzo, los dos chefs del restaurante.

—Bienvenidos. Tenía ganas de conocerte después de que Sabine lo hubiese hecho.

—Pues aquí estoy.

—Podéis iros sentando porque la cena está lista y hay que servirla antes de que se enfríe —aseguró Margot.

Sandra se acercó a su hermano.

—Entiendo tu cambio de parecer conociendo a Jules.

Él se limitó a sonreír.

—Es su personalidad lo que me confundió desde el primer día.

—Supongo que querrás sentarte a su lado.

—La verdad, la tengo a mi lado todos los días en la oficina —se burló él mirando a Jules.

—Te advierto que tu período de prueba sigue vigente —lo señaló con un dedo captando la atención de Sandra y de Sabine.

—¿Qué quieres decir? ¿Mi hermano a prueba?

—Oh, sí. Eso mismo sugirió él el primer día que pisó la editorial. Que estaba dispuesto a estar a prueba tres meses y que si no cumplía mis expectativas podría despedirlo.

Los allí reunidos se rieron de ese comentario.

—Es lo normal en estos casos ¿no? —se explicó él encogiendo los hombros.

—Pero no para alguien que ha creado uno de los sellos románticos más premiados y vendidos de la literatura. Te burlaste de mí. Y eso que Lucille lo sabía.

—Solo quise ser uno más. Solo eso.

—Creo que para mi hermana no eres solo uno más —aseguró Sabine con picardía—. De todas maneras, hermanita, no creas que eres la única —aseguró mirando a Sean, a quién sujetaba del brazo—. Aquí el amigo, me tiró un café por encima el primer día que nos conocimos.

—¿Cuántas veces vas a recordármelo? Me he disculpado infinidad de veces, creedme —aseguró Sean dirigiéndose a los demás.

—Ya, pero no todos los días alguien se tropieza contigo como si te embistiese un camión y te fastidia tu camisa preferida.

Tomaron asiento cuando las bandejas de comida comenzaron a poblar la mesa. Pero las conversaciones no se detuvieron y siguieron. Roberto y su hermana eran la novedad y todas las preguntas iban dirigidas a ellos dos para que los demás los conociesen.

—Creo que mi hermana se queda corta en cuanto a indagar en tu vida si la comparas con mi madre —le aseguró Jules en un momento cuando esta bombardeaba a Sandra con todo tipo de cuestiones,

—No me importa, la verdad. Y a mi hermana tampoco.

—Gracias por venir. Era importante para mí —le confesó mirándolo con una calidez que él no había visto hasta ese momento.

—Para mí también lo era porque te prometí crearte una serie de recuerdos que borrasen el pasado.

—Pues lo estás consiguiendo.

—Esa era mi intención desde el primer momento —sintió el deseo de besarla, pero optó por dejarlo para cuando estuviesen a solas.

La cena transcurrió rápida debido a lo animado de las conversaciones, las risas, anécdotas y demás. Y cuando llegó el momento de despedirse Sandra se acercó a su hermano.

—Imagino que te irás con ella. No habrás pensado en acompañarme hasta mi casa.

—Mi respuesta en ambos casos en la misma: sí. Iremos caminando y te dejaremos en tu casa. Además, no vives muy lejos de Jules.

Sandra sonrió con picardía.

—Vaya, ya conoces su casa. Creo que me has estado ocultando más información de la que conozco, pero me basta con saber que ella te tiene coladito —le palmeó en la espalda con toda intención.

Roberto no dijo nada porque nada de lo que dijese podría rebatir aquel comentario. De manera que prefirió quedarse callado esperando a que Jules se despidiese de la gente, como ellos acababan de hacer.

Margot y Sabine tenían cercada a su hermana y la miraban con curiosidad.

—Por cierto, ¿dónde has dejado a tu soltería? —preguntaba Margot entrecerrando sus ojos y mordiéndose el labio.

—Eso, eso —apuntó Sabine.

Jules puso los ojos en blanco y resopló por un segundo antes de sonreír con cierta sorna.

—Vale. Me la teníais guardada, ¿eh?

—Preferimos a Roberto. Es más atractivo. Y te pega —le aseguró Sabine.

—Has tardado un año en librarte de tu soltería. Ya temía que fuese algo perpetuo —resopló Margot—. Por suerte apareció él —hizo un gesto con el mentón hacia él, mientras charlaba con Sean y con Philipe, el padre de las tres hermanas.

—Sí, ha sido algo inesperado.

—Bueno, ¿qué hay de su período de prueba en la editorial? —quiso saber Margot, quien movía sus cejas con velocidad.

—¿Qué? —preguntó Jules encogiendo sus hombros—. Ya lo habéis escuchado. Es lo normal en cualquier trabajo.

—Sí, pero supongo que ya no tendrá problemas para quedarse. A la vista de lo bien que os lleváis.

—Mira que sois… Creo que mejor nos vamos. Oye, deja todo esto para mañana y vendremos a echarte una mano —le comentó Jules a Margot—. No se os ocurra a Vincenzo y a ti poneros a recoger a estas horas.

—Tranquila. Está todo controlado. Ni se os ocurra venir, y menos tú. Disfruta de tu nueva condición ahora que has dicho adiós a tu soltería. Os espero mañana para comer. Es Navidad.

Jules abandonó el restaurante junto a Roberto y a su hermana.

—Espero que no te importe que dejemos a Sandra en casa… No vive lejos de ti.

—Por supuesto que no.

—No hace falta que…

—Pero si nos cae de camino —insistió él.

Jules experimentó un golpe de calor en el pecho pensando que él se quedaría con ella esa noche. Era lo que más deseaba: despertar la mañana de Navidad a su lado.

—Espero que os lo hayáis pasado bien, y disculpad a mi madre, a veces es algo metomentodo.

—Tranquila, ha estado genial.

—Vale, os recuerdo que mañana estáis invitados a comer —Jules miró a los dos por si quedaban dudas al respecto.

—Ya nos lo ha dejado claro tu madre —le aseguró él.

—En ese caso, no tengo más que decir excepto daros las gracias por haber venido.

—No tienes que darlas —le dijo Sandra—. Tal vez deba ser yo quien te las dé por invitarnos.

—Fue ocurrencia de Margot.

—En ese caso ya se las di en su momento. Y, es más, le he prometido venir pronto para ayudarla a recoger.

—No hace falta. Ellos estás acostumbrados. Y mi hermana no permite que nadie se meta en su cocina excepto la gente que trabaja para ella.

—Eso incluye a Vincenzo, claro —señaló Sandra.

—Por supuesto. Él es el primero.

Continuaron charlando de manera animada y pronto estuvieron frente al edificio donde vivía Sandra.

—Me quedó aquí. Gracias por el paseo. Y os veo mañana.

—Te pasamos a recoger —le aseguró Jules.

—Vale, pero dadme un toque cuando salgáis de casa; pero no tengáis prisa. Os veo mañana.

—Lo haremos. Descuida. Que descanses —le dijo su hermano despidiéndose de ella.

Una vez a solas, Jules y Roberto permanecieron un rato más en la calle, mirándose de manera fija sin decir una sola palabra. Jules sonrió tímida acercándose a él.

—¿Me acompañas a casa?

—Eso no hace falta que me lo preguntes, ni me lo pidas —la besó con lentitud,

saboreando sus suaves labios sintiendo como ella entrelazaba sus dedos con los suyos y apretaba la mano.

Asintió sin añadir nada más y emprendió el camino hacia su casa consciente de que aquellas navidades estaban siendo especiales gracias a él.

Despertó cuando sintió que ya llevaba demasiadas horas en la cama. A su lado descansa ella. El pelo aparecía hecho un amasijo de hebras color cobre, que resaltaban sobre el malva de las sábanas. Permaneció observándola en silencio, sin moverse porque no pretendía despertarla. Se la veía tan relajada, tan dulce e inocente mientras dormía que su imagen le provocó una especie de pellizco en el lado izquierdo de su pecho. ¿Podría estar enamorándose de ella? ¿O tal vez lo estaba y no lo sabía? En cualquier caso, no le importaría lo más mínimo estarlo. Le parecía una compañera adecuada para él. Sabía que su repentina decisión de dejar su vida en Madrid y mudarse a París tendría consecuencias. Pero, nunca imaginó que una de estas pudiese ser encontrarla a ella. Salió de la cama para dejar descansar mientras él se aseaba y preparaba el desayuno. Esa mañana el horno que había en esa misma calle estaría cerrado por ser Navidad, lo que trastocaba sus planes. Sonrió pasándose la mano por el pelo camino de la cocina.

Jules inspiró y entreabrió los ojos de manera lenta al tiempo que extendía el brazo hacia el otro lado de la cama. Estaba vacío, pero todavía caliente, lo que indicaba que él se había levantado hacia poco. Una sonrisa de felicidad iluminó su rostro sin que ella pudiese evitarlo. Parpadeó y se incorporó cuando escuchó ruido en la cocina. ¿Qué estaba haciendo? La curiosidad pudo más que su voluntad de quedarse en la cama. Salió de esta y caminó descalza en dirección a los ruidos y se quedó apoyada contra el marco de la puerta, observándolo preparar el desayuno. Se mordió el labio y sacudió la cabeza experimentando un vuelvo en el pecho, y un hormigueo en las plantas de los pies.

Él se volvió de repente y se quedó inmóvil cuando la vio allí con aquella imagen tan sensual recién levantada de la cama. El pelo cayendo a ambos lados de su rostro, la mirada brillante y su sonrisa pícara. Vestida con la camiseta que usaba para dormir, dejando sus piernas a la vista para su deleite.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—No mucho, pero suficiente para darme cuenta que me estas malacostumbrando.

—Lo sé. Casi todas las mañanas tengo que invitarte a desayunar. Y no lo digo yo solo.

—Vale, sí. Soy algo perezosa por las mañanas. Es un defecto que tengo. Espero que no te importe.

Él rodeó la mesa que quedaba entre ellos. La sujetó por la tela de la camiseta y tiró de esta, atrayéndola hacia él.

—Me encantas con tus defectos también —le susurró en sus propios labios antes de adueñarse de estos y escucharla ronronear.

—Deberías quedarte por las noches, o bien venir por las mañanas para prepararme el desayuno. Yo creo que me lo debes por burlarte de mí el primer día que apareciste en la editorial.

Él sonrió.

—Vaya, veo que no vas a olvidarlo —le dijo viéndola negar con la cabeza—. En ese caso, creo que lo más acertado sería dejar la editorial.

—No vas a hacerlo, y los dos lo sabemos. Eres demasiado apasionado en tu trabajo como para dejarlo.

—Tienes razón.

—No me importaría que lo dejases mientras no salieses de mi vida —lo rodeó por el cuello con sus brazos.

—Espero no tener que pasar también un período de prueba.

—No te preocupes que ya lo has pasado.

—Me alegra saberlo.

—Y me quedo contigo de manera indefinida.

—Me parece lo más acertado —la atrajo hacia él pegándola a su cuerpo mientras sus manos se deslizaban por el trasero de ella de manera muy sugerente para cogerla en alto y llevarla hasta la mesa, donde la sentó sin dejar de besarla mientras las manos de ella comenzaban a desabotonarle la camisa entre risas y gemidos—. ¿Qué haces?

—¿Pues qué voy a estar haciendo? Desenvolviendo mi regalo de Navidad. ¿Y el tuyo?

Él sonrió cínico.

—Lo tengo en mis manos.

Ella entrecerró los ojos contemplándolo con suspicacia. Luego se estiró lo suficiente para que sus labios se fundiesen en un beso dulce y tierno envuelto en risas

Bibliografía de la autora:

La cartera de Julieta

Maestra de armas

El corazón de la cortesana

Más fuerte que el engaño

Algo más que una bonita voz

Si te enamoraras de mí

Una buena decisión

Boda en Eilean Donan

Una propuesta arriesgada

SERIES.
Mujeres de Edimburgo
Provócame con tu sonrisa (Eileen)

Despierta a mi lado (Fiona)

Placaje a tu corazón (Cat)

Tú, ¿mi alma gemela? (Moira)

Love Ibiza
El corazón va por libre

Échale la culpa a mi hermana

Los hermanos McLachan
Llegaste por sorpresa

Siempre has sido tú

Las hermanas Dubois
El dulce sabor de tus besos (Margot)

Atrévete conmigo (Sabine)

Algo inesperado (Jules)